



JUAN

AUTÓNOMA DE NUEVA
DE BIBLIOTECA

5



1020027056

g



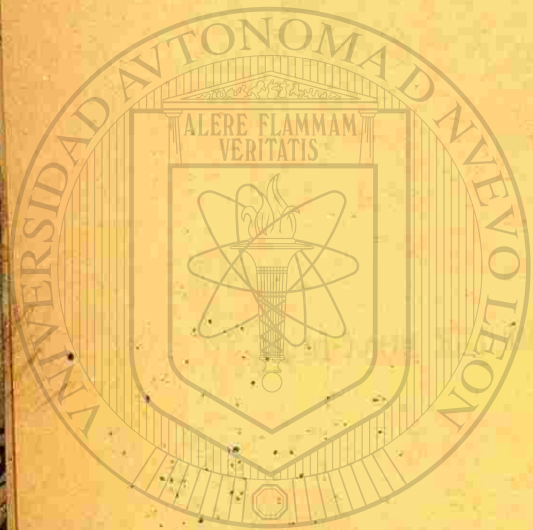
EL DOCTOR MONT-DORE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. _____
 Núm. Autor M 567 d
 Núm. Adg. 30574
 Procedencia -8-
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó _____
 Catalogó [Signature]



BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

EL DOCTOR MONT-DORE

NOVELA ORIGINAL DE

CHARLES MEROUVEL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL.»



MADRID

«EL COSMOS EDITORIAL.»

MORÓN; PASTOR Y COMPAÑÍA

62, Cardenal Cisneros, 65.

85602
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFREDO REYES"
Apto. 16-30 MONTERREY, MEXICO

30574

843 PA 2625

M. -E53

D 98



Prohibida toda traducción y reproducción. Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO REYES
 FONDO RICARDO COMARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

EL DOCTOR MONT-DORE

I

Uno de los lugares más digno de estudio del París moderno; uno de sus rincones más animados, de los más variados del día, más divertido que el puente de un trasatlántico, es seguramente la terraza del Grand-Hotel.

Es inútil hacer su descripción.

Todo el mundo la conoce, la admira como si fuese una maravilla: los curiosos adivinan en el fondo la riqueza de sus salones, y se detienen embobados viendo correr su fuente luminosa.

Esta terraza, resguardada por una cúpula de cristales, es un punto de cita para los parisenses, una especie de salón de tertulia donde se habla de todo, lo mismo que puede serlo la terraza de un casino ó el foyer de un teatro.

Entre los concurrentes al boulevard, hay muy pocos que no sean en un momento dado parroquianos de aquella grandiosa taberna, situada en el punto más céntrico de París; bien

843 PA 2625

M. -E53

D 98



Prohibida toda traducción y reproducción. Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 FONDO RICARDO COMARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

EL DOCTOR MONT-DORE

I

Uno de los lugares más digno de estudio del París moderno; uno de sus rincones más animados, de los más variados del día, más divertido que el puente de un trasatlántico, es seguramente la terraza del Grand-Hotel.

Es inútil hacer su descripción.

Todo el mundo la conoce, la admira como si fuese una maravilla: los curiosos adivinan en el fondo la riqueza de sus salones, y se detienen embobados viendo correr su fuente luminosa.

Esta terraza, resguardada por una cúpula de cristales, es un punto de cita para los parisenses, una especie de salón de tertulia donde se habla de todo, lo mismo que puede serlo la terraza de un casino ó el foyer de un teatro.

Entre los concurrentes al boulevard, hay muy pocos que no sean en un momento dado parroquianos de aquella grandiosa taberna, situada en el punto más céntrico de París; bien

sea para jugar, almorzar ó cenar á la salida de un baile de la ópera.

El 20 de abril de 188..., en una de esas hermosas tardes de primavera durante las cuales París se ofrece en todo su esplendor, un hombre, cuya edad no podía precisarse, fluctuando entre cuarenta y cinco y cincuenta años, delgado, de mediana estatura, de buen aspecto, abundante cabello, de vivos y negros ojos, sombrío y nervioso, anunciando un espíritu inquieto, descontento y un corazón de pasiones tumultuosas, de color pálido, nariz aguileña, pero sin exageración, el rostro adornado con patillas negras, como las de un magistrado del antiguo régimen, de blanca piel, con cierto color meridional, hombre hermoso en una palabra, dotado de las cualidades externas que agradan á las mujeres, pasó rápidamente bajo la bóveda de la entrada, se dirigió hacia la derecha de la terraza y con una mirada inspeccionó las sillas que se hallaban ocupadas á los lados de la fuente, que dejaba oír el murmullo del agua que arrojaba por sus surtidores.

Había allí mucha gente.

Se aproximaba la hora de comer, la aguja del gran cuadrante marcaba las seis y veinticinco.

Casi instantáneamente las arrugas desaparecieron de su frente.

Detrás de un grupo de extranjerías, que obscurían el paso, y cuyas *toilettes* ocultaban un tanto lo que él buscaba, acababa de ver dos ca-

balleros indolentemente tumbados, el uno en anchísimo canapé de jardín, que ocupaba él solo y que debía gemir bajo su peso, y el otro en una butaca de la misma especie, absortos en apariencia por la contemplación de los que iban y venían, más que por una conversación que por lo visto no debía ser para ellos de gran importancia.

Se dirigió hacia el lugar que estos dos personajes ocupaban; cuando llegó, dió en el hombro al que le volvía la espalda.

—Calla, Mont-Dore,—dijo el otro levantándose.

Llámame Fabregues—le dijo el primero con cierta vivacidad—te lo agradeceré.

—Tú siempre tan grave.

—Es que no me gustan las bromas.

El amigo contestó tranquilamente.

—¡Ingrato! Mont-Dore te proporciona rentas; te han bautizado con su nombre, como te hubieran podido dar un título de nobleza... ¿Renegarás acaso de tu Providencia?

—Dejemos ese detalle. ¿Dónde comes?

—Ni lo sé. ¿Vienes acaso á acompañarme?

—Con sumo gusto, con tal de verme libre temprano.

—A tu elección.

El hombre del sillón era próximamente de la misma edad que el recién llegado, pero de aspecto completamente diferente.

Menos elegante, pero simpático, franco y jovial, de bastante corpulencia, usaba los cabe-

llos algo largos, cabellos de sabio ó de artista con toda la barba, rubia y sedosa, de ojos azules, y un conjunto atractivo y simpático.

Era médico como el individuo á quien había llamado Mont-Dore— mote amistoso que había llegado á ser casi un nombre—uno de sus antiguos camaradas del barrio Latino y él mismo se llamaba el doctor Bordat.

Pero entre los dos amigos existía una diferencia enorme.

Tenían próximamente la misma clientela y su talento era próximamente igual.

Ambos se habían distinguido poco en la facultad y en los hospitales de París.

Pero Bordat era rico.

Fabregues, pobre.

Bordat hijo único de un ganadero de la Nièvre, que gozaba de una fortuna de unos treinta mil francos de renta.

Fabregues, hijo de un vinicultor del Medoc, arruinado por la filoxera, y que, al hallarse en la mitad de su carrera se quedó sin padres y sin protectores, y sin cosa que valiera un céntimo.

Desde aquel momento se había tenido que valer de mil medios y desplegar una actividad increíble para subvenir á sus necesidades y caprichos.

Había tenido que pasar por una infinidad de reveses y de decepciones.

Bordat vivía en un lujoso cuarto de la calle de Louis-le-Grand, segundo piso, permaneciendo todo el año en París con la tranquilidad que

proporciona un bienestar sólidamente asegurado.

Para él la medicina no era más que un accesorio, un pasatiempo, una distracción, casi una fantasía y, ¿por qué no decirlo claramente? un manantial de estudio en lo vivo, y á veces de aventuras, que una profesión seria.

La moral moderna se aviene fácilmente á todo.

Para Bordat la medicina era lo que son la música y la acuarela para las señoritas, un arte de capricho, de distracción.

Fabregues vivía de ella y lo que era peor aún, vivía mal.

No tenía en París más que un domicilio en la calle Vignon, un entresuelo bajo y sombrío en el cual no había más que una habitación un tanto confortable, que era el despacho donde recibía á los poquisimos clientes que se atrevían á visitarle.

Toda su servidumbre se componía de un *groom* de diecisiete años que abría la puerta, limpiaba la casa y hacía todo cuanto se necesitaba.

Aquel *groom*, hijo de un portero de la vecindad, se llamaba Sulpicio; chocaba por su exígua estatura, que no le impedía estar provisto de los vicios precoces que distinguen al pilluelo de París entre todos los de las demás capitales del universo.

Era además activo, travieso y servicial. Bordat y Fabregues hacían vida de solteros, co-

mían en el círculo ó en el restaurant, muy amenudo en el Grand Hotel, se veían en el teatro, en el Boulevard, en todos los sitios; los ociosos y calaveras se encuentran ligados por la costumbre. Fabregues con la secreta envidia, hacia el amigo cuya vida es facil y sembrada de flores, Bordat con la compasiva piedad de un dichoso para con el camarada á quien todo sale mal.

¡Todo!

Y sin embargo Fabregues había tenido suerte una vez.

A los veintiocho años había caido sobre él una herencia inesperada.

Los veintiocho mil francos que una prima lejana le dejaba, sirvieron para amueblar una casa en la calle de Séze y para pagar algunas deudas.

La clientela permaneció sorda. En diez y ocho meses no pasaron de cincuenta enfermos los que se aventuraron á consultar al bordelés.

El alquiler devoró los muebles y fué preciso mudarse.

Entonces, obligado por la necesidad y á consecuencia de un incidente que debía ejercer gran influencia en su porvenir, el doctor Fabregues renunció á la clientela de París.

Aconsejado por uno de sus colegas, muy célebre, que entendía bien la aguja de marear, se hizo médico de aguas.

Es una carrera fructuosa pero su explotación exige cualidades especiales.

Fabregues no las reunia.

La necesidad se las proporcionó.

Durante el invierno imitaba á esos acuáticos que recorren los hospitales, las clínicas, los grandes gabinetes de consulta. tenía gran correspondencia para reclutarse una clientela, ponía á contribución á sus conocimientos de cualquier clase que fuesen, sus amistades de estudiante que ejercian en París ó en provincias, para atraer á su bolsa, ese agradable maná que se llama honorarios y que producen para el mayor bien de los que de ellos viven, todas las enfermedades en itis: laringitis, bronquitis, enterocolitis, además del asma de la tisis y otras miserias á que está sujeta la naturaleza humana.

Durante la estación de junio á octubre, con gran sentimiento salía de París para instalarse en una casita en Mont-Dore, donde había construido su nido como un águila, á mil cincuenta metros sobre el nivel del mar.

Hacia ya tres años que por el mes de junio cerraba su entresuelo y se desterraba en Aquellos Alpes de la Auvernia, por los que tanto horror sentía.

Pero este era su único medio de salvación.

Y podía darse por contento por haberlo hallado.

En una palabra, el Mont-Dore y los creyentes seducidos, le habian sacado de la miseria, sin hacerle rico. Esto constituía un éxito en comparación con sus antiguos apuros.

Pero este éxito le llegaba tarde.

Diez años de deudas, de decepciones, de vana espera del cliente rebelde, de caza tras de la moneda, le habían gangrenado hasta la médula.

Un odio envenenado se había apoderado de aquella alma engreida y ambiciosa. La hiel de la envidia le envenenaba por completo.

Sus amigos, sus compañeros de círculo, los médicos que conocía, no le llamaban más que el doctor Mont-Dore, y le creían satisfecho, porque tenía la fuerza de ocultar su odio contra todo aquel que era célebre, rico ó feliz.

El único con quien á veces se mostraba sincero, era con el doctor Bordat. Este conocía á fondo una parte de las llagas de aquel herido, cuya vida había seguido paso á paso durante varios años, los esfuerzos, las privaciones, la lucha por la existencia, tan dura para aquellos que han nacido bajo ciertas constelaciones nefastas.

Su propia dicha, el bienestar fácil del cual había gozado siempre, sin haberle costado otro trabajo que el de nacer en los pastos de la Nievre, le hacían indulgente y afable con los demás.

En el momento en que Fabregues se aproximó el hombre grueso que se hallaba frente al doctor Bordat, sin levantarse del diván que espachurraba, alargó la mano con la reserva del hombre de mundo, que toca los dedos de un conocido sin estrecharlos.

—¿Que tal, doctor?

—Bien, gracias.

El rostro del gascón desmentía sus palabras.

Tan á las claras se veía, que Bordat se inclinó hacia su amigo y le dijo á media voz:

—¿Bien en lo físico?...

—Casi.

—¿Pero en lo moral?...

—Eso varía.

—¿Apuros?

—En efecto.

—¿De dinero?

—Claro... y además otros.

—¿Por ella?

—¡Ay!

—¡Va á serle fatal!

—¡Bah!

—¿No te sientas?

Precisamente en aquel momento se levantaban dos señoras que se hallaban sentadas cerca del triunvirato.

Un elegante cupé acababa de pararse al pie de la terraza.

Las dos señoras dirigieron al doctor Bordat y á su grueso amigo un cariñoso saludo y se dirigieron al carruaje.

Una de ellas era ya mujer entrada en años; la otra, joven.

En su aspecto, en sus movimientos, en todo se conocía que eran mujeres de la alta sociedad.

La joven podía tener, á lo sumo, unos veinte años.

Era rubia. A pesar de lo dulce de la estación, iba envuelta, de los pies al cuello, en un riquísimo gabán de pieles. En la cabeza llevaba una capota gris que descansaba en una cabellera abundante de color dorado.

El rostro, de un corte encantador, de una distinción exquisita y sobre todo de una dulzura infinita, inspiraba á primera vista una piedad irresistible; tanto parecía sufrir: se comprendía que aquella joven padecía esa enfermedad tan común que tantos estragos causa, conocida con el nombre de anemia.

Los ojos, de un azul pálido; los labios descoloridos; la piel, de un blanco de cera; las manos diáfanas, que enguantaba en el momento de subir al coche. Hacía daño verla.

Y sin embargo, aquella joven era bella y graciosa; tenía un encanto que la enfermedad no había podido destruir aún.

La señora que la acompañaba pasaba de los cincuenta años.

La más vieja poseía con creces lo que á la otra le faltaba, es decir, salud.

Entre ellas el contraste era chocante.

De una frescura rural, de corpulencia majestuosa é imponente, casi tan gruesa como el caballero que tuvo al lado, con un aire de autoridad que debía, sin duda, á su carácter y á su bolsa, cuidaba con afecto imperioso y despótico la debilidad enfermiza de su compañera.

—¿Conoces á esas señoras?—preguntó el doctor Fabregues á su amigo.

Bordat hizo un gesto de vanidad.

—Son clientes—dijo acariciándose la barba.

—Enhorabuena. ¿Ricas?

—Tal creo.

—¿Sobre cuánto?

—Preguntaselo al barón que me las ha proporcionado.

El hombre del canapé no hizo ningún movimiento, pero su rostro tomó un aspecto de contrariedad que pasó como una nube.

—¿Son amigas vuestras, barón?—le preguntó el gascón.

A esta pregunta el interrogado se contentó con responder con un gesto de fastidio y estas palabras:

—Primas en grado lejano... tía y sobrina.

—¿Y se llaman?...

—La tía es una señora de Breville y la sobrina, hija de uno de sus hermanos, se llama Matilde Borel... excelente persona... Es de temer que á pesar de los cuidados del doctor, no viva mucho. El padre murió joven... La madre sufrió mucho tiempo una enfermedad hereditaria.

—No hay remedio—declaró Bordat con tono majestuoso—no hay medio de curarla.

—Las aguas de Mont-Dore son para esos casos un excelente remedio—insinuó Fabregues.

Su colega le miró con aire burlón.

—¡Cómo haceis el artículo!—dijo sonriendo. Tunante.

—He visto curas maravillosas, palabra de honor,—contestó el gascón.

—Mira emplea ese procedimiento con otros.

—¡No creéis en nada, negaría la existencia del sol en un día sin nubes! ¡Escepticos!

Fabregues no se reía. Se reconcentraba en sí mismo y consideraba en el fondo de su cerebro una idea en estado de embrión, que se destacaba de las tinieblas y tomaba forma.

—Bordat pretende que son ricas vuestras primas, dijo, dirigiéndose al barón que contestó con mal humorado tono.

—¿Y qué puede importaros?

—Digo que siendo ricas es muy triste renunciar á las dulzuras de la vida para marcharse al otro mundo.

—Teneis razón.

—Pudieran muy bien probar si Mont-Dore puede ser un remedio.

—¡Oh! Si ellas quieren...

—Aguas termales, bicarbonatadas arsenicales ó ferruginosas, excitantes, tónicas y reconstituyentes—dijo en tono de burla Bordat.—Curan, según dicen, las afecciones de las vías respiratorias, y particularmente los catarros, bronquitis, la faringitis granulosa, las congestiones laríngeas, el asma y, en fin, la tisis. Es un agua admirable y fenomenal.

Fabregues se encogió de hombros.

—¡Eres poco serio—dijo—y, sin embargo, lo que acaba de salir de tu boca es la pura verdad!

—¿De modo que tú aconsejas á mis clientes que vayan á Mont-Dore?

—Como mal no les vendría; además, el gasto es insignificante para ellas.

—Verdaderamente.

—¿Viven en el campo?

—Más de la mitad del año.

—¿Dónde?

—En una posesión que tienen cerca de Evreux, Breville.

—¿Y lo demás del año?

—Vienen á París, se hospedan en el hotel, usan gran tren á la moda americana, viven como príncipes, teatros... lo que no es muy sano por cierto para la joven...

Bordat se paró de repente.

—¿Pero qué pueden importarte á tí todos estos datos?—le preguntó.

—En nada, tienes razón.

Fabregues mentía. Le interesaban en extremo, y la prueba era que los grababa en la memoria... Baronesa de Breville... Matilde Borel... castillo de Breville, cerca de Evreux.

—¿Qué haces?—le preguntó su amigo, extrañado de la preocupación que le abstraía.

D'Aubagny contestó por el gascón:

—¡Que huele una clientela!

En su acento, en la impertinencia mal disfrazada del tono que contrastaba con la extrema cortesía de aquel hombre, se comprendía fácilmente que Fabregues estaba muy lejos de serle simpático.

Para poder marcharse, dirigió una mirada al reloj, y exclamó:

—¡Caramba! ¡las siete menos cinco!

—¿No coméis con nosotros?—le preguntó el doctor Bordat.

—No puedo proporcionarme semejante placer.

—¿Coméis en casa de algún amigo?

—No, en el círculo.

—Buen apetito.

El barón se levantó, arregló con ambas manos su gabán, limpió el polvo de sus botas con el viento de su pañuelo, hizo lo mismo con su sombrero y se dispuso á salir.

Iba correctamente vestido.

Su ligero pardestis puesto sobre su irreprochable frac, su magnífica cadena, sus botones de camisa, tres perlas finas, sus sortijas en los dedos, diamantes de los más claros, su sombrero donde ni un pelo de seda sobresalía de otro, sus botas sin un átomo de polvo, acusaban una limpieza exagerada.

Su ancho rostro de rasgos agradables, sonrientes, corteses, su hermosa barba rubia en forma de abanico, sus cabellos partidos en el centro de la cabeza formaban un conjunto confortable y cuidadoso, demasiado quizás.

Se comprendía en seguida que la única ocupación de aquel sibarita, ó de aquel ocioso contento de la vida, era el cuidado de su persona.

Y era verdad.

Todo al menos lo anunciaba así, aquella mi-

rada que paseaba por los presentes con una tranquilidad segura, y la curiosidad del hombre para quien las agitaciones, las luchas y las desgracias de los demás es un espectáculo al cual asiste como al teatro desde una mullida butaca de orquesta.

De vez en cuando, los concurrentes que pasaban le dirigían un amistoso saludo.

Se comprendía que era hombre conocido, buscado en aquel punto estratégico donde había establecido su cuartel general y el centro de sus operaciones.

El barón Pablo d'Aubagny es en efecto un tipo esencialmente parisien.

Pertenece á la categoría de los rentistas ricos y desocupados, célibes por principio y por egoísmo, para quienes no hay más mundo que el boulevard y que tienen en muy poco el resto del universo.

Entendámonos.

Para ellos, el boulevard que termina en el Gimnasio tiene sus prolongaciones naturales, ó por mejor decir sus sucursales en provincias.

Montecarlo y sus salones, Niza y el paseo de los Ingleses, Dieppe y su casino, Aix-les-Bains, el Mont-Dore y algunos otros sitios célebres, Luchón y Vichy, por ejemplo, donde van á veces y es para ellos el boulevard, porque allí encuentran á sus amigos y á las gentes con quien viven, músicos, croupiers, etc.

Alto y grueso, colorado, de irreprochable elegancia, admitido en todas partes pri-

meramente á causa de su fortuna y de su nombre y después como ornamento en calidad de mueble decorativo, tan á gusto en toda reunión elegante como pez colorado en estanque, Pablo d'Aubagny tiene cuarenta y cinco años de edad, ochenta mil libras de seguras rentas que, han caído en sus manos por herencias, un entresuelo lujosísimo donde duerme y se viste pero que no habita, bastante talento, más egoísmo, con un corazón capaz de no apiadarse de nada, para no hacerse sufrir, poca familia, algunos primos lejanos á quienes no gusta encontrar porque despiertan en el ideas de muerte y de sucesión y—¿por qué no descubrir sus defectos?—algunas queridas transitorias á las que no trata de unirse con demasiado afecto y á las que despide cuando han cesado de agradarle ó mejor dicho cuando el capricho que han despertado pudiera llegar á estorbarle ó comprometerle.

Además, manías de anciana ó de niña, un culto exagerado á sus cosas que no permite tocar á los demás, una biblioteca ilegible á causa de la magnificencia de sus encuadernaciones, alfombras sobre las cuales no se debe andar, sillones inamovibles, un amor al orden llevado hasta la exageración y una limpieza exagerada hasta lo absurdo, objetos de los que jamás se usa y las cosas útiles tales como el tintero y las plumas con las cuales se escribe encerrados bajo llave en ignorado y oscuro rincón.

En una palabra y á pesar de algunos defectos—¿quién no los tiene?—un hombre galante, de un trato agradable y seguro, con la correcta probidad de las gentes ricas en quienes la tentación no puede morder.

Estrechó las manos del doctor Bordat, tocó apenas las de Fabregues y desapareció.

—¿Qué, nos vamos?—preguntó Bordat.

—Cuando quieras.

—¿Dónde quieres comer?

—Lo mismo da. Pero que te conste que tengo prisa.

—¿Por qué?...

—Tengo una cita.

—¿Dónde?

—¿En los alrededores de la Magdalena.

—¿Con ella?

Fabregues inclinó la cabeza.

—Quizás lo que tú quieres es vigilarla á la salida del almacén—dijo Bordat.

—Quizás.

—Tú siempre celoso.

—¿Qué quieres! Ese es mi destino.

Bordat colocó la mano en el brazo de su amigo.

—Palabra vana. El destino es el que uno quiere proporcionarse. La mejor prueba de ello es que nada te impediría olvidar á esa muchacha que, después de todo, no debe quererte mucho, si tuvieses valor.

—No le tengo.

—Sería una dicha para ambos.

—No digo que no.

—Libre de tu persecucion, encontraría fácilmente un buen muchacho que se casara con ella.

Fabregues rechinó los dientes.

Bordat continuó tranquilamente:

—Tú, por tu parte... tomarías una determinación, fijarías tu residencia en alguna provincia; por lo menos estarías tranquilo; trabajarías; cuidarías de tu clientela; sin preocupaciones; harías economías.

—¿Para qué insistir? ¡Es imposible!

—Esa pasión te perderá.

—Eso allá veremos.

—Absorberá tus fuerzas, tu actividad, tu inteligencia.

—¡Exageración!

—Tu dinero.

—¡Atroz calumnia!... La pobre muchacha vive de lo que gana... Y, mira un detalle que te extrañará...

—¿Cuál?

—Es tan buena y prudente como bella.

Bordat movió la cabeza con incredulidad.

—Desde hace tres años que la conozco y que vive en mi casa—contestó Fabregues con calor, la he espiado, seguido, y te aseguro que no ha cometido ni una falta.

—Entonces cástate con ella.

El gascón suspiró.

—Te establecerías después en cualquier parte: en Niza en invierno, en Mont-Dore en verano; viviríais modestamente...

—Así se lo he prometido.

—¿Y se niega?...

—Obstinadamente.

Bordat se encogió de hombros.

—Ya ves que hay gato escondido—dijo Bordat brutalmente.

—¡Eso ya lo sé yo, pardiez! Mil peticiones, ofrecimientos y solicitudes recibe, pero todas las rechaza. Es la muchacha más honrada que conozco...

—¿Hasta ahora?... Ya se dejará tentar.

—No digo que no; sea de ello lo que fuere, me trata como á un amigo, pero se niega á casarse...

—¿Por qué razones?

—Mi carácter le asusta.

—¡Eh!—exclamó el nivernés.

—Me encuentra jugador, pródigo, ambicioso.

—Toma, toma, en eso tiene razón, lo eres y con exceso.

—¿Lo crees así?

—¿Cómo explicarse entonces que tú que ganas veinte veinte mil francos en Mont-Dore.

—Música... doce mil á lo sumo y... y...

—El doctor Jordal me lo ha asegurado.

—Jordal se engaña.

—Es un hombre formal.

—Sea.

—Sabe lo que dice; pero en fin, sea, admitamos que sean doce mil. ¿Cómo explicarse que no tengas jamás ni un cuarto?

—Y mi casa de París, la de Mont-Dore, mis viajes obligatorios, mis gastos de invierno, mi clientela, la comida, los trajes, los libros, mi criado...

—Ese mono de Sulpicio...

—En todo se gasta.

De repente se levantó Bordat y dijo:

—Después de todo á mí poco me importa todo ello... Vámonos á comer... Te marcharás cuando quieras.

—Vamos.

—¿Al café de la Paix, quieres?

—Bueno.

—Pero por última vez te voy á decir que haces mal en obstinarte...

—¿Por qué?

—Tienes ambición; acabas de decirlo.

—Convengo en ello.

—Quisieras ser rico.

—No lo niego.

—Con tus ideas no es una costurera, una modista, á la que debes perseguir, por más seductora que sea...

—¿A quién, entonces?

—¡Una heredera, caramba! A los médicos no les faltan nunca buenas relaciones... Y á lo mejor se suele hacer suerte. ¡Vamos!

Fabregues se levantó á su vez y siguiendo á su amigo, siguió por el camino que había llevado momentos antes el barón D'Aubagny.

II

A las siete y veinte, los dos amigos se hallaban instalados en un rincón del restaurant en una de las mesas colocadas cerca de la fachada que da á la Opera.

En aquella magnífica tarde de primavera el golpe de vista era precioso.

Desde su sitio, Fabregues y Bordat veían la perspectiva de la avenida, el refugio y un poco del boulevard, con su perpetuo hormigueo, con el movimiento de los transeúntes en las aceras, el de los coches, que se suceden, pero tan apretados, que se pregunta uno cómo no se meten los unos en los otros.

—¿Qué sopa tomamos?—preguntó Bordat consultando la carta.

—La que quieras—dijo el gascón.

Bordat le miró atentamente.

—¡Caramba! Decididamente no tienes buen apetito.

Fabregues suspiró.

El mozo esperaba.

Bordat comprendió que lo mejor que podía hacer era encargarse él de pedir la comida sin ocuparse de su amigo.

Y con rapidez encargó los platos y los vinos como hombre ya acostumbrado.

Fabregues se abismó en sus pensamientos. Estaba bajo el peso de una agitación mal disi-

—Y mi casa de París, la de Mont-Dore, mis viajes obligatorios, mis gastos de invierno, mi clientela, la comida, los trajes, los libros, mi criado...

—Ese mono de Sulpicio...

—En todo se gasta.

De repente se levantó Bordat y dijo:

—Después de todo á mí poco me importa todo ello... Vámonos á comer... Te marcharás cuando quieras.

—Vamos.

—¿Al café de la Paix, quieres?

—Bueno.

—Pero por última vez te voy á decir que haces mal en obstinarte...

—¿Por qué?

—Tienes ambición; acabas de decirlo.

—Convengo en ello.

—Quisieras ser rico.

—No lo niego.

—Con tus ideas no es una costurera, una modista, á la que debes perseguir, por más seductora que sea...

—¿A quién, entonces?

—¡Una heredera, caramba! A los médicos no les faltan nunca buenas relaciones... Y á lo mejor se suele hacer suerte. ¡Vamos!

Fabregues se levantó á su vez y siguiendo á su amigo, siguió por el camino que había llevado momentos antes el barón D'Aubagny.

II

A las siete y veinte, los dos amigos se hallaban instalados en un rincón del restaurant en una de las mesas colocadas cerca de la fachada que da á la Opera.

En aquella magnífica tarde de primavera el golpe de vista era precioso.

Desde su sitio, Fabregues y Bordat veían la perspectiva de la avenida, el refugio y un poco del boulevard, con su perpetuo hormigueo, con el movimiento de los transeúntes en las aceras, el de los coches, que se suceden, pero tan apretados, que se pregunta uno cómo no se meten los unos en los otros.

—¿Qué sopa tomamos?—preguntó Bordat consultando la carta.

—La que quieras—dijo el gascón.

Bordat le miró atentamente.

—¡Caramba! Decididamente no tienes buen apetito.

Fabregues suspiró.

El mozo esperaba.

Bordat comprendió que lo mejor que podía hacer era encargarse él de pedir la comida sin ocuparse de su amigo.

Y con rapidez encargó los platos y los vinos como hombre ya acostumbrado.

Fabregues se abismó en sus pensamientos. Estaba bajo el peso de una agitación mal disi-

mulada, de una punzante inquietud que le trastornaba hasta el fondo de su alma.

Sus ojos, casi cerrados, biliosos, malos.

Sus dedos se agitaban nerviosamente.

—¡Diablo, diablo!—murmuró Bordat.—¿Estarás enfermo moralmente más de lo que yo me suponía?

—¡Ay!—murmuró el gascón.

—Sé franco siquiera una vez en tu vida.

¿Qué te ocurre?

—Me ocurre que... ella es tan ambiciosa como yo, ó por lo menos así me lo temo. Que se aburre de sus apuros; que quisiera ser rica, tener coche como tantas otras que valen menos que ella... llevar brillantes... Me ocurre que quieren quitármela y que se me escapa...

—¿Lo crees así?

—Es que lo presiento.

—Pues bien; creo que no hay por qué... desconsolarse... ¡Es una suerte!

—¡Ah, sí! Para tí, puede...

Y lanzó á su compañero una mirada cargada de bilis.

En su interior sentía una odiosa irritación contra aquel gordinflón de Bordat, tan refractario á las grandes pasiones como á los bueyes blancos que pastaban en las praderas que le producían sus rentas.

Pero el nivernés no se conmovía fácilmente.

—Sí—repitió,—no me desdigo; sería una suerte, y deberías bendecir al rival, rico ó po-

bre, que te librase de ese impedimento. De otro modo acabarás por caer en un pozo, de donde no saldrás. Yo te lo profetizo.

—¡Basta!

—¡Vamos, hombre! ¿Has visto tú jamás que porque se queje algún paciente á quien el cirujano le corta los músculos ó le sierra hueso, á fin de extirpar el mal, que se detenga en su camino? Te has metido en una aventura sin salida. O esa muchacha te ama y consentirá en casarse contigo, y en ese caso, con el carácter que tú mismo te confiesas que tienes, será para ti una vida del demonio, á causa de las dificultades porque atravesara un matrimonio sin dinero, ó persistirá en su negativa, bastante sensata, lo comprendo, y entonces ¿por qué te obstinas en seguirla, sacrificandolo todo vanamente, y no tomas un partido que asegure tu porvenir de cualquier manera.

—¡No puedo!

—¡No es verdad!

—¡Lo es!

—Entonces es una brujería...

—Quizás.

—Querido, eres un hombre y te hablo como á amigo. Esas grandes pasiones, por raras excepciones tienen buen resultado... Créeme... Renuncia á tu quimera... Sufrirás unos cuantos días; pero el sacrificio, una vez consumado, tendrá después para tí el mismo peso que una pluma. Rompe la cadena que te une y que te

incapacita para todo, hasta para ganar esa fortuna que tanto ambicionas.

—¡Para ella!...

—¡Vamos, hombre!

—¡Sí, para ella!

Bordat hizo un gesto de impaciencia.

—¡Vayan al demonio los hombres que se dejan anular y acaparar por una mujer!

—¡Si tú la conocieses!

—¡Eso qué importa! Te creo. Encantadora, buena moza, bien formada, con ojos de zafiro, con una piel blanquísima y satinada, con pequeños y nacarados dientes, con unos labios sin igual, con abundante cabellera, con talle divino. Tiene, en una palabra, todos los encantos y perfecciones; ¿pero es acaso la única en su género?

—No conozco ninguna que se le parezca.

—Estos enamorados son siempre lo mismo.

—Si supieses...

—¡Déjame en paz, estás loco!

—Sí, estoy loco, lo confieso; pero tengo razón para estarlo.

—Amiguito — dijo brutalmente Bordat, — nunca se tiene razón para atarse una piedra al cuello y tirarse al agua.

El mozo llevó el primer plato.

Reinó un silencio prolongado entre los dos interlocutores, por fin Bordat preguntó:

—Veo que tienes una verdadera enfermedad, lo reconozco. Temó que sea incurable. ¿Cómo la has agarrado?

—Como vienen todas, por casualidad.

—¿Y cuál fué esa casualidad?

—Banal, como todas las que á diario se encuentran en el Boulevard.

—Vamos, hombre, confiéstate.

Para contestar, Fabregues no tenia que hacer grandes esfuerzos.

Hablar de la mujer encantadora que le tenia preso en sus encantos, era para él una dicha sin igual.

Se encontraba además en un momento de esos en que un enamorado detendría á cualquier transeunte para contarle sus aventuras, sus ansiedades y hasta sus terrores, porque, ¿dónde está el hombre de corazón ardoroso, que en la ardiente vida de París no haya experimentado, aunque haya sido un solo día, el terror de verse despojado del ídolo adorado?

Naturalmente, aquí no se trata de esos bippedos de sangre helada, sin pasiones, para quienes el amor no existe más que de nombre, á quienes ninguna sacudida conmueve y ningún choque les inflama, más dichosos indudablemente, porque ignorando los éxtasis de esa divina enfermedad, ignoran también los dolores más vivos y más punzantes.

Fabregues no era de estos.

La cabeza más ardiente calentada por el sol del Mediodía, no fué tan volcánica como la suya.

Su alma vibraba con exceso, sobre todo en

aquel momento en que era presa de una angustia que le desgarraba las carnes con sus afiladas garras.

Como lo había dicho, presentía que aquella muchacha, que para él lo era todo, la alegría de sus ojos, su orgullo, su objeto, su presente y su porvenir, se le escapaba.

No le cabía la menor duda.

Y sin embargo, no podía saber á qué misteriosa potencia obedecía ella.

—¡Ah!... ¡Tú crees que basta querer para olvidar á una mujer... que no hay más que pronunciar unas cuantas palabras cabalísticas para apagar el fuego devorador que se infiltra en las venas, que puede uno dormirse olvidando para siempre el pasado?... ¡Qué error! Ya lo he ensayado; y yo que no me creo inferior á nadie, he sido vencido vergonzosamente. Esta pasión me tiene como el engranaje que muerde con sus dientes de hierro al obrero que se deja coger un miembro y pasa todo él por completo. Tú no puedes comprender estas locuras; tú, para quien el amor es una taberna donde se entra para comer y beber, y de donde se sale harto, sin trabajo y satisfecho!

—¡Conducta de sabio!... No soy yo el único. Mira á ese excelente d'Aubagny.

—El tipo del egoísta.

—¡Qué serenidad tan magnífica!

—Esperemos. ¡Quién sabe si algún día no caerá en las redes de una de esas pasiones de que te burlas, y no te admirará, por sus locuras!

—Eso jamás.

Fabregues se encogió de hombros y se sonrió. La comida se iba terminando.

Bordat, comiendo por siete, examinaba con atención á su compañero, cuyo estado le preocupaba.

—Acaba tu historia—ordenó echándose vino.

—¿Lo quieres?

—¿Dónde conociste á tu beldad?

—En el boulevard donde me paseaba una tarde, no pensando en nada más que en mi profunda miseria, pero hábilmente ocultada; hace tres años por el mes de abril, en uno de esos hermosos días que huelen á lilas y á violeta, sobre las ocho de la noche: había comido, muy mal por cierto, para economizarme unos francos; me veía obligado á ello. Te aseguro que ya no me quedaban energías: mi bolsa estaba vacía; los clientes huían de mí; interrogaba con ansiedad el porvenir, y no me prometía nada bueno... Hace de esto mucho tiempo y los detalles de aquel día los tengo muy presentes. Iba andando como en un sueño, diciéndome que París, ese punto luminoso que fascina á las mariposas desde tan lejos, no tenía un lugar para mí. Reflexionaba que el mejor partido, el único que me quedaba por tomar era buscar un pueblo perdido, sin médico, y enterrarme en él renunciando á mis vanas ambiciones y á los placeres, que me atraían con invencible fuerza.

—¡Eh! ¡eh!—dijo Bordat bebiéndose á toda prisa un vaso de Medoc,—eso era muy cuerdo. Los campos tienen muchas cosas buenas... la vida contemplativa... una casita con persianas verdes... la pacífica montura del buen doctor... los regalos de los campesinos.. y después la boda con la hija de un rico propietario, fresca y rechoncha, enorgullecida por el casamiento... Es envidiable esa vida, amiguito.

—¿Te contentarías tú con ella?

—¿Y por qué no?

—¡Charlatán!... Llegaba á la esquina de la calle de Cambón... Una muchacha de unos veinte años volvía la esquina de esta calle hacia el boulevard y pasó rápidamente á mi lado. No distinguí sus facciones, no ví más que sus cabellos, de un color castaño oscuro, muy abundantes, recogidos sobre su blanca nuca, bajo un sombrero ancho, negro, de una forma y de una ligereza admirable. El vestido era negro también, de pies á cabeza.

Ya no te la describo, porque hace poco hiciste tú su descripción, aunque en tono de burla.

—Bebe, bebe... Te falta el aliento.

—No tengo sed.

—Come de este filete.

—No tengo hambre.

—¡Que hombre más particular!

—La seguí...

—Era lo indicado.

—.... Empujado por una fuerza desconocida.

Se dirigía hacia la calle Royale. En Trois-Quartiers se detuvo. Los escaparates eran magníficos, la luz muy viva. Hice lo que ella y entonces...

—Entonces te se apareció el rostro más encantador.

Tú lo has dicho: Imposible soñar un color más puro, rasgos más seductores, ojos más vivos ni más penetrantes, ni distinción más superior.

Llevaba largos guantes de Suecia, sin botones, que la subían por encima de las mangas... Me acuerdo de todo... Permanecí inmóvil delante de ella.

Me miró con ojos no precisamente desdeñosos, pero sí estrañados, con altanería, como la muchacha que vé nacer una proposición insultante en los labios de un insolente y quiere cerrarlos ántes que salga.

—Pero á pesar de eso no se alejó.

—No.

—Estaba seguro de ello.

Una sonrisa irónica cruzó por el rostro de Bordat.

—Querido—dijo Fabregues,—nuestras ideas no son iguales.

—Felizmente.

—Hablas de cosas que no comprendes. Eres como lo es d'Aubagny, un sibarista, un satisfecho...

—¡A Dios gracias!

—Si tú te hubieses encontrado en el lugar

de aquella joven, hubieses hecho lo mismo...

—¿Me habría parado?

—Sí.

—Te pones incomprendible. ¿La razón?...

—Porque al ver á un hombre que ante ella se estasia, ante ella encontraba lo que buscaba.

—Vamos, acaba...

—Aquella infeliz estaba tan aislada, tan sola y tan triste como yo... por otras causas. A mí me martirizaba la inquietud del mañana... la envidia... la envidia de las gentes que como tú tienen rentas, que se dan buena vida, que tienen el aplomo que proporciona una bolsa bien repleta, una butaca en la Opera. En ella estaba retratado el fastidio, el aislamiento, mucho peor en medio de la multitud que en la soledad del desierto, la necesidad de amistades, de huir de la desesperación sombría, de volver sola á encerrarse, el corazón tiritando, el alma vacía, entre las cuatro paredes de un cuarto al salir del taller. Estaba empleada en un almacén con doscientos francos mensuales de sueldo.

—¿Y qué ocurrió?—preguntó sencillamente Bordat.

—Se cruzó entre nosotros una mirada; nuestros ojos se hablaron durante el tiempo que dura un relámpago, y se comprendieron. Ella siguió andando hasta la Concordia. Yo no me atreví á hablarla. Entonces la joven volvió sobre sus pasos y tímidamente la dije... ¡Señorita!...

—¡Caballero!—respondió Bordat.

Fabregues se encogió de hombros y prosiguió.

—Me encontraba sin un céntimo, pero nadie podía comprender el estado de mi bolsillo.

—Y sin ser un Adonis, observó el otro, tienes los ojos fascinadores, una lengua dorada....

—No sé lo que dije. Al cabo de diez minutos nos paseábamos por los Campos Eliseos.

Es inútil añadir que se hallaban casi casi desiertos. Apenas si se encontraban algunas sombras parecidas á las del fabuloso paraíso donde vagan los virtuosos héroes del paganismo. Yo le conté mi vida, mi pasado, mis esperanzas, y la acompañé hasta su casa. Y cuál no sería mi sorpresa...

Hacia ocho días que vivía en la casa donde yo habitaba, en una exigua habitación del quinto piso.

—¿En la calle Vignon?

—Justo.

—Te habías enamorado locamente.

—Lo confieso; pero no como tú lo entiendes. En pocos instantes me había inspirado tanto respeto como amor.

—¡Cosa rara!

Si tú hubieses oído, como yo, aquella voz á la vez grave y acariciadora; si tú hubieses visto aquellos ojos penetrar hasta el fondo de los tuyos para arrancar de ellos el pensamiento íntimo... á pesar de tu flema, á pesar de tu seriedad, no hubieras resistido ni un minuto. En

pocas palabras ella me había contado también su historia. Casi sin parientes, pues no tenía más que una prima en Murols Auvernia, había venido sola á Paris desde Clermont-Ferrand, donde su padre era juez de paz. Al morir el juez, que vivía de su empleo, la había dejado sin recursos.

De la venta de los muebles había sacado dinero para pagar el entierro y algunas deudas, y el resto lo había empleado en comprar un billete del ferrocarril, y la quedaron setenta francos para poder vivir algunos días... ¡No tenía más que diez y seis años! Tú no puedes comprender esas cosas; tú rico, con una renta de treinta mil francos que no te ha costado nada el ganarla, y que poseerás el doble sólo por cerrar los ojos á una tía tuya que te idolatra sin saber por qué... Desde entonces, Elena, que así se llama, ha salido adelante con su trabajo. En realidad, á ella debo toda la dicha de que he gozado.

—¿Pero es posible?

—Vas á verlo... Yo no tenía dinero...

—¡Y ella te lo exigió!

—Error; lo necesitaba yo para vivir primeramente... y después...

—Para ponerlo ante sus ojos y atraértela. El gascón se puso de color de púrpura.

—Es cierto; no quería aparecer pobre ante ella.

—¿Y entonces?

—Íba al círculo, donde te encontraba. Con

tu buena amistad ordinaria, porque te debo muchos favores.

—¿Qué hice yo?

—Me prestaste cinco luises.

—¡Valiente generosidad!

—Yo no soy jugador; pero me hallaba en un momento de fiebre. Un inglés tallaba á la banca. Empujado por la necesidad, expuse tu dinero... A las dos de la madrugada, despés de una alternativa de pérdidas y ganancias, tenía delante de mi una cantidad de diez mil francos.

—No me has contado eso nunca.

—Estaba loco de alegría. Te devolví los cinco luises, con el resto pude restaurar mi mobiliario, que estaba bastante deteriorado. Ella conocía Mont-Dore y fué quien me aconsejó que me estableciera allí. Estaba decidido á todo por ganar una fortuna y ponérsela á sus pies. Nada me hubiese costado trabajo por lograrlo: estudio, privaciones, con la esperanza de vencer y de ofrecerla una situación que le agradase.

—¿Pues tan ambiciosa era?

—Más de lo que tú piensas. Algunos días despés de nuestro encuentro, entró en la plaza de la Magdalena, en los almacenes de Delivet, con un sueldo de trescientos francos mensuales.

Fabregues añadió con rabia comprimida:

—¡Con trescientos francos, una muchacha razonable, seria é inteligente, espera el porvenir, vive independiente, se cree dueña de sí misma.

—Y no necesita llegar á serlo de los demás —añadió Bordat.

El gascón dirigió á su amigo una mirada furibunda.

—¡Impío!—murmuró.—Blasfemas de los que no conoces.

Bordat no perdía bocado.

—Tu historia es vulgarísima—dijo con la boca llena.—Paris está lleno de ellas. Todos los días ocurren miles de aventuras parecidas. Amores anémicos y sin objeto, de una muchacha fría y burlona que se chancea de uno y de un cerebro inflamable como un haz de paja, volcánico y explosivo como el picrato ó la dinamita. ¿Y cuanto tiempo hace de todo eso?

—Tres años.

—¡Dios mio! ¡Una eternidad!

—Un momento efímero.

—No te hubiera yo creído con una constancia tal—dijo el nivernés.—Terminemos.

El gascón prosiguió poniéndose cada vez más nervioso.

—Había jugado una vez por su causa y había ganado. La volví á ver amenudo. Me acogía con amistad. A mis proposiciones de matrimonio, porque comprendí enseguida que era demasiado orgullosa para dejarse tentar por ofertas deshonrosas, respondió con esta objeción: que necesitaba una posición segura, medios de existencia menos transitoria que la nuestra. ¿Cómo proporcionarnosla? Miré hacia todos lados. Me había hablado ella de Royat,

Mont-Dore, Saint-Nazaire, que conocía puesto que su prima vivía cerca, en Murols. Esto era una idea. Interrogué á los compañeros que habían estado por allí, Picard, Rousteau Brissot, que tal les había ido.

Rousteau, que es fino como el ambar, me miró de arriba á abajo y me dijo:

—¿Necesitas dinero?

—Sí.

—¿Tienes actividad?

—Como el que más.

—¿No te costarán trabajo los primeros pasos?

—Pero...

—Las solicitudes, visitas...

—Si son indispensables.

—Estás ya en las últimas, ¿eh?

—¡Ay!

—Hazte médico de baños.

—Creí que se burlaba. La sangre se me subió al rostro. No comprendía. El continuó con el tono sardónico de siempre:

—Hazte médico de aguas ó de baños termales, minerales ó de cualquier cosa. Es una especialidad que deja buenos beneficios. Te se ayudará en cuanto se pueda. Y decía estas palabras, acentuándolas como si quisiera clavármelas en la cabeza.

Me acordaré siempre de esta primera entrevista. Nos hallábamos en su espléndido despacho de la plaza de Vendome. Sus clientes se impacientaban.

—Déjales que se impacienten—dijo riendo.

—Dan cinco pesetas á un doctor en cuya casa entran como si lo hicieran en un molino, sintiendo siempre el soltar el dinero; que revienten.

Y como yo le miraba con cierta desconfianza temiendo ser víctima de la burla más ó menos malsonante, Rousteau añadió:

—Te hablo en serio y como amigo. Hazte médico de baños. La especulación es buena, solo que le pasa á esto lo que á la flauta y al trombón, hay que saber tocar en ellos. Permanecerás ocho meses en París haciendo propaganda. Reclutarás cuantos bebedores de agua puedas. Cuando va á empezar la estación se alquila una casita en las inmediaciones de los milagrosos manantiales tanto más milagrosos cuanto con mas fe se toman sus aguas, se cuida á los reumáticos, escrofulosos y á todo el que se presente.

Se pone uno en relación con los colegas de París y de provincias, se les persigue con visitas, y unos porque os quitéis de delante os envían clientes de los cuales no saben qué hacer, y los otros os prometen que los enviarán. Créeme, el oficio no es malo. En una estación pueden ganarse muy bien de quince á veinte mil francos, y á veces más...

—¡Caramba!—dije deslumbrado.

Rousteau añadió con su tono burlón:

—Les enfermos curan raras veces, y otras se mueren; pero si no pagan ellos, lo hacen sus herederos con gran generosidad. Suele haber

poco tacaño entre esa clase de pájaros viajeros. ¿Por qué no ensayas?

Casi casi estaba decidido; pero quería conocer su opinión.

—¿Y dónde iré?—le pregunté.

—Poco importa dónde... Vichy... Luchon... Mont-Doré... Este último es excelente.

—Sin bromear, ¿podré obtener provecho?

—Tal creo; además los amigos te ayudaremos.

Tenía en el bolsillo algunos miles de francos, importe de mi ganancia en el juego. Di las gracias á Rousteau y le dejé en su consulta. Ya sabes después lo que ha ocurrido. Quería salir adelante. Por ella, amigo mío, hubiera afrontado los pantanos pestilentes del Panamá, me hubiera lanzado á cualquier empresa, lo hubiese sufrido todo. Me he movido mucho. He llamado á todas las puertas. He reunido buen número de enfermos como reclamo, he puesto en circulación rollos de papel con este encabezamiento: «El doctor Fabregues en Mont-Doré, villa Elena.»

—¿Y has triunfado?

—Á medias. ¡Ah! La competencia es feroz. Hay colegas buenos y malos. Un tal doctor Brousse, ex aldeano, me hace allí una guerra á muerte, pero á pesar de eso no puedo quejarme. Si no he hecho economías grandes, por lo menos he vivido.

Después de haber rechazado cuanto la ofrecía, Elena acabó por humanizarse. Hubo mo-

30574

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1967 MONTERREY, MEXICO

mentos en que creía llegar al fin propuesto....

—¿Y ahora?

Fabregues, que se había puesto alegre como un cielo de marzo después de una tormenta, volvió á entristecerse de nuevo.

—Ahora ha vuelto á sus titubeos de antes, no quiere ver que no he economizado nada, tiene miedo al porvenir, se asusta de mi desorden. En una palabra, el pronóstico de Rousseau se ha cumplido solo á medias. El Mont-Dore me aprovecha... He conquistado una reputación. Me han adornado con un mote expresivo: ¡El doctor Mont-Dore! Pero París solamente proporciona la fortuna y París ha permanecido sordo á mis súplicas. En todo el invierno vienen treinta clientes á mi casa. ¡Y qué clientes! Porteros, criados, vecinos sin un céntimo. Los que pagan bien, no quieren un médico nómada que no se halle en casa cuando se pongan enfermos... y van á casa de otros. ¡El doctor Mont-Dore! Este título me desgarró los oídos. No seré jamás otra cosa. Me como en ocho meses en París más de lo que gano durante la estación y á veces me falta.. En una palabra: ¿Puedes prestarme quinientos francos? Siento que Elena se me escapa, que trabajan para arrebatar me lo único que he podido obtener de ella, su amistad.

Bordat hizo un gesto como si se tragara un hueso, pero dijo:

—¿Veinticinco luises, por qué no? Vete mañana á mi casa. ¿Tomas café?

—No, estoy demasiado nervioso.

—Se ve... se ve...

Fabregues sacó su reloj.

—¡Ya las ocho!—dijo.

—¡No estás quieto un momento! ¡Parece que tiene alfileres la silla!

—¡Es verdad!

En aquel momento se produjo un incidente.

Dos señoras entraban en el restaurant, y con la mirada buscaban una mesa.

—¡Caramba, la baronesa y su sobrina!—exclamó Bordat.

La mesa vecina á la suya estaba vacía. Con un gesto se la indicó á sus clientes, que aprovechando la indicación se instalaron en ella.

—Preséntame—dijo Fabregues saliendo de su sueño.

—El doctor Fabregues, uno de mis amigos.

La tía se inclinó familiarmente.

—Si no me equivoco, me parece que hemos visto ya á este caballero en el Grand-Hotel.

—Sí, cierto.

—¿Sois médico, caballero?

El nivernés contestó:

—Uno de mis mejores camaradas, señora, hemos estudiado juntos; Fabregues se ha creado una especialidad.

—¿Cual?

—Ha estudiado bien cuanto se refiere á las aguas minerales y el empleo que de ellas debe hacerse.

—¡Ah!

mentos en que creía llegar al fin propuesto....

—¿Y ahora?

Fabregues, que se había puesto alegre como un cielo de marzo después de una tormenta, volvió á entristecerse de nuevo.

—Ahora ha vuelto á sus titubeos de antes, no quiere ver que no he economizado nada, tiene miedo al porvenir, se asusta de mi desorden. En una palabra, el pronóstico de Rousteau se ha cumplido solo á medias. El Mont-Dore me aprovecha... He conquistado una reputación. Me han adornado con un mote expresivo: ¡El doctor Mont-Dore! Pero París solamente proporciona la fortuna y París ha permanecido sordo á mis súplicas. En todo el invierno vienen treinta clientes á mi casa. ¡Y qué clientes! Porteros, criados, vecinos sin un céntimo. Los que pagan bien, no quieren un médico nómada que no se halle en casa cuando se pongan enfermos... y van á casa de otros. ¡El doctor Mont-Dore! Este título me desgarró los oídos. No seré jamás otra cosa. Me como en ocho meses en París más de lo que gano durante la estación y á veces me falta.. En una palabra: ¿Puedes prestarme quinientos francos? Siento que Elena se me escapa, que trabajan para arrebatar me lo único que he podido obtener de ella, su amistad.

Bordat hizo un gesto como si se tragara un hueso, pero dijo:

—¿Veinticinco luises, por qué no? Vete mañana á mi casa. ¿Tomas café?

—No, estoy demasiado nervioso.

—Se ve... se ve...

Fabregues sacó su reloj.

—¡Ya las ocho!—dijo.

—¡No estás quieto un momento! ¡Parece que tiene alfileres la silla!

—¡Es verdad!

En aquel momento se produjo un incidente.

Dos señoras entraban en el restaurant, y con la mirada buscaban una mesa.

—¡Caramba, la baronesa y su sobrina!—exclamó Bordat.

La mesa vecina á la suya estaba vacía. Con un gesto se la indicó á sus clientes, que aprovechando la indicación se instalaron en ella.

—Preséntame—dijo Fabregues saliendo de su sueño.

—El doctor Fabregues, uno de mis amigos.

La tía se inclinó familiarmente.

—Si no me equivoco, me parece que hemos visto ya á este caballero en el Grand-Hotel.

—Sí, cierto.

—¿Sois médico, caballero?

El nivernés contestó:

—Uno de mis mejores camaradas, señora, hemos estudiado juntos; Fabregues se ha creado una especialidad.

—¿Cual?

—Ha estudiado bien cuanto se refiere á las aguas minerales y el empleo que de ellas debe hacerse.

—¡Ah!

—Pasa la estación de baños en Mont-Dore.

—¡Caramba! Pues me han hablado precisamente de ese balneario. Hasta me lo han aconsejado varias veces para mi sobrina, porque ¡ay! caballero—dijo, dirigiéndose á Fabregues,—necesitamos del socorro de la ciencia. Tenemos una salud débil, delicada...

—Exageráis, señora.

—No; lo que os digo es demasiado cierto... Matilde está muy débil.

La buena señora envolvió á la joven en una mirada compasiva.

La sobrina se había sentado de espaldas á los cristales que daban frente á la Opera.

Se encontraba frente á frente de Fabregues, que la miraba con la fijeza del médico que juzga de un enfermo.

La tía no se aperció de este examen, por la llegada de los mozos.

La señora gruesa se instaló en un diván, al lado de su sobrina, y pidió á los mozos con la autoridad y el aplomo que dan la costumbre.

Mientras tanto, la joven miraba á su vecino, extrañándose de la fijeza con que la escudriñaba.

Se le figuró que en los ojos de Fabregues había una gran dulzura y casi una gran piedad por ella.

Se inclinó hacia él y le preguntó:

—¿Creeis que las aguas de Mont-Dore me sienten bien?

—A primera vista supongo que sí. En enfer-

medades como la vuestra suelen ser eficaces; pero sería preciso hacer un estudio menos superficial. He visto curas admirables... Nuestras aguas son muy activas, casi violentas. Se necesita usarlas con excesivo cuidado.

La tía intervino.

—Me gustan poco los países montañosos. Los cambios de temperatura son bruscos, pero con precauciones... ¿Cuánto tiempo necesitaríamos.

—Unos veinte días... El terreno es admirable... ¿No lo conoceis?

—No.

—Es digno de verse.

—Podríamos probar, si os parece.

—Es indispensable una consulta en casa de mi amigo, si así lo deseais.

Bordat estaba satisfecho solamente á medias. Fabregues había plantado la era en su terreno.

Pero la interesada contestaba diciendo:

—Sí, sí, mañana en casa del doctor, ¿es posible?

—¡Como querais!

—¿A qué hora?

—Estoy á vuestras órdenes.

—¿A las diez, os conviene?

—¿No será demasiado temprano para vos?

—¡Oh!—dijo la tía,—las campesinas madrugan.

—Entonces es cosa decidida.

—Fabregues miró de nuevo el reloj. Estaba en ascuas.

—Las ocho y diez— exclamó; — señoras os pido permiso para retirarme.

Y tendió la mano á su amigo diciendo:

—Hasta mañana.

—Adiós.

Y salió precipitadamente:

—Mucha prisa tiene vuestro amigo—dijo la señora.

—¡Qué quereis—contestó Bordat con sorna, —la celebridad no le deja á uno momento de reposo!

Al salir Fabregues se dirigió hacia la Magdalena.

El día tocaba á su término, el gas alineaba sus luces á lo largo de las aceras y los paseantes se hacían cada vez más numerosos, atraídos al exterior por los encantos de una hermosa tarde de primavera.

Llegado que hubo á un extremo de la plaza, el doctor acertó el paso y fué á colocarse bajo los árboles del mercado de flores, frente á una casa cuyo primer piso se hallaba brillantemente iluminado.

El gascón había indudablemente experimentado una viva emoción, porque á pesar de la temperatura, que no tenía nada de excesiva, respiró ruidosamente y se limpió el sudor de la frente.

A Dios gracias llegaba á tiempo.

Las ventanas de aquel primer piso estaban muy altas: no había muestra alguna, sin duda por lo conocida que debía ser aquella casa.

Su dueña, la señora Delibet, gozaba de una reputación europea; las elegantes se disputaban sus favores á fuerza de billetes de Banco.

El corazón de Fabregues parecía latir más fuertemente que otras veces, al mismo tiempo que se paseaba por debajo de los árboles.

Cada vez que iba á esperar á la mujer de sus sueños delante de aquella fachada que la ocultaba á su vista, experimentaba una sorda cólera contra su destino.

Allí era donde Elena Brunoy, aquel diamante sin precio, se veía obligada á trabajar, porque él no tenía una fortuna que ofrecerla, ó mejor dicho, porque la joven se obstinaba en rechazar sus ofertas, al mismo tiempo que le demostraba una verdadera amistad, peligrosa para su reposo, y que alimentaba en su espíritu una pasión que el tiempo exasperaba.

Y ella, expuesta á las mil aventuras, á las insolencias de los compradores, á las exigencias de la dueña, antigua empleada como ella, que se había establecido gracias á la generosidad de un viejo que la había hecho célebre gastándose cien mil francos en anuncios, entregada al fin á todas las tentaciones que su hermosura hacía cada vez más vivas y más frecuentes.

Desde hacía algún tiempo las inquietudes del doctor se habían recrudecido.

Elena, que hasta entonces había sido razonable, fría cuando se trataba del dinero, buena y complaciente, le parecía ahora caprichosa y voluntaria, casi exigente y desdeñosa.

Ella no decía nada; pero Fabregues adivinaba un misterio.

El mismo estaba excitado y roído por unos secretos celos. La amistad de aquella joven era la única alegría que había experimentado desde su juventud. Pero en cambio, qué de sufrimientos.

Sus padres, casi ricos, habían visto venirse abajo su posición bajo el influjo de una plaga desconocida.

Obligados á vender, casi por nada, sus propiedades, habían muerto poco después de pena, no dejándole ni con qué pagar sus estudios.

Desde entonces había tenido que ingeniarse para vejetar en el barrio latino, haciendo la vida que hacen los estudiantes pobres.

Sin Bordat, que le ayudaba de cuando en cuando y que le animaba para que se fuera á provincias, sabio consejo que él no quería seguir, roído como estaba por sus apetitos de goces y la fiebre de los placeres que pudiera llamarse muy bien el tifus de París, hubiese sido expulsado más de una vez de su humilde habitación por no pagar el alquiler; al fin, cuando encontró á Elena la fortuna le había sonreído.

Sin embargo aquellas relaciones que la joven había sostenido en los límites de una amistad afectuosa, nacida de una vecindad tan peligrosa como la rueda de un molino no había sido para Fabregues más que una causa de preocupaciones y de sufrimientos, una traba

para su libertad de acción y un desastre para su porvenir.

Dotado de un carácter violento y sospechoso, queriendo con ardor, celoso en demasía, tenía horror á la posición que debía á los consejos del doctor Rousteau, y le odiaba á causa del destierro que ella le imponía y al cual Elena no podía ni quería seguirle, á esto se unía los días de vacaciones que la joven pasaba en casa de su prima en la taberna de Murols.

Se unía á esto las mil dificultades que la joven ponía para la realización de sus esperanzas que, reforzaban más fuertemente la cadena que el mismo se había atado.

Sus caprichos, sus bromas, sus desprecios pasajeros, sus coqueterías de muchacha, que comprende que es ardientemente adorada, no habían logrado más que aumentar su cariño.

Permanecía con los ojos fijos en las ventanas cuando poco á poco las luces fueron apagándose, se vieron pasar algunas sombras por detrás de los cristales, el enamorado vió por fin abrirse la puerta.

Un enjambre de obreras, mujeres más ó menos elegantes, vestidas de negro, salieron y se dispersaron en todas direcciones.

Fabregues dió un paso hacia adelante.

Una joven la última de las que salían, acababa de poner los pies en la acera.

Paseó una mirada alrededor suyo y en la oscuridad distinguió la silueta de un hombre.

Una de sus compañeras que se había parado

en la acera á alguna distancia, la preguntó:

—¿No venís, Elena?

—No.

—¿Qué, está ahí?

La otra no contestó más que por un signo de cabeza, y atravesando la calle se dirigió á Fabregues.

—¿Soís vos?—le dijo duramente.

—Sí.

—Perdéis el tiempo... No le tengo libre.

—¿Por qué?...

—Porque tengo que hacer.

—¿El qué?...

—¿Cuánta pregunta!... Un trabajo urgente, algunos encargos. Tengo que comprar un sombrero. Nos regalan un palco para que vayamos el viernes á Variedades... y además...

—¿Además qué?...

—Que estoy cansada, aburrida, enferma, y... si hay que decirlo todo, necesito estar sola.

—Sí, decid de una vez que os canso, que mi presencia os molesta... os es una carga pesada.

—Ya tenemos lo que yo me temía, una mala escena... Estaba escrito que no podría evitarla. Desde las ventanas os he visto pasearos, ir y venir como un tigre enjaulado. Decid pronto cuanto tengais que decir, pero en seguida.

La joven iba andando á su lado.

Se dirigieron hacia la calle de Seze, volvieron por la calle Vignon y salieron al boulevard sin cambiar palabra.

Al fin, la joven, dió un golpe en el suelo con impaciencia.

—Ya sabéis que estoy esperando—dijo,—y parece que gozáis con que pierda el tiempo. ¿Vamos, qué os ocurre?

—Me ocurre que os amo más ardientemente que nunca y que necesito una solución. Soy capaz de sacrificarme por vos, y vos no tenéis en vuestro corazón nada para mí, ni siquiera la amistad de antes.

—¡Ah, caramba!—exclamó.—¿Qué tontería! ¿Si no os tuviese amistad, estaría aquí escuchándoos?

—Pero...

—¿Perdería el tiempo dando vueltas por las calles en vuestra compañía? ¿Creéis que no tengo nada más útil en que emplearlo?

Pronunció estas últimas palabras con una coquetería maliciosa, parándose á cada palabra.

Era verdaderamente hermosa de rostro. El entusiasmo de Fabregues en las descripciones que hacía de ella á Bordat no tenía nada de excesivo.

Elena Brunoy era una magnífica muchacha de veintitrés años, con cabellos castaños de un color blanco mate admirable, con unos rasgos de delicada finura, de hermosos ojos de un azul oscuro, muy francos, resguardados por pestañas espesas y negras.

Sus frescos labios respiraban salud. Lo que tenía de más notable era su estatura, en armo-

nía perfecta con un cuerpo joven y fuerte, de excelente salud, la amplitud de su pecho y las maravillosas líneas de su cuello.

—Pensais—continuó diciendo—que no sería difícil verme libre si quisiera. Acaso los hombres que van al almacén con sus mujeres, gentes para quienes los billetes de mil francos no tienen ningún valor al ver el uso que de ellos hacen, no me dicen á diario palabras que no son para repetidas ahora. ¿O es que no veo bien comparándome con las que les acompañan, y se me figura que no me costaría gran trabajo igualarme á ellas si quisiera?

—¿Qué cínica estais!

—Cínica no. Digo lo que es. Tengo ojos y oídos... Y además sé leer...

El gascón se puso lívido.

—Leer... de modo que os escriben.

—Lo han hecho más de una vez.

—Y que os han dicho.

—No puedo acordarme. Contesto claramente á vuestras preguntas. Vuestros celos me exasperan. Podría estar en otra cualquier parte si tuviese idea de no trabajar. Es preciso que lo sepais. Hablando francamente toda falta me repugna, tengo el orgullo de decirlo. Me estais siempre echando en cara que no tengo nada en el alma. No teneis razón.

Su voz se hizo dulce súbitamente.

—Siento por vos una gran amistad; pero me asustáis con vuestro carácter sombrío, con vuestras ambiciones desmedidas, con vuestros de-

seos de fortuna, con vuestras aspiraciones de brillar y de dominar á todo el mundo.

—¡Sólo por vos, Elena!

—¿Os lo exijo yo?... Sola, pobre, libre, ganando lo bastante para mí, no tengo más que un temor: los años, que vuelan; las enfermedades que puedan venir; soy sencilla, mientras que vos os remontáis á las nubes... Os veo malgastar los miles de francos que ganáis, sin saber en qué; cambiais cada cinco minutos: tan pronto estáis lleno de esperanzas increíbles como desanimado poco después. En una palabra: tenéis todos los apetitos, sin poseer el medio de satisfacerlos...

—Elena!

—¡Ah! he reflexionado mucho y á menudo, creedlo. Lo que hubiese querido, hubiera sido un compañero tranquilo, razonable, que se contentase con poco, con tal que tuviese asegurado el porvenir... y no un amigo nervioso, ávido, irritable y celoso...

La joven se sonrió.

—Y vos sois ferozmente celoso.

—Vos me hacéis que lo sea.

—¿Puedo acaso impedir que las gentes me hablen, que sean galantes, amables?

—Tratan de arrastraros, de perderos.

—¿Y eso qué importa, si no lo logran? Después de todo, tengo veintitrés años, soy independiente y puedo defenderme. Puedo oír cuantas proposiciones me hagan, con tal que las rechace después.

—Eso es lo que yo no quiero.

—¿Y con qué derecho me lo impediríais?

—Con el derecho que me da el amor intenso que os profeso.

—¿Cómo me lo probaríais?

—Con el único medio que tengo, pidiéndoos vuestra mano.

La joven guardó silencio.

Dieron algunos pasos el uno junto al otro, sin pronunciar palabra.

Elena reflexionaba.

Era, en efecto, una prueba de amor, pero muy grande, la que Fabregues le daba. Hasta entonces había visto mucho rico desocupado dar vueltas á su alrededor. Pero ninguno le había dirigido más que proposiciones tales, que las jóvenes, entregadas á todas las incertidumbres de la vida, del aislamiento y de la pobreza pueden oír, cuando la casualidad les ha concedido ese don, á veces funesto: la belleza.

Decía la verdad.

Hubiera podido aceptar, pero no se atrevía.

El doctor Fabregues le daba miedo.

Viviendo en la misma casa, él en el entre-suelo, ella en el quinto piso, conocían cada uno la existencia del otro para apreciarla en su verdadero valor.

Elena era elegante, con la inocente coquetería de su edad y de su posición; pero nadie podía dudar de su cordura, y digamos claramente la palabra, por muy retirada que esté en esta desmoralización fin de siglo, de su virtud.

Fabregues, por el contrario, se retiraba tarde, pasaba muy á menudo las noches fuera, en el círculo ó en cualquier otra parte. Dulce á menudo y casi tímido con Elena, tenía á veces accesos de ira que le asustaban.

En fin, detalle horrible capaz de producir una impresión desastrosa en el espíritu de una joven que se bastaba á sí misma: conocía á conciencia los desórdenes del doctor.

Su *groom* Sulpicio, y la portera, una tal señora Gervais, buena mujer, que quería á su inquilina del quinto piso, habían hecho traición divulgando la situación de Fabregues.

El pago de los alquileres se iba retrasando, á pesar de lo cual el gascón, en días de buen humor, tiraba los billetes por el balcón, como vulgarmente se dice.

Fabregues, por su parte, no hablaba más que de sus deseos de fortuna, deseos vancs, aspiraciones impotentes.

Elena se estremecía, temía el porvenir.

—No quiero... No puedo—murmuró al fin.

—¿Por qué?

—Porque para ser feliz necesitáis millones.

Fabregues rechinó los dientes.

—Hay otras causas que os detienen—dijo con sorda voz.

—¿Cuáles?

—¿Qué sé yo! Me ocultáis la verdad.

—¿Con qué objeto? ¿Acaso no soy libre?

El doctor la cogió violentamente un brazo, y mirándola fijamente, dijo:

—Tened cuidado: lo sois todo para mí, el único objeto de mi vida. Todos mis proyectos, mis deseos son para vos. Tenéis un secreto.

—No.

—Alguien os aconseja, os atormenta, os persigue, tratan de arrastraros... Pero no sucederá.

—¿Por qué?

—¿Por qué?—repitió apretándole el puño.— Porque os amo con locura, y no quiero que seáis de otro.

Una gran impaciencia se leía en el rostro de la joven; pero no se enfadó.

Retiró su puño dolorido por los dedos de Fabregues, sin quejarse, y dijo con una voz cuyo timbre se iba haciendo cada vez más punzante y agresivo:

—Está bien; á fuerza de oiros todo eso, me lo sé de memoria. Sois meridional y tenéis los cascos muy calientes. Vais demasiado de prisa. Yo razono más. No basta andar á ciegas; es preciso saber adónde se va á parar.

Sois hombre, podeis vivir bien ó mal, aunque sea en una apartada aldea, visitando á pastores y labradores. Pero yo envejeceré, y si caigo enferma, el hospital me espera, con su fosa común y el escalpelo del cirujano. No tengo padre, madre ni amigos que reclamen mi cadáver.

—¿Y yo?—preguntó con tono suplicante.

—Vos quizás me ameís; pero con vuestras maneras, con el egoísmo de los hombres, lo

quereis todo para vos y no para los demás.

—Os juro...

—Dejadme hablar, también yo tengo algo pesado en el corazón.

Hizo un gesto como si hubiese tragado una medicina amarga y mal oliente.

—¡El hospital! ¡qué horror! No me gustaría acabar así. Busco, pues, el medio de salvación, de seguridad. Me veo obligada á escuchar cuanto me dicen. Quizás encuentre un camino para salir de apuros. La vida está llena de casualidades. Se lo he oído decir cien veces á mi maestra.

Fabregues reprimió un movimiento de cólera; era fácil ver que la paciencia se le iba acabando.

—¿Y qué consejos os da vuestra maestra?—preguntó con acento de profundo desprecio.

—Que piense en mi porvenir.

—No podeis pensar lo que sufro viéndoos en esa casa.

—Pues yo estoy muy satisfecha; quizás preferiríais vos verme en medio de la calle. Vuestros amigos y los míos están en lo cierto.

—¡Mis amigos!—repitió extrañado.

—¿Os aconsejan que os caseis.

—¿Cómo lo sabeis?

—¡Qué os importa! Tienen razón.

—¡Vos sois quien me lo dice!

La joven prosiguió con acento de verdadera ternura:

—Claudio, os aseguro que siento por vos un

verdadero afecto. Una mujer guarda siempre el recuerdo del hombre que ha venido á ella cuando los demás la desprecian, y que le ha hecho oír palabras de consuelo. Pero con vuestras ideas, ¿puedo yo ser para vos más que un obstáculo. Tened un momento de valor.

—¿Y?...

—Renunciad á una quimera. No hemos sido creados el uno para el otro.

—Supongo que no me habláis seriamente.

—Sí.

—Es imposible.

Se hallaban cerca de la parada de ómnibus de la Magdalena, despues de haber dado cien vueltas por la manzana de casas de la calle Vignon. Elena dirigió una mirada al cuadrante del reloj. Señalaba las nueve.

—¡Ya tan tarde! —dijo.— Memarcho; otro día hablaremos.

—¿Tenéis prisa?

—Sí.

—Os estarán esperando quizás.

—¡Qué tonterías!

—¿Vais á casa?

—Ahora mismo.

Se dieron la mano.

—Reflexionaréis—le dijo Elena—y comprenderéis que es el partido más sabio. ¡Pobres de los dos! ¿Qué sería de nosotros?

El la siguió hasta la calle Vignon.

Llegaron ante la gran puerta de la casa que forma esquina con el boulevard.

—Buenas noches; yo la pasaré malísima, y vos tenéis lo culpa

—¡Bah!

—Os amo con pasión, con furor.

—¡Qué fastidiosos son estos exaltados!

—Tenéis á gala el atormentarme.

—¡Qué horror!

—¡Gozáis viéndome sufrir!

—Creed que no.

—Si amáseis á otro, no sé de lo que sería capaz.

—¡Me mataríais quizás!—dijo la joven dulcemente.

—Es muy posible.

—Ya lo habéis dicho.

Y soltó una franca carcajada.

—Como médico, tenéis el mismo derecho á hacerlo que cualquier otro.

—No digáis tonterías. Tengo el corazón muy triste, os lo aseguro.

Tocó con la punta de los dedos el botón del timbre.

—¿Cuándo os volveré á ver?—le preguntó.

—Lo mejor sería que no nos viéramos jamás.

—¿Mañana?

La muchacha reflexionó dos segundos.

—Si así os agrada...

—Pues buenas noches.

—Adiós.

La puerta se había abierto.

La joven entró ligera como un pájaro, empu

jó el batiente, que se cerró con un ruido sonoro.

IV

La casa de la calle Vignon, donde acababa de entrar, es una de las más grandes construcciones que se hicieron en los primeros años del reinado burgués y pacífico, á pesar de las revoluciones, barricadas y motines en constante movimiento del rey Luis Felipe.

Delante del chiribitil de la portera, colocado á la izquierda de la entrada, y dando frente á un ancho vestíbulo, la joven se detuvo.

—¿No hay nada para mí, señora Gervais?— preguntó.

—Sí, señorita.

—¿Una carta?

—Que huele muy bien, por cierto.

—Dádmela.

—Debe ser de algún Tenorio.

La portera no reunía el tipo de esas porteras de comedia que todo el mundo ha visto y que se conocen aunque no se las haya visto jamás.

Esas porteras ridículas se van haciendo raras.

El portero moderno es por lo general un funcionario instruido, bien vestido y complaciente.

Cincuenta y cinco años, de regular gordura, respetables cabellos grises, de color pálido por

falta de aire y por el abuso del café con leche, con cierto aire de dignidad é importancia.

Tal era la señora Gervais.

Dió la carta á su inquilina y la contempló con ojos llenos de admiración, mientras que la joven leía la carta á la claridad del gas de la portera.

—¡Qué gentil es!—pensaba, con el suspiro de pesar de las mujeres ya maduras que han empleado mal su juventud.—¡Y pensar que será tan tonta como lo fui yo!

La carta debía ser corta, porque al cabo de un minuto la joven exclamó:

—Gracias, señora Gervais.

Y empezó á subir la escalera.

En pocos instantes llegó al quinto piso y se internó por un corredor; en su centro, próximamente, la joven abrió una puerta y se encontró en un pequeño vestíbulo.

Encendió á toda prisa el gas, pasó á una habitación espaciosa, elegantemente amueblada, empapelada y cuidadosamente limpia.

El suelo estaba cubierto con una alfombra, igualmente que el del vestíbulo.

Un gusto exquisito había presidido en el arreglo, que transformaba aquella gatera en un risueño nido; era, en una palabra, la habitación modesta, pero de una coquetería femenina y parisién. Todo era allí de un gusto refinado, limpio, costado poco á poco con las economías de la joven, sin ayuda de ningún amigo, sin préstamo, sin regalos, que ella nó hu-

biese aceptado por orgullo, no queriendo, en cambio, dar nada.

Todo allí respiraba la juventud y la primavera; el secreter donde Elena había tirado la carta al pasar; el retrato de la divinidad de la casa; la blanca cama; los tiestos del balcón, porque tenía un balcón que daba al boulevard; las violetas, las lilas y la reseda embalsamaban el aire.

Tal era el paraíso que daba palpitaciones de corazón al doctor Fabregues; y sin embargo, nunca había entrado en él. Todos los pensamientos del doctor se concentraban en aquel pequeño espacio perdido en los aires: con un hilo le hubiese llevado Elena al fin del mundo, al fondo de un precipicio; por ella era él capaz del heroísmo y de las bajezas, del valor y de la cobardía, de los esfuerzos sobrehumanos y de las infamias más deshonorosas.

Ella era el árbitro de su vida, su estrella polar.

No son estos los efectos del amor, del verdadero, del peligroso, del funesto amor.

Ella, sin embargo, no pensaba ya en él.

Pensaba en la carta que acababa de recibir, de leer al galope y cuyos caracteres bailaban ante sus ojos.

«Os esperaré. Sois la más encantadora de las mujeres. En cuanto queráis, seréis la más adorada.»

«Os quiero ver feliz y rica.»

«A las diez en casa de Imoda, calle Royale.»

Sin firma.

El papel, satinado, llevaba la corona de bajorón y las iniciales P. A. entrelazadas.

¡A las diez!

Solo le quedaban algunos minutos.

Se quitó rápidamente los vestidos y los dejó caer sobre la alfombra.

Cuando se vió medio desnuda, con los hombros al aire, no pudo por menos de mirarse y sonreirse.

Estaba encantadora.

Un aficionado á la belleza se hubiera postrado de rodillas ante ella.

El corsé era de satén negro.

A su lado, envuelta entre las puntillas de la camisa y rozándolas la piel de la garganta y del cuello, parecía de satén rosa y blanco.

Imposible soñar formas más encantadoras, más completas, más puras; en una palabra, más exquisitas.

Se abusa de estas palabras; aquí estaban empleadas con propiedad.

En algunos momentos reparó el desorden de un día de trabajo, se lavó para quitarse el polvo del almacén, peinó cuidadosamente su abundante pelo, y dirigiéndose á un armario, sacó un vestido de lana gris de una ligereza extrema, se lo puso, ató sus zapatos, colocó sobre su cabeza una capota chiquitita, muy bien hecha y apareció trasformada en un momento.

Apagó en seguida las luces, dejando una encendida hasta su regreso, y calzándose finísi-

mos guantes, cerró la puerta y empezó á bajar la escalera con gran ligereza.

Pasó como una exhalación por delante del chiribitil de la portera, diciendo:

—¡Abridme, señora Gervais!

Poco después se hallaba en la calle.

Entonces un pensamiento de prudencia atravesó por su mente: dirigió á los alrededores una mirada sospechosa.

Nadie le vigilaba; las aceras estaban casi desiertas.

Llegó á la Magdalena y se confundió con la multitud.

La joven la atravesó rápidamente, se dirigió hacia la calle Royale, bajando hacia la Concorde; cuando hubo llegado, una voz le dijo al oído, al mismo tiempo que la cogían del brazo:

—Venid.

Aquel brazo la atrajo rápidamente hacia una victoria parada al lado de la acera; la joven dió un salto y se quedó sentada al lado de un caballero corpulento y fresco como una rosa, que dijo al cochero:

—Andando, Pedro.

El caballo empezó á andar al trote, torció por la calle Rivoli y la bajó toda con bastante ligereza.

Estos movimientos se habian operado en menos tiempo del que se necesita para narrarlo.

Elena no había podido ni siquiera resistirse.

—¿Dónde vamos?—preguntó.

—Donde queráis.

—Cualquiera diría que se trata de un rapto, caballero.

—Quisiera Dios que así fuese.

—¿Por qué no me habéis convidado á tomar un helado en casa de Imoda?

—Porque estábamos muy á la vista. No quiero comprometeros.

—Entonces ¿por qué me habéis dado cita allí?

—Porque me es muy cómodo... ya comprendéis la calle Royale... cerca del círculo.

—¡Ah! vos comprendéis la vida.

—Sí; para mí y para los que amo, sí.

Y cogiendo una mano á la joven añadió:

—Qué feliz soy teniéndoos á mi lado, siendo mía.

—¡Oh! ¡vuestra!

—Espero que ese dichoso momento llegará.

—Es muy agradable tener esperanzas. Ya sabéis esto se dice en *Carmen*.

—¿Vais á la Opera Cómica?

—Algunas veces.

—Pues esta noche iremos á cualquier otro lado para hablar.

—¿Dónde?

—A mi palco... á cualquier teatro... Al Circo... ¿queréis?

—Bueno; pero hay demasiada luz para el que no quiere comprometerse.

El caballero se inclinó al oído de su vecina.

—¿De modo que está celoso?—dijo.

—Como un tigre.

—¡Si tiene el derecho de estarlo!—replicó él con filosofía.

—Caballero, muy á menudo se toman derechos que no se tienen... Yo no se los he dado nunca á nadie.

Y añadió con finura:

—¿Puedo impedir que los demás piensen y hagan lo que quieran?

El caballero suspiró, pero no contestó.

La victoria había dado la vuelta por la calle Cartiglione, había subido por la de Saint-Honoré y se paró á la puerta del Circo.

—¿Nos quedamos aquí?—preguntó la jóven mostrando inquietud en los ojos.

—No temais nada. Cuando uno se esconde es cuando suele ser cogido. Por lo demás, estais bajo mi protección.

Hizo un movimiento de indignación con los hombros y se levantó á su vez.

El caballero, de pie en la acera, le tendió la mano.

La claridad de la luz eléctrica la daba de lleno en el rostro, tranquilo y satisfecho.

Era el amigo del doctor Bordat, el asíduo concurrente al Grand-Hotel, el primo de la señora de Breville, el barón Pablo d'Aubagny.

V.

Estaba radiante y de magnífico humor. Se adivinaba en él al hombre rico, de rentas sólidas,

tan sólidas como las piedras de granito que sirven de pedestal á las estatuas.

Además en su color fresco, en su redondeado vientre, en su gordura de glotón abundantemente mantenido, se comprendía que acababa de levantarse de una mesa excelente, después de haber dejado á la digestión el tiempo de operarse en una medida higiénica.

La hermosa joven que le acompañaba no era más que el postre de una succulenta comida.

Muy distinta era la impresión que producía ella.

Había en su altivez, en sus rasgos, en toda su persona, cierto embarazo, una incertidumbre propia de un viajero perdido en lo desconocido.

Le faltaba en el esplendor de su juventud, en la hermosura de su belleza llegada á su mayor apogeo, el aplomo que da la costumbre, el trato de gentes de cierta sociedad.

Tenía cierta timidez asustadiza. Se leía en sus ojos el remordimiento por la escapatoria comenzada, el temor de una aventura en sus principios.

—Venid—dijo el barón, á quien los empleados de la taquilla acogian con muestras de deferencia.

—¿Teneis un palco?—preguntó.

—Para vos siempre hay uno.

—¿Habrá un lleno?

—Completo. Tomad el palco de la casa.

—Bueno.

—¡Si tiene el derecho de estarlo!—replicó él con filosofía.

—Caballero, muy á menudo se toman derechos que no se tienen... Yo no se los he dado nunca á nadie.

Y añadió con finura:

—¿Puedo impedir que los demás piensen y hagan lo que quieran?

El caballero suspiró, pero no contestó.

La victoria había dado la vuelta por la calle Cartiglione, había subido por la de Saint-Honoré y se paró á la puerta del Circo.

—¿Nos quedamos aquí?—preguntó la jóven mostrando inquietud en los ojos.

—No temais nada. Cuando uno se esconde es cuando suele ser cogido. Por lo demás, estais bajo mi protección.

Hizo un movimiento de indignación con los hombros y se levantó á su vez.

El caballero, de pie en la acera, le tendió la mano.

La claridad de la luz eléctrica la daba de lleno en el rostro, tranquilo y satisfecho.

Era el amigo del doctor Bordat, el asíduo concurrente al Grand-Hotel, el primo de la señora de Breville, el barón Pablo d'Aubagny.

V.

Estaba radiante y de magnífico humor. Se adivinaba en él al hombre rico, de rentas sólidas,

tan sólidas como las piedras de granito que sirven de pedestal á las estatuas.

Además en su color fresco, en su redondeado vientre, en su gordura de glotón abundantemente mantenido, se comprendía que acababa de levantarse de una mesa excelente, después de haber dejado á la digestión el tiempo de operarse en una medida higiénica.

La hermosa joven que le acompañaba no era más que el postre de una succulenta comida.

Muy distinta era la impresión que producía ella.

Había en su altivez, en sus rasgos, en toda su persona, cierto embarazo, una incertidumbre propia de un viajero perdido en lo desconocido.

Le faltaba en el esplendor de su juventud, en la hermosura de su belleza llegada á su mayor apogeo, el aplomo que da la costumbre, el trato de gentes de cierta sociedad.

Tenía cierta timidez asustadiza. Se leía en sus ojos el remordimiento por la escapatoria comenzada, el temor de una aventura en sus principios.

—Venid—dijo el barón, á quien los empleados de la taquilla acogian con muestras de deferencia.

—¿Teneis un palco?—preguntó.

—Para vos siempre hay uno.

—¿Habrá un lleno?

—Completo. Tomad el palco de la casa.

—Bueno.

Elena empezó á subir la escalera, observada discretamente por los empleados, cuyos ojos expresaban tan claramente como la palabra esta opinión :

—¡Qué magnífica mujer!

D'Aubagny la alcanzó en la escalera, la acompañó por los pasillos, dirigiéndola con solicitud como á una novicia de cuya educación estuviese encargado, y cuando abrieron el palco, hizo sentar á Elena delante de él con toda clase de advertencias, y se colocó detrás, un poco de costado, para no perder nada del atractivo espectáculo que se había prometido.

No queremos hablar del de la sala.

Estaba llena en efecto.

Todos los parisienses conocen, aunque no sea más que por haber estado una noche, la hermosa sala de la calle Saint-Honoré, y su pórtico, cuyo resplandor ilumina todo el barrio.

D'Aubagny examinó, con ayuda de unos inmejorables gemelos, la corona de palcos que le rodeaba, y se enorgulleció de la curiosidad excitada por su compañera, á quien debieron tomar por conquista suya.

Un *jongleur* de una habilidad prodigiosa perdió una gran parte de su éxito.

Elena Brunoy le disputó la atención del público y se apoderó de ella dos minutos.

Desde los palcos se dirigió hacia ella una verdadera artillería.

Se dijeron palabras al oído.

Los ojos de algunas chispearon.

En una palabra, mereció aquella salva de aplausos mudos que no acogen más que á las bellezas superiores.

Pablo d'Aubagny era muy conocido.

—Tendrá suerte ese barón—dijo el marqués de Bretigny á Bernheim, el célebre experto en obras de arte.—¿De dónde diantres las saca?

—¿No la habéis visto nunca?

—No.

—Vale lo que pesa en oro—dijo con el mismo tono conque hubiese tasado el precio de un Teniers ó de un Gerard Dow.

—¡Dichoso mortal!

D'Aubagny no era dichoso aún, pero esperaba serlo.

Había dado el paso más difícil.

Seis meses hacía que había encontrado á Elena Brunoy en casa de la señora Delivet, donde había ido á satisfacer una cuenta que le habían encargado pagar; se había encaprichado, no apasionado; era incapaz, por aquella muchacha que lo reunía todo, distinción, fuerza, frescura y elegancia, de apasionarse.

Y cuando el barón tenía un deseo, no andaba con rodeos para darlo á conocer.

Su experiencia le había enseñado que la mayoría de las veces basta con hablar á las mujeres de cierto modo para ser comprendido.

Pocos negreros, por listos que fuesen, han sabido practicar la trata de negros como esos parisienses, cansados y corrompidos, hacen la trata de las blancas. Hermoso hombre, en una

palabra, esmeradamente cuidado de pies á cabeza, imponente por su estatura, de agradable rostro, muy inteligente, osado y rico, sobre todo para un soltero que sabe entrar bien, estaba acostumbrado á ir de éxito en éxito, tanto más, cuanto que la mayor parte de las plazas delante de las cuales ponía sitio, no querían más que entregarse.

Con ésta, la cosa había sido más dura de pelar.

Desde sus primeras escaramuzas había experimentado verdaderas derrotas y había visto llegar el momento en que tendría que retirarse en retirada.

Pero la resistencia de la joven produjo en él el efecto ordinario.

Se envició en el juego, comprendió que había en el caso particular de la empleada de la señora Delivet, algún detalle desconocido; un obstáculo ignorado, un amante sin duda anterior á él, poco generoso, puesto que su querida trabajaba, y juróse que le vencería.

Le era fácil volver á la carga.

Sus días de ocioso le dejaban todas las horas libres.

Desde entonces el almacén de la señora Delivet le contó entre sus asiduos y desprendidos clientes.

Todos los pretextos le parecieron buenos para entrar.

Gastó en futelezas un capital.

Bordat, á quien contaba sus reveses, sin

nombrarle el objeto de sus locuras, no le recordaba, y le decía:

—¡Tened cuidado, os vais enredando!

El asunto duraba ya seis meses.

El barón preparaba el asalto á conciencia, con paciencia y perseverancia.

¿Qué prisa corría?

Se parecía á los asaltantes de un plaza que quieren sitiarse por hambre.

Si los sitiados carecen de todo, á los sitiadores no les falta nada.

Por este lado D'Aubagny se les parecía, pero no adelantaba nada.

La plaza se resistía.

Al fin acababa de obtener la primera ventaja.

Elena había aceptado una cita.

Y á aquella cita, una vez dada, había ido.

Ya era hora.

D'Aubagny rompía con sus principios.

Llegaba á un amor de joven, á una pasión de estudiante, mezclada con los deseos del adolescente para con la primera muchachuela que les hace latir el corazón.

Así estaba él de radiante en su palco.

El *jongleur* terminó sus ejercicios. Uno de los criados del circo se presentó en la pista y enseñó al público un cartelón, en el que había escrito con grandes letras negras, en fondo blanco, la palabra: «Descanso».

Inmediatamente se produjo gran movimiento en la sala; casi todas las sillas se desocupa-

ron; los que estaban en los palcos se dirigieron á los pasillos en medio de un ruido de accesorios llevados á la pista y tirados con estrépito para una pantomima que debía verificarse después, para completar el espectáculo.

Entonces el barón y la empleada de la señora Delivet se quedaron solos, libres al fin de la importuna curiosidad de sus vecinos, que no cesaban de mirar á la bella.

D'Aubagny se inclinó á su oído y la preguntó con acariciadora voz:

—¿Y qué, se ha reflexionado?

La joven agitó nerviosamente sus dedos con una contrariedad visible, como si la hora de las explicaciones decisivas fuese para ella un verdadero suplicio, y no contestó.

Se volvió hacia el barón y le dirigió una de esas miradas que hacen palpitar los corazones y que en realidad no tenía más objeto que el de examinarle por última vez antes de tomar un partido.

—Veamos, hermosa, expliquémonos y contestadme con franqueza.

Y al decir esto, se colocó frente á la joven.

—Hay para mí algo inexplicable en todo cuanto sucede entre nosotros.

—¿El qué?

—Sois encantadora, y yo no soy el primero en decíroslo.

—¿Qué más?

—Tenéis talento.

—¡Oh!

—Y mucho.

—Me hacéis favor.

—Tenéis buen sentido.

—No doy muestras de ello.

—¿Cómo?

—Hallándome aquí.

—Sí, lo tenéis, y por consiguiente debéis comprender el peligro de vuestra situación.

—¿El peligro?—repitió pensativa.

—Sin duda. ¿Cuánto ganáis?

—Trescientos francos mensuales.

—Bueno.

—Y la comida.

—No hablemos de eso. ¿De modo que vienen á ser unos tres mil francos los que ganais al año?...

—La cuenta es fácil.

—Con el alquiler de la casa, vuestros trajes, el importe de los viajes que haceis, la planchadora y lavandera—seamos positivos—y los demás gastos extraordinarios, al finalizar el año debéis tener deudas.

—Ninguna.

—Pero por lo menos, el porvenir es incierto.

—Eso es verdad.

—Si os sobreviniese cualquier accidente, una enfermedad, ¿qué sería de vos?

—Eso es un problema. Pero ¿dónde vais á parar?...

—A esto. Os veo por primera vez en casa de la señora Delivet, y, como es natural, me quedo prendado de vuestra hermosura. Os lo digo,

y me mandais á paseo... Vuelvo á la carga, os propongo que hagais alguna tontería, y os ofrezco, no la fortuna, porque esa la guardo para mí, pero sí algo con qué vivir á gusto, setecientos ú ochocientos francos mensuales, sin obligaros á dejar vuestro empleo. En una palabra, acabais por confesarme que no os desagradó; me concedéis algunos favores, á los que doy un valor considerable, la cita de esta noche, por ejemplo, y cuando creo llegar al fin, todo se viene á tierra. En conclusión, entre nosotros existe un obstáculo misterioso.

—Es muy posible.

—Es más que posible, es cierto; declaradlo.

—Pues bien... —dijo, titubeando.

—¿Bien, qué?...

—¡Que sí! Os lo digo puesto que así lo quereis.

—¿Un amante?

—Un amigo.

—¡Oh, querida! —dijo el barón humillado. Las amistades con un hombre, sea el que fuere, escurren por resbaladiza pendiente y caen, fatalmente, en otro sentimiento... más vivo.

Hizo un gesto de despecho, y cogiéndole la mano:

—Vamos, puesto que habeis empezado, terminad.

—Es que la confesión me cuesta mucho.

—Suponed que soy un confesor.

—Me costaría mucho trabajo.

—¿Creeis que me vais á decir algo nuevo?

—No, pero....

D'Aubagny apretó la mano que tenia entre las suyas.

—Os voy á ayudar.

—Bueno.

—Si creeis que soy indiscreto, no me contes-
teis. ¿Cuánto tiempo hace que estais en París?

—Seis años y medio.

—¿De dónde vinisteis?

—De la Auvernia. Me había quedado sin pa-
dres... Mi padre murió pobre. Era juez de paz,
ya os lo he dicho... Yo sabía lo que saben to-
das las muchachas que van al colegio siete ú
ocho años. Además había trabajado en casa de
una pariente mía, que era costurera en Cler-
mont. Vine sin dinero, pero he sabido propor-
cionármelo. He tenido suerte.

—Lo merecéis.

—Conozco muchas que lo merecen y no la
tienen. Encontré en seguida una colocación,
no muy mala. Después entré en casa de la se-
ñora Delivet. Y á fuerza de trabajo he llegado
á ser en ella una autoridad.

—¿Qué hacíais por la noche?

—Volvía á mi casa helada, con el corazón
vacío, muy triste...

—¿Os pesaban el fastidio y la soledad?

—Cuanto os diga es poco.

—¿Y buscasteis una distracción?

—Por lo menos la deseaba.

—¿Y se presentó bajo la forma de un jo-
ven?...

—Joven, no mucho.

—¿Guapo?

—Bastante.

—¿En qué se ocupa?

—Es médico.

—¡Pestes! ¡Un hombre peligroso!

La joven se sonrió.

—¿Rico?—signió preguntando el barón.

—No, no lo era, pero llegará á serlo.

—¿De modo que aun no lo es?

—No es por falta de deseos.

—¿Generoso?

—Pródigo, más de lo que puede; pero eso á mí no me importa. No creáis que el dinero influye en nada en la amistad que yo puedo tener con él.

D'Aubagny era demasiado discreto para insistir.

Pero no pudo contener esta pregunta:

—¿Le amáis?

Esperaba la respuesta con cierta inquietud.

Lo cierto era que Elena Brunoy le interesaba más de lo que hubiera querido; turbaba su placidez y su reposo.

Ninguna de sus antiguas conquistas le habían interesado lo que le interesaba aquella joven.

La devoraba con sus ojos de un azul claro.

La joven cerró los labios, movió lentamente la cabeza y añadió con incertidumbre:

—No lo sé, no. Hay momentos en que casi le odio. Le quiero, sin embargo, por el cariño que me demuestra...

—¿Cómo?

—Me ofreció casarse conmigo.

D'Aubagny se quedó mudo de sorpresa.

—¿De modo que os quiere de verdad?

—En efecto.

—¿Y vos os negáis?

—¿Para qué aceptar tan pronto? No tengo prisa. Con mi trabajo he llegado á proporcionarme cierto bienestar que temo perder.

—¿Pero ese doctor?...

—Tiene cualidades que me seducen y defectos que me dan mucho que pensar. Me persigue con sus celos, me atormenta con sus temores de que le engañe. Se forja quimeras y rivalidades que no existen más que en su imaginación. Cree que todas las noches me esperan gentes que me siguen y me halagan con ofrecimientos fabulosos.

—¡Caramba!

—¡Error! Quizás me los han hecho, pero no eran tentadores, os lo juro, ó por lo menos no lo han logrado.

—¿Pero es posible?

—La verdad pura.

—Me asombráis.

La joven continuó con melancolía:

—No me han faltado enamorados. Recuerdo sus nombres, pero he olvidado su posición... Vos sois el único, y eso os lo juro, que me ha propuesto la manera de poner á cubierto el porvenir.

—¿Y por qué no aceptais mis ofrecimientos

—¿Por qué?

Suspiró trabajosamente y se llevó la mano al pecho.

—Me vais á llamar sencilla y tonta, pero sería á mis propios ojos y á los de las gentes, que sin embargo no se ocupan de nosotros, una vergüenza. No he sido débil hasta aquí... y no lo seré en lo sucesivo.

—Y además—dijo amargamente D'Aubagny—está por medio ese doctor.

—Sí. No quisiera causarle ningún pesar.

—¿Le amáis, pues?

—¡Ah!—exclamó con despecho,—me preguntais demasiado... ¿Acaso lo sé?

Guardó silencio un momento.

D'Aubagny la observaba á hurtadillas.

La joven se había vuelto hacia la pista y miraba distraidamente los ejercicios y las escenas de la pantomima que acababa de empezar.

Se comprendía que én su interior sostenía una gran lucha. Las ofertas tentadoras del barón la conmovían.

Ella había dicho la verdad.

En el fondo de estas desgraciadas que trabajan y que una triste casualidad, una enfermedad, por ejemplo, puede postrar en el lecho, haciéndolas perder en pocos días el bienestar ganado en tanto tiempo, esta es una visión lamentable, una obsesión siniestra; el lecho del hospital, donde pueden expirar sin oír una voz amiga, sin un beso, sin un consuelo.

Elena vacilaba llena de emoción.

La representación tocaba á su fin, cuando el barón la distrajo de sus sueños.

—No hablemos más del pasado—dijo,—sino del porvenir. Ya sabéis lo que os propongo.

—Sí.

—¿Os amo, Elena!

—Como todos.

—Pero tengo más experiencia, mi juicio es más maduro. ¡Vamos! Sed buena... aceptad.

—Lo pensaré... veré...

—La vida es breve; un día más perdido para la dicha—suspiró.—Esto es enorme.

—Concededme una tregua.

—Ya he esperado bastante.

—Sólo algunos días.

—¡No!

—Ocho ó diez.

—Son muchos—insistió con calor, hablándole al oído, encantado de sí mismo, sacado de su ordinaria calma por la proximidad de aquella hermosa joven, que se parecía tan poco á cuantas hasta entonces había conocido.

Al fin estaba casi convencida.

La esperanza que reflejaba en sus ojos para desvanecerla, la emocionaban. Y además era tan insinuante, gracioso y cortés... Su galantería contrastaba con la violencia y nervosidad del doctor Fabregues, de quien ya estaba harta.

La orquesta tocó la última marcha.

Era preciso decidirse.

—Dejadme reflexionar—dijo con acento suplicante.

—Sea — contestó el barón levantándose y abriendo la puerta del palco.—¡Pero cuánto me hacéis padecer!

Cinco minutos después, su victoria se detuvo en la esquina de la calle Vignon, dejando allí á Elena.

D'Aubagny llevó á sus labios la mano enquantada de la joven; la retuvo largo tiempo entre las suyas, y cuando por fin Elena se escapó, desapareciendo detrás de la maciza puerta, dijo á su cochero:

—Avenida de Villiers.

La victoria se alejó al trote largo.

No había llegado apenas á los almacenes del Printemps, cuando un hombre de enmarañados cabellos, con el semblante adusto y furioso, llegó ante la puerta detrás de la cual había desaparecido Elena.

Era el doctor Fabregues.

VI

Al separarse de Elena en el momento en que ésta entraba en su casa para acudir á la cita con el barón D'Aubagny, Fabregues se hallaba bajo la influencia de una violenta decepción.

Sus nervios vibraban de cólera y miedo.

Aquella naturaleza inflamable se hallaba en ebullición como una lava calentada por un fuego interior.

Las explicaciones ambiguas y casi altaneras de la joven, no le habían tranquilizado.

Por el contrario.

Se las había dado con aire distraído, indiferente y ligero, que expresaba el hastío por un yugo que se quiere sacudir.

El solo las había aceptado con la intención de investigar las causas de aquel cambio.

Desde que se cerró la puerta, el doctor había atravesado el boulevard para ponerse al acecho desde el lado opuesto y allí, confundido con los paseantes y con los ojos fijos en la ventana de la encantada habitación cuyas llaves quisiera tener en sus manos para librarla de rivales desconocidos, permaneció con el corazón ateneado por las torturas de los celos, contando los minutos y esperando la salida de Elena.

Porque ella iba á salir; estaba seguro de ello.

Todo se lo indicaba: la prisa de la joven por abandonarle, su mal disimulada agitación, y hasta la luz que se veía por la ventana de su tocador.

En efecto, al cabo de un cuarto de hora próximamente, de quince minutos de espera que le parecieron interminables, el gas se oscureció en la habitación y Fabregues vió en seguida una sombra que se deslizaba fuera de la calle Vignon, mirar con inquietud á su alrededor y dirigirse con rápido paso hacia la Magdalena.

La siguió á distancia, evitando que le sor-

—Sea — contestó el barón levantándose y abriendo la puerta del palco.—¡Pero cuánto me hacéis padecer!

Cinco minutos después, su victoria se detuvo en la esquina de la calle Vignon, dejando allí á Elena.

D'Aubagny llevó á sus labios la mano enquantada de la joven; la retuvo largo tiempo entre las suyas, y cuando por fin Elena se escapó, desapareciendo detrás de la maciza puerta, dijo á su cochero:

—Avenida de Villiers.

La victoria se alejó al trote largo.

No había llegado apenas á los almacenes del Printemps, cuando un hombre de enmarañados cabellos, con el semblante adusto y furioso, llegó ante la puerta detrás de la cual había desaparecido Elena.

Era el doctor Fabregues.

VI

Al separarse de Elena en el momento en que ésta entraba en su casa para acudir á la cita con el barón D'Aubagny, Fabregues se hallaba bajo la influencia de una violenta decepción.

Sus nervios vibraban de cólera y miedo.

Aquella naturaleza inflamable se hallaba en ebullición como una lava calentada por un fuego interior.

Las explicaciones ambiguas y casi altaneras de la joven, no le habían tranquilizado.

Por el contrario.

Se las había dado con aire distraído, indiferente y ligero, que expresaba el hastío por un yugo que se quiere sacudir.

El solo las había aceptado con la intención de investigar las causas de aquel cambio.

Desde que se cerró la puerta, el doctor había atravesado el boulevard para ponerse al acecho desde el lado opuesto y allí, confundido con los paseantes y con los ojos fijos en la ventana de la encantada habitación cuyas llaves quisiera tener en sus manos para librarla de rivales desconocidos, permaneció con el corazón ateneado por las torturas de los celos, contando los minutos y esperando la salida de Elena.

Porque ella iba á salir; estaba seguro de ello.

Todo se lo indicaba: la prisa de la joven por abandonarle, su mal disimulada agitación, y hasta la luz que se veía por la ventana de su tocador.

En efecto, al cabo de un cuarto de hora próximamente, de quince minutos de espera que le parecieron interminables, el gas se oscureció en la habitación y Fabregues vió en seguida una sombra que se deslizaba fuera de la calle Vignon, mirar con inquietud á su alrededor y dirigirse con rápido paso hacia la Magdalena.

La siguió á distancia, evitando que le sor-

prendieran en aquel vil espionaje á que se entregan todos los enamorados apasionados, deseoso de conocer el objeto de aquel paseo y de darse cuenta del peligro que amenaza á su amor.

No perdió de vista un instante á la joven; pero como iba detrás y por la acera opuesta, el encuentro de Elena con el barón y la ligereza del caballo que los llevaba hacia la calle de Rivoli, destruyeron sus planes.

Permaneció clavado en la acera, presa de una especie de congestión moral, de la que tardó en salir.

Parecía herido por el rayo.

La duda, ese supremo consuelo de los amantes engañados, era imposible.

Se apoderó de él verdadero furor.

Tenía un rival, y un rival dichoso.

No conocía su nombre ni su rostro; pero este rival tenía ventajas que él no pesaia.

Era rico, á juzgar por la elegancia del coche y ese no se qué indefinible, pero que se comprende á primera vista.

¿Dónde iban?

Fabregues debía pasar allí algunas horas de esas cuyo recuerdo queda marcado con fuego en el corazón.

Aquel bien que él perseguía hacía tres años, que deseaba con ardor, que casi consideraba como cosa suya, se le escapaba.

¡Perteneía á otro!

El gascón se estremecía ante semejante idea.

En las dos horas de ausencia de la joven, recorrió el boulevard á grandes pasos, entregándose á las más quiméricas suposiciones, procurando inútilmente encontrar una excusa, una explicación para este hecho: ella estaba con otro, y para ir con éste, le había abandonado á él. Ni siquiera se tomó el trabajo de cubrir las apariencias, puesto que se citó con él en medio de la calle.

Nunca le había sucedido cosa semejante.

Nunca había tampoco experimentado tanta ira.

A las once y tres cuartos paseaba febrilmente como una fiera aprisionada, alrededor de la doble fila de árboles del boulevard, entre el extremo de la calle Vignon y la plaza de la Magdalena, cuando desembocó por la calle de Cambón el coche que había conducido á la pendiente de madama Delivet.

Atravesó como un rayo la calle y se detuvo ante la puerta de la casa de Elena.

Fabregues tuvo idea de lanzarse hacia allí, pero le contuvo la idea del ridículo papel que iba á hacer,

Después de todo, ¿qué podía decir á aquel desconocido, cuyo semblante no distinguía con la oscuridad de la noche?

Estaba á unos cincuenta pasos del coche, apoyado en un árbol que le ocultaba, y desde allí vió bajar á Elena, abandonando su mano á su acompañante, que la besó amorosamente, desapareciendo después detrás de la pesada puer-

ta, que se cerró rechinando sobre sus goznes. El coche tomó la dirección del boulevard Hausmann.

Entonces Fabregues respiró.

Podía ir á tener una explicación con la pérfida.

Apenas vió iluminarse las habitaciones, llamó á la puerta.

Era ya media noche.

La portera salió de su habitación para apagar el gas.

—¿Ha vuelto la señorita Brunoy?—preguntó el doctor.

La señora Gervais sentía gran interés por su inquilina.

Las mujeres, dígame lo que se quiera, dependen á ayudarse mutuamente contra los hombres, y la empleada de Mad. Delivet era una buena muchacha, que daba conversación á la portera en sus ratos de ocio, contándole las murmuraciones del almacén y los escándalos, que constituyen la alegría de estas fábricas.

Además, la señora Gervais, en su mocedad y aun en su edad madura, había tenido desengaños que habían engendrado en su alma un legítimo rencor hacia el sexo fuerte.

—Seguramente que está en su casa—contestó con voz ruda.—¿Dónde queríais que estuviera?

—Bien sabéis cuánto me intereso por ella—dijo él con forzada sonrisa.

—Demasiado para su reposo—respondió con acritud la señora Gervais.

Y observando retratada la angustia en el rostro del doctor, que se esforzaba por aparecer sereno, añadió:

—Estáis descompuesto.

—¿Yo?

—Sí, vos. ¿Qué os sucede?

Fabregues, en efecto, estaba lívido; toda su bilis se extrabasaba á través de la piel.

Ante el apóstrofe malicioso de la portera, se puso rojo.

—¿No hay cartas?—preguntó.

—No, nada.

Empezó á subir la escalera, y en vez de detenerse en su entresuelo, subió los cinco pisos, y llamó á la puerta de Elena.

Al pronto no obtuvo respuesta.

Este retraso le dió tiempo para reponerse.

Se temía á sí propio, temía la violencia de su carácter, de la exasperación que hacía hervir su sangre.

Esperó medio minuto y llamó de nuevo.

En seguida se oyó una voz que preguntaba:

—¿Quién?

—Yo.

—¿Vos?

—Abrid.

La llave dió vuelta en la cerradura con mucha lentitud; corrió el cerrojo, y Elena se apartó para dejar paso al doctor.

La joven estaba pálida, inquieta, colocada

entre el temor á un escándalo y el disgusto de una escena violenta.

—¿Por qué venís á esta hora?—preguntó con inquietud.—¿Qué significa esta visita después de media noche?

Fabregues entró con el aire de un esposo ofendido, mientras Elena le observaba estupefacta desde la puerta del gabinete.

El se dirigió al gabinete y encendió los mecheros de gas.

—¿Qué hacéis?—dijo la joven.—¿Queréis hacer una fiesta del 14 de Julio para vos solo?

—¡Eh!—dijo él volviendo la cabeza.

—Ponéis iluminación: ¿en honor de qué santo?

El hizo un supremo esfuerzo para contenerse, y dijo:

—¡Calla! ¿has salido?

—¿Por qué lo decís?

—Porque aquí está la ropa que acabas de quitarte.

—Cierto, es mi vestido.

—¿Adónde has ido?

—A pasearme, á dar una vuelta.

—¿No decías que estabas fatigada? ¿Qué ibas á descansar?

—Habré cambiado de idea.

—¿Has ido sola?

—¡Cuanta pregunta! Querido, si os volveis tan descontentadizo, vale más romper toda relación entre nosotros.

—¡Bah!

—Como lo digo. Quiero mi libertad.

—No se puede hablar contigo sin molestarte.

—Sí; pero á otras horas, en otra parte que en mi casa. Esta irrupción es de lo más incorrecto que conozco. Si así procedeis sin tener derecho, sobre mí, ¿qué sería si lo tuvieseis?

Ella no quería abandonar su terreno.

Fabregues permanecía en el suyo, de pié, fija la mirada en el vestido y el sombrero, en las botas y en los guantes.

—¡Bah!—dijo aproximándose hacia la joven, que retrocedió.—¿Para qué defenderte? Lo sé todo.

—Sea enhorabuena. Convenid pues...

—¿En qué?

—En que me espiais.

—¿Quién era ese hombre que te acompañaba?

—¿En el coche?

—Sí.

—¿No le conocéis?

—Le he visto de lejos; no he querido escándalo. Te esperaba en la calle Royale.

—Exacto.

—Hubiera podido acercarme, seguiros...

—Si no lo habeis hecho, será porque algo lo habrá impedido. ¿De modo que no le habeis visto la cara?

—No.

—Es lástima, porque es un hombre muy espiritual, muy galante y muy rico.

—¿Te hace la corte?
 —No es él solo.
 —¿Y le das oídos?
 —¿Por qué no?
 —¡Elena! —gritó haciendo ademán de cogerle el brazo.

Ella retrocedió de nuevo, ligera como un ciervo, llegó hasta la ventana y la abrió bruscamente.

La noche estaba magnífica.

La joven saltó al balcón.

El doctor quedó inmóvil en medio de la habitación.

Lo que acababa de hacer la joven le causaba verdadera angustia.

—¿Tenía miedo de él! ¡Le creía capaz de maltratarla!

—¡Entra! —dijo con voz alterada.—Vas á coger frío.

—Prefiero un reuma á un golpe. Harías mejor marchándoos.

—¿Por qué? Dime quién es ese hombre.

—¿Y os marchareis?

—Lo prometo.

—Es un hombre como otro... mejor que muchos otros... Es célibe, tiene rentas, ama los placeres, me ha visto en el almacén, le he agradado, probablemente para una hora ó para algunos días, y se obstina en perseguirme.

—¿Hace mucho tiempo?

—Hace seis meses. Me ofrece sumas que vos no poseereis nunca, y que me serían muy

útiles después. Esta noche quería hablarme.

—¿Hablarle solamente?

—¿Me tomáis acaso por una de esas desdichadas que se encuentran en la calle?

—¿Dónde habéis ido?

—Al Circo Nuevo. No es gran delito ir en coche abierto, á la vista de todo el mundo. Podía dispensarme de daros estas explicaciones. En mi triste condición de joven sin amparo, sin familia y sin fortuna, tengo al menos la ventaja de no depender de nadie; pero no quiero que podías acusarme. He cedido á un movimiento de curiosidad... He querido saber qué precio ponía á mi venta. Lo he sabido, y no he caído en la tentación. Eso es todo.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—¿Para qué decirlo?

—Entonces, ¿ha concluido todo entre nosotros?

Al decir esto, el semblante del doctor se contrajo tan violentamente, que la joven no se atrevió á contestar, como hubiera querido.

—Sería mejor para nosotros —dijo suspirando.

Fabregues observó que Elena temblaba y dijo con dulzura:

—Entra y no temas nada.

Ella obedeció, cerró la ventana y quedó apoyada en la pared.

—Escucha—continuó él sin atreverse á dar un paso hacia ella, temiendo asustarla,—no puedo decir lo que he sufrido en las dos horas

que acaban de pasar. He tenido un infierno dentro de mí. Y es que te tengo en más que la vida, en más que todo.

—¡Palabras!

—Preferiría verte muerta, que de otro.

—¡Comedia!

—Es la verdad; lo juro.

—Me incomodan esas exageraciones. Cuando habláis parece que se estais en el teatro. Docid lo que pensais lisa y llanamente, sin declamaciones.

Y como le viese vacilar, presa de una emoción extraña, continuó:

—Apresurémonos: los vecinos preguntarian lo que pasaba en mi casa, y yo estimo mi reputación. En suma, haceis hermosos proyectos para el porvenir y ninguno se realiza; no habeis adelantado una pulgada en tres años. Y así seguireis siempre.

—¡Elena!

—Quereis la fortuna y no teneis ni fuerza para conquistarla, ni la sabiduría de pasaros sin ella.

—¡La fortuna! — murmuró él pasándose la mano por la frente. — Tú la deseas tanto como yo...

—Temo la miseria, y nada más.

—No mientas. Eres como las otras...

—¿Y aun cuando así fuera?..

—Necesitas placeres, diamantes...

—No, puesto que los he rehusado — dijo, encogiéndose de hombros.

Pero él persistió en su idea.

Aquel rival opulento que había visto, que existía, de cuya existencia no podía dudar, le hacía incrédulo, y le exasperaba.

—Rehusas hoy... para aceptarle mañana.

Se levantó al decir esto y dió algunos pasos por la habitación, con los dedos entre sus cabellos.

Ella permaneció de pie cerca de la ventana, presenciando en todo su conjunto su seductora figura.

—¡Bien! — dijo él volviendo á su lado; — escúchame.

— ¿Qué quereis?

— Procuraré adquirir y darte esa fortuna que te fascina.

— ¿Podreis lograrlo?

— ¡Quizá!

— ¿Por qué medios?

— Eso es cosa mía. Concédeme un plazo.

— ¿De cuánto tiempo?

— Un año.

La joven sacudió la cabeza.

— Os burlais de mí — le dijo. — ¡Un año es la eternidad!

— ¿Temes envejecer? ¿Qué es un año para tí?

— ¿Adónde vais á parar?

— De aquí á entonces, haga lo que haga, no te ocupes de mis actos; no dudes de mí, oigas lo que quieras, y suceda lo que suceda, piensa que no tengo más que un objeto: tú, siempre tú.

- ¿Qué novelesco!
- ¿Qué es la vida? ¡Una novela!
- Tal vez teneis razón...
- Si pasado ese término, he logrado el éxito, me pertenecerás para siempre, en cambio de la fortuna ganada para tí. En caso contrario recobras tu libertad.
- La joven reflexionó un instante.
- ¡Un año!—dijo.—¡Jamás! ¡Es mucho!
- ¿Cuánto tiempo entonces?
- Seis meses.
- ¿No me concederás nada más?
- No.
- Sea, pues...
- ¿Aceptas?
- Puesto que es preciso...
- ¿Después seré libre? ¿No os ocupareis más de mí?
- Está convenido.
- Volvereis sobre esta palabra: os conozco.
- ¡Nunca!
- Juradlo.
- Lo juro; mas á tu vez, prométeme, en cambio, no dar oídos á nadie.
- ¡Durante seis meses!
- Estamos á 20 de abril; el 20 de octubre, ó yo te podré dar lo que desees, ó todo habrá concluido.
- Ella se puso seria y dijo con alterada voz:
- Os escucho y me pregunto si sueño. Me espantais con vuestras ideas.
- ¿Qué supones, entonces?

- ¿Qué medio vais á poner en práctica para enriqueceros en tan poco tiempo?... Eso son quimeras; valdría más renunciar.
- ¿Tan grande es el sacrificio que te pido?
- No; y aún diré que no me cuesta violencia el hacerlo. No soy ambiciosa; sólo tengo un deseo: vivir en paz, siendo siempre lo que soy: una joven pobre y honrada.
- Acepta, pues.
- Y para convencerla le recordó su encuentro, el compromiso tantas veces reiterado de ser siempre el uno para el otro.
- Elena, en el fondo, decía verdad. Ni era viciosa ni avara; su fondo era honrado y leal.
- Únicamente sentía inquietud por su porvenir. Por otro lado, el carácter exaltado del doctor la aterraba. Celoso y disipador, perseguido por sueños de ambición, que era impotente para realizar, no era el llamado á procurarla la paz del alma porque ella suspiraba.
- Vacilaba en dar su consentimiento, porque una vez comprometida era demasiado leal para faltar á la palabra empeñada.
- La pasión de su amante logró al fin convencerla.
- El reloj dió la una y media.
- ¡Qué tarde!—murmuró ella.
- ¿Qué decides?
- ¿Será este el último sacrificio que exijais de mí?
- Está dicho.
- ¿Qué hareis durante esos seis meses?

- Lo mismo que otros años.
 —¿Irás á Mont-Doré?
 —A principios de junio.
 —¿Y estareis allí?
 —Todo el verano.
 —¿Es decir, hasta el 30 de setiembre?
 —Próximamente.
 —¿Por qué me prevenis que no me admire de nada?
 —Porque tal vez sucedan cosas que la malevolencia interpretará contra mí.
 —No comprendo.
 —Ni hay necesidad.
 —No me gusta la obscuridad ni las tinieblas
 —dijo con aire de indecisión.—Al menos, no hareis nada indigno ni deshonoroso.
 El se mordió los labios.
 —¿Lo dudarás?—dijo, eludiendo la cuestión.
 —Sea, puesto que lo quereis. Convenido.
 —¡Ah! ¡Qué buena eres! ¡Te adoro!
 —¡Siempre palabras!
 El no se dió por entendido.
 —Nada de intrigas—dijo.
 —No.
 —Ni más citas.
 —No temais nada.
 El doctor cogió la mano de la joven y la cubrió de besos.
 Ella se desasíó suavemente.
 —Me caigo de sueño—dijo.—Idos y dejadme dormir.
 Y le empujó dulcemente hacia la escalera.

El cedió.

Después de cerrar la puerta, la joven se acostó.

Si él hubiera entrado en la habitación cinco minutos después, hubiera podido verla enervada y abatida.

Fabregues, de regreso en su casa, miraba una fotografía que ella le había regalado dos años antes.

—¡Ah!—murmuraba.—Por convencerte, por conservarte, incendiaría á París. Seis meses es bastante para ser rico. En seis meses, cueste lo que cueste, lo seré ó me moriré.

VII

La morada del doctor Bordat en la calle de Luis el Grande, era más bien el retiro de un hombre de mundo que la habitación de un médico.

Al siguiente día de la cena en el café de la Paz, á las nueve y media, el doctor, en traje de mañana, estaba sentado ante un escritorio elegante en el salón que le servía de gabinete de consultas.

La casa es antigua, y sus menores detalles de construcción recuerdan la época de Luis XVI.

Una marquesa hubiera podido hacer de aquel gabinete un nido para el amor.

El doctor no trabajaba, reflexionaba, mirando de vez en cuando el reloj.

- Lo mismo que otros años.
 —¿Irás á Mont-Doré?
 —A principios de junio.
 —¿Y estareis allí?
 —Todo el verano.
 —¿Es decir, hasta el 30 de setiembre?
 —Próximamente.
 —¿Por qué me prevenis que no me admire de nada?
 —Porque tal vez sucedan cosas que la malevolencia interpretará contra mí.
 —No comprendo.
 —Ni hay necesidad.
 —No me gusta la obscuridad ni las tinieblas
 —dijo con aire de indecisión.—Al menos, no hareis nada indigno ni deshonoroso.
 El se mordió los labios.
 —¿Lo dudarás?—dijo, eludiendo la cuestión.
 —Sea, puesto que lo quereis. Convenido.
 —¡Ah! ¡Qué buena eres! ¡Te adoro!
 —¡Siempre palabras!
 El no se dió por entendido.
 —Nada de intrigas—dijo.
 —No.
 —Ni más citas.
 —No temais nada.
 El doctor cogió la mano de la joven y la cubrió de besos.
 Ella se desasíó suavemente.
 —Me caigo de sueño—dijo.—Idos y dejadme dormir.
 Y le empujó dulcemente hacia la escalera.

El cedió.

Después de cerrar la puerta, la joven se acostó.

Si él hubiera entrado en la habitación cinco minutos después, hubiera podido verla enervada y abatida.

Fabregues, de regreso en su casa, miraba una fotografía que ella le había regalado dos años antes.

—¡Ah!—murmuraba.—Por convencerte, por conservarte, incendiaría á París. Seis meses es bastante para ser rico. En seis meses, cueste lo que cueste, lo seré ó me moriré.

VII

La morada del doctor Bordat en la calle de Luis el Grande, era más bien el retiro de un hombre de mundo que la habitación de un médico.

Al siguiente día de la cena en el café de la Paz, á las nueve y media, el doctor, en traje de mañana, estaba sentado ante un escritorio elegante en el salón que le servía de gabinete de consultas.

La casa es antigua, y sus menores detalles de construcción recuerdan la época de Luis XVI.

Una marquesa hubiera podido hacer de aquel gabinete un nido para el amor.

El doctor no trabajaba, reflexionaba, mirando de vez en cuando el reloj.

—¿Por qué el animal de Fabregues se mezclaba en los asuntos de aquella joven?

Esta ingerencia le molestaba.

¡Oh! no era envidia. El pobre mozo no incuría en tal debilidad. La medicina significaba tan poco para él, que no se cuidaba de las rivalidades.

No había en Francia un discípulo de Esculapio más desinteresado que él. Pero experimentaba verdadera simpatía por su joven enferma, rica, hermosa, llena de atractivos y condenada sin apelación.

Aunque no ejerciese, Bordat sabía y tenía buen golpe de vista, y desde el primer momento apreció el estado de la desgraciada niña.

¿A qué atormentarla? ¿Para qué someterla á tratamientos inútiles? El sistema de la tía, de la excelente señora de Breville, que consistía en hacerla la existencia dulce, fácil, dejándola gozar en paz sus últimos días, era el mejor de todos.

Y además, si Bordat no sentía contra su discípulo las prevenciones que el barón D'Aubagny, no estaba lejos de concebir una antipatía natural por esos empíricos ávidos, que ven en toda dolencia un filón que explotar y se precipitan sobre las infortunadas víctimas, con la avidez de un tiburón sobre el marinero arrojado al agua por un golpe de mar.

En este momento de contrariedad, el criado abrió la puerta y anunció:

—El doctor Fabregues.

Su naturaleza reaccionó en seguida contra aquel sentimiento instintivo y tendió la mano á su compañero.

El gascón iba vestido de negro de pies á cabeza, y llevaba un paquete, que dejó sobre la chimenea.

—¡Diablo! Tus instrumentos de tortura,—dijo Bordat.—¿Quieres ejecutar á esa niña?

—Quisiera curarla: por eso vengo antes con objeto de hablarte.

El nivernés movió la cabeza.

—Tu puedes ser muy sabio, pero solo Dios hace milagros—dijo.

—He visto curas maravillosas, ¡palabra de honor! Tú no sabes lo que se puede esperar... el progreso... las aguas...

—¡Bah!

—En fin, hay que ver.

—Veamos,—dijo Bordat con resignación.

—¿Me permitirás dirigirte algunas preguntas?

—Empieza.

—¿Conoces á esa niña hace mucho tiempo?

—Diez meses próximamente.

—Es decir, desde el otoño último.

—Poco más ó menos.

—¿Ha empeorado desde entonces?

—Al contrario.

—¿Hay antecedentes en la familia?

—Su madre fué tísica... Murió á los veintitres años.

—¿Y el padre?

—Era de una salud vigorosa; pero murió algunos años después, y se dice que de la misma enfermedad.

—¿En tu opinión, esto será hereditario?

—Es probable. La infancia de esta niña hizo concebir esperanzas. Su tía, que vive con ella hace quince años, la creía salvada, cuando de improviso se declaró la enfermedad.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Cerca de cinco años.

—¿Con los síntomas ordinarios?

—Sí.

La conversación fué interrumpida por el sonido de la campanilla.

—Prudencia—dijo Bordat,—son ellas. La joven es una verdadera sensitiva.

—Está tranquilo.

Eran, en efecto, la baronesa de Breville y su sobrina.

—Ya veis que somos exactas—dijo la tía.

Tendió familiarmente la mano á Bordat, y saludó ceremoniosamente al gascón.

—Nos ponemos en vuestras manos, doctor. Veamos, ¿qué vais á hacer de nosotras?

Fabregues sonrió.

—Os vamos á otorgar privilegio de larga vida—dijo.—Mi amigo Bordat ha tenido la atención de contestarme á algunas preguntas... No se trata más que de prevenir, no de curar.

Esta señorita sólo está un poco débil... El

aire de nuestras montañas, tan puro y tan vivificante, le devolverá las fuerzas.

—¡Dios lo quiera!—murmuró la tía suspirando, y volviéndose hacia Bordat.

Fabregues se había aproximado á la joven y la envolvía en una mirada cariñosa.

La condujo suavemente hacia el otro extremo del salón é hizo que se sentase en un diván.

—¿Tendréis la bondad de darme algunos pormenores?—le preguntó con voz persuasiva.

—Sin duda, caballero.

—¿Notais debilidad?

—Sí.

—¿Tenéis vértigos, mareos?...

—Muy rara vez.

—El doctor Bordat me ha dicho que estais enferma desde hace unos meses...

—Es cierto:

—¿Desde el otoño último?...

—Justamente.

—¿En esta época teneis accesos de fiebre?...

—Por la noche, sobre todo.

—¿Experimentais agitaciones, calor en la cabeza, sudores?...

—A veces.

—¿Habeis perdido el apetito.

—Casi por completo.

—¿Habeis sido atacada por una especie de bronquitis, con accesos de tos, ligera opresión, sudores nocturnos sin causa aparente?

—Es verdad.

—¿Y todo esto con un gran desfallecimiento?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy mucho mejor. La opresión ha desaparecido, he recobrado el apetito; sólo persiste la debilidad.

El doctor Fabregues parecía meditar profundamente. En realidad no hacía otra cosa que observar en la enferma con penetrante mirada, como si tratase de magnetizarla.

Se alejó un instante dirigiéndose á Bordat y á la señora de Breville.

Esta le interrogó con una mirada en que se retrataba la angustia.

—El mal no es tan grave como creéis—dijo en voz baja. Afortunadamente acudimos á tiempo. Sólo me falta auscultar á la joven.

• ¡Ay!... La tía estaba ya al corriente de aquellas ceremonias.

Se aproximó á su sobrina y le dijo en voz baja:

—Vamos, hija, desnúdate.

—¡Otra vez?...—suspiró la joven.

Y levantándose con la ayuda de su tía, se quitó la pelliza y descubrió un vestido de mañana que señalaba sus formas alteradas por la enfermedad.

La baronesa desabrochó el corsé que sostenía aquel busto flaco y débil.

La piel del cuello era casi tan blanca como la batista que la cubría; los brazos parecían no tener sangre.

La tía sintió que sus ojos se humedecían. Hizo una señal al doctor Fabregues.

—No tengais miedo, señorita—dijo este aproximándose á la enferma;—no os haré sufrir.

E inclinándose, percutióle el pecho y después la espalda con los dedos.

Después aplicó el oído para auscultar la respiración.

—Todo va bien—dijo enderezándose;—pero para no olvidar nada, procederemos á una última experiencia necesaria, pero que será breve.

—¿De que se trata?—preguntó con ansiedad la señora de Breville.

—De un examen decisivo con ayuda de un pequeño instrumento de reciente invención, que no nos dejará duda.

Y tomó el paquete que había dejado encima de la chimenea, diciendo al doctor Bordat.

—¿Quiéres encender una luz?

—Con mucho gusto.

La paciente, como hipnotizada por estos preparativos esperaba casi como un acusado esperar el fallo de sus jueces en una causa de muerte.

Mientras que el doctor Bordat llamaba para pedir la luz, Fabregues procuró alentar á la enferma.

Es necesario decirlo todo.

Su voz tenía un timbre hermoso. No le faltaba al doctor más que el estudio para ser un barítono de primer orden. Además sabía en-

contrar inflexiones de voz para encantar á sus clientes.

Nunca había puesto en práctica más medios para agradar á una mujer.

Sus negros ojos, su voz, sus palabras, sus manos mismas, moviéndose libremente, eran caricias, persuasión, dulzura y piedad.

—Os parecerá quizá un poco ridículo al pronto, señorita; pero es por vuestro bien.

El criado de Bordat llegó con la luz.

Fabregues la puso próxima al diván en que se hallaba la joven, de modo que los rayos luminosos le diesen de lleno en la cara.

Después se puso en la frente un reflector sujeto con una cinta, con lo que parecía un nigromántico de la Edad Media.

—Abrid la boca—le dijo.— Quiero darme cuenta de todo.

La enferma obedeció.

La examinó con atención algunos instantes.

Luego sacó un espejo del tamaño de una moneda de veinte sueldos, soldado en el extremo de una tira de cobre, lo calentó con la lámpara á fin de que la respiración de la joven no lo empañase y con toda clase de precauciones examinó atentamente la imagen de la laringe reflejada en el cristal vivamente iluminado.

Luego dijo á su cliente:

—He concluido. Ya sé á qué atenerme.

La joven se cubrió.

—¿Doctor?...—preguntó la baronesa al doctor aparte.

—Está grave.

—¡Ay!

—Pero creo que podré salvarla.

—¿Vos?

—Sí.

—¿Hablais con sinceridad?

—Os lo juro.

—¿Qué habremos de hacer?

—Ya os lo diré.

—¿Cuándo?

—Mañana, si queréis, tendré el honor de veros.

—¿En el Grand Hotel?

—Como os plazca. Me indicaréis la hora.

—Todos los días antes de almorzar.

—Bien, señora.

Cuando quedaron solos los dos amigos, se miraron.

—¿Qué opinas?—preguntó Bordat á su vez.

—Ya lo he dicho; está grave, muy grave.

—Está perdida—dijo Bordat.—Ya lo había dicho.

—No lo creo así, y por mi honor la salvaré.

La señora de Breville volvió á pie al Grand-Hotel con su sobrina.

—Es muy bueno ese joven médico, muy serio y á la vez muy cariñoso—dijo la tía. No sé por qué me inspira confianza, á pesar de sus ridículos aparatos.

—Es verdad—pensó la sobrina.—¡Pero cómo me miraba!

—Tiene magníficos ojos—dijo la baronesa, como si respondiera al pensamiento de la joven.

VIII

El doctor Fabregues salió de casa de su amigo Bordat en un estado singular de ánimo.

Necesitaba reflexionar y poner en orden las ideas que bullían en su cerebro.

Desde su primera entrevista con las señoras de Breville, había visto en aquel encuentro una de esas casualidades favorables que pueden ejercer una influencia extraña sobre una existencia, pero confusamente, como esos vagos fantasmas de la fiebre, que se desvanecen en un instante.

Después, cuando de improviso se encontraron con él en el café de la Paz, cuando le dirigieron la palabra, el fantasma tomó cuerpo.

En fin, durante la consulta que acababa de verificarse, había estudiado á fondo á aquella enferma desesperada, cuyos ojos lánguidos le preguntaban con silencioso dolor, temerosos del fallo previsto, y como buscando en él una última esperanza, entonces el proyecto ilusorio se había desenvuelto en su espíritu con forma real.

Aquella joven estaba condenada; no cabía duda.

Había visto al enemigo posesionado de ella, conocía su marcha, podía calcular sus progresos con previsión matemática, la duración del

asedio, la época y casi el día de la rendición. Ella era rica.

Al entrar en su cuarto entresuelo de la calle Vignón, sintió el dolor de su miseria y un vivo deseo de conquistar la riqueza á cualquiera costa.

¡Qué diferencia entre el salón de Bordat, claro, fresco, cuidado, perfumado, y aquel entresuelo donde jamás penetraba el sol!

El nivernés había deslizado en la mano de su camarada el billete de 500 francos que le había pedido.

Fabregues lo contemplaba con delicia.

—¡Una limosna!—pensaba.—Sin ella, ¿qué sería de mí?

Llamó á su criado.

—¡Sulpicio!

Era éste uno de esos viciosos á los cuales no tienen nada que enseñarles á los quince años, ó quizás antes, pequeño y débil, pero guapo.

—¿No ha venido nadie?—le preguntó su amo.

—Nadie.

—¡Calla!—dijo viendo el billete de 500 francos;—¿ha ganado el señor esta noche?

—¡Toma, vé á cambiarlo y vuelve al momento.

El criado no se hizo repetir la orden.

Fabregues se cubrió la cabeza con las manos y pensó en sus proyectos.

—Sí, sería la fortuna—se decía.—Será preciso mentir, representar con esta desgraciada

la comedia del amor. ¿Es tan difícil? Pero esa fortuna, ¿es verdad?

El barón D'Aubagny le había proporcionado, sin quererlo, algunos antecedentes.

Las dos mujeres habitaban en Breville, en un palacio cerca de Evreux.

Dos horas de viaje en ferrocarril bastaban para ponerle al corriente de todo.

Era preciso ante todo informarse; después, procedería según sus inspiraciones. Aunque lo pensaba así, desde luego formó su plan completo. Estaba decidido á la obra de seducción que había de ser para él un golpe de fortuna.

Después de todo, ¿qué arriesgaba?

—Nada.

Cuando Sulpicio volvió con cuatro billetes de cien francos y unas monedas de oro, le regaló diez francos, como si en adelante su caja hubiera de ser la de un nabah.

—Por el mandado—le dijo.

—¿Va á salir el señor?

—Al instante.

—¿Y no volverá?

—No lo sé.

—¿Y si viene algún cliente?

—No vendrá ninguno.

—Es probable, pero podía presentarse alguno.

—Le dices que vuelva.

El doctor cogió su sombrero y salió.

El día era hermoso. Dió una vuelta para ha-

cer tiempo hasta el medio día, y después fué á almorzar al barrio Latino.

Estaba completamente entregado á su plan.

Reflexionaba y se decía que se le presentaba una de esas ocasiones que no se encuentran dos veces y hay que asirlas por los cabellos con audacia.

Durante el día se paseó halagado por sus ensueños, experimentando el deseo de la soledad, como un sabio que se entrega á cálculos difíciles y teme ser interrumpido en su trabajo.

La noche le sorprendió ante la casa Delibet, esperando la salida de las dependientes.

En aquel instante, sus ideas confusas de la víspera estaban, por decirlo así, clasificadas en su memoria.

Cuando apareció su ídolo, la abordó con una alegría que no era habitual en él.

—¿Sabes?—le dijo—con la fe, se trasportan las montañas. He encontrado un filón.

—¡Ah!—exclamó ella con su calma acostumbrada.

—Si, seremos ricos un día. ¿Sostendrás tu palabra?

—No sé lo que quieres decir—replicó ella tuteándole á su vez.—No veo las cosas como tú... No me gusta perder el tiempo soñando, pero he prometido esperar... esperaré. Haz lo que quieras.

Aquella noche la acompañó hasta la puerta de su casa y la abandonó bruscamente.

Temía hacerse traición.

Desde allí fué á su círculo.

Se jugaba en él, y la partida era animada.

A media noche volvió á su entresuelo con dos mil francos en el bolsillo.

—Decididamente—pensó—la suerte me protege.

Al día siguiente, á las ocho de la mañana, tomó el expreso de Cherbourg, que le dejó en Evreux á las diez.

Antes había tenido cuidado de comprar una de esas guías de los departamentos en las que se encuentra hasta los poblados más insignificantes.

Breville está á siete kilómetros de Evreux, en el camino de Lisieux.

El doctor Fabregues podía disponer de todo el tiempo hasta la noche.

Tomó un coche y se hizo conducir á la iglesia de Breville.

Al medio día entró en una posada que le había recomendado su conductor.

El anuncio de varias granjas en venta fijado en el muro, le proporcionaba un pretexto para extraviar la opinión acerca del verdadero objeto de su viaje.

El posadero era un arrogante lugareño.

—¿Qué quiere el señor?—preguntó.

—Almorzar por de pronto.

—Es fácil.

—¿Qué hay?

—Lo que queráis.

—Es cuanto necesito. ¿Cuánto tardará?

—Diez minutos.

—Perfectamente.

El gascón había adoptado un aire familiar.

—Voy á esperar paseándome por los alrededores.

Una joven de veinticinco años, que cuidaba de la cocina é iba del fogón á la mesa, dijo:

—No se aleje mucho el señor... no se le hará esperar.

—Pondreis tambien cubierto para el conductor.

—Bien.

Breville está situado en lo alto de una loma, en cuyo fondo se veía el verdor primaveral de unas praderas regadas por una pequeña corriente.

A cincuenta pasos de la iglesia, en la plaza, á que dan sombra dos hileras de tilos plantados recientemente, empieza una calle casi circular, de álamos seculares, verdaderamente magníficos, mezclados con pinos, que conduce al palacio de Breville.

Fabregues se detuvo al límite de la calle. Sabía bastante. El aspecto del palacio, vasta construcción de elegancia perfecta, que contaba un siglo de antigüedad, atestiguaba la opulencia de su propietario.

Dos jardineros iban y venían ocupados en sus faenas, y las ventanas abiertas permitían ver algunos rostros de criados y criadas que revelaban el buen humor.

El gascón hizo de nuevo su camino en senti-

do inverso y encontró al llegar á su hospedaje la mesa puesta.

Fabregues obligó á su conductor á tomar asiento frente á él.

—Beberemos una botella de vino si os place —dijo al hostelero.

Cinco minutos después el doctor sostenía una conversación familiar con aquél.

—Tenéis un hermoso palacio en Breville—le dijo.—Gran parque, hermosas sombras, soberbia construcción.

—¿Verdad que sí?—dijo el buen hombre envejecido.—No hay quizás otro en el país.

—Parece estar habitado.

—¿Habéis entrado en el parque?

—He estado á dos pasos de él.

—Está habitado y no lo está.

—Explicaos.

—Sé que viven en él criados dichosos como reyes, y unos dueños desgraciados.

—¿Y cómo es eso?

—Cuando digo dueños, quiero decir dueñas, porque son dos mujeres, pero ausentes la mayor parte del tiempo.

—¿Adónde van?

—A París, al diablo, detrás de los médicos que las explotan. La señora de Breville...

—¡Ah! ¿se llama?...

—La baronesa de Breville... Es la mujer mejor del mundo; hace todo el bien que puede en el país, pero no sabe á qué santo encomendarse. Es viuda y no tiene hijos, ni más herederos

que una sobrina, hija de su hermana la señorita Matilde; pero no la salvará el dinero.

—¿Qué tiene?

—Un mal que no la perdonará. Está tísica.

—Pueden engañarse.

—¿Cuando yo os digo! Es hereditaria en la familia. Hubiera sido mejor que heredase menos rentas y más salud.

—¿Es rica?

—Yo al menos me contentaría con lo que tiene—dijo el hostelero vaciando su vaso.—Más de cien mil libras de renta, querido amigo; todo para ella, que no lo gozará, porque la enterrarán antes que á su tía.

—Debía casarse.

—¿Para qué? ¿Para tener hijos como ella? No vale la pena. Sé de alguien —prosiguió con aire malicioso—que no desea otra cosa. Hace dos años estaba hermosa: pero él no ha querido. Alguna vez me ha dicho: «Benoit—porque me llamo Benoit,— me sería muy penoso verla sufrir. No quiero presenciarse su muerte».

El doctor Fabregues, que tuvo buen cuidado de no decir su nombre y circunstancias á su conductor, aparentaba escuchar distraidamente la relación de Benoit, pero no perdía una palabra. A las últimas frases del hostelero, contestó con negligencia:

—¡Ah!... ¿había quien amaba á esa pobre joven?

—Sí, y persona de calidad; pero estoy seguro de que ella no lo sabe. El no quiere decla-

rarse por no perjudicarla; porque los médicos dicen que las emociones la matarían y que necesita tranquilidad. El pobre mozo está locamente enamorado, pero no se casará. Así me lo ha dicho veinte veces.

—Y ¿qué es?

—¿El vizconde de Bures?—dijo el conductor, que devoraba con ese apetito que solo produce el trabajo.

—Sí, Mr. de Bures, Pedro de Bures—repitió el hostelero. Es oficial de artillería.

—¿Rico también?

—No es pobre. Su palacio está á cinco leguas de aquí, al otro lado del bosque de Evreux; pero casi nunca está en el país. Sufre mucho.

—Un guapo mozo—añadió el conductor.

—¿Qué edad tiene?

—Unos treinta años. No posee menos de cincuenta mil libras de renta. Es primo de las señoras.

—El gascón iba archivando en su memoria estas explicaciones, pero con cierto temor. Aquel artillero que surgía de improviso le aterraba, porque podía ser un obstáculo para sus planes.

Pero se tranquilizó pensando que no hay empresa sin obstáculo y que el talento de un hombre de recursos consiste precisamente en vencerlos ó en sacar partido de ellos.

Cambiando la conversación, la hizo recaer sobre el objeto de su visita.

Habló como un capitalista que toma antecedentes de las tierras en venta.

Estos antecedentes fueron más malos que buenos. Los precios eran elevados, las granjas mal situadas, las tierras medianas, y á poca distancia de Breville.

Después de pagar espléndidamente la cuenta, volvió á subir en su coche, se hizo conducir á las cercanías de las propiedades en venta, y al primer golpe de vista dijo que había visto bastante, y volvió por la parte de Evreux.

A las cinco y media entraba en París, más resuelto que nunca á acometer su empresa.

Las tierras de cultivo del valle de Auge y las rentas de la desgraciada joven le atraían irresistiblemente.

Estaba resuelto á adquirirlas por todos los medios.

A las siete llegó al Grand Hotel, y sin duda debía haber desaparecido de su rostro toda señal de preocupación, porque su amigo Bordat, sentado en la terraza, quedó sorprendido de su radiante alegría.

—¡Diablo!—dijo—¿qué cambio tan visible! Estás metamorfoseado.

—¿Sí?

—Palabra de honor. ¿Qué vienes á hacer aquí?

—A buscarte.

—¿Para qué?

—Para devolvarte la comida que me prestastes ayer, y tu dinero...—dijo bajando la voz.

Bordart le examinó con curiosidad y á la vez con desconfianza.

Pero siempre agrada encontrar quinientos francos prestados á un amigo y que se creen perdidos.

—Vamos—dijo levantándose.

IX

Han pasado quince dias.

El doctor Fabregues los había aprovechado bien.

La casa de las señoras de Breville le había abierto sus puertas y él abusaba de esta conquista.

Casi todos los dias volvía con uno ó con otro pretexto al Grand Hotel, á la hora en que Bordart y el barón D'Aubagny no habían salido de casa.

Pablo D'Aubagny veía fracasar definitivamente sus proyectos sobre la hermosa empleada de la casa Delivet.

Elena Brunoy, la bella Elena, como la llamaban amistosamente sus compañeras, había dado su palabra al doctor, y aunque á disgusto, estaba decidida á cumplirla. Después de todo, seis meses transcurrirían pronto. Suponían el sacrificio del estío, y los meses de estío para esta legión de obreras tan elegantes, tan ligeras, tan coquetas y tan sonrientes, á pesar de tantas privaciones, son más cortos que los del invierno, porque la primavera, el estío y el oto-

ño, componen en nuestro clima la época alegre, resplandeciente y florida del año.

La hermosa joven había tomado valerosamente su partido sin gran esfuerzo, á despecho de los horizontes dorados, tranquilos y rientes que el barón presentaba á sus ojos.

Cuando él se presentó en el almacén, la joven aplazó indefinidamente su resolución, indicándolo así con un signo.

Y como él insistiese para conocer la causa de su resistencia en el instante en que él creía asegurado el éxito, ella le respondió con esa malicia propia de las muchachas de su clase:

—Os lo diré dentro de seis meses.

—¿Por qué ese aplazamiento?

—En seis meses menos un dia, el veinte de octubre próximo.

—¡Vaya un capricho!

—Lo he prometido. Tened paciencia.

—Sea—dijo el barón.—Nos veremos dentro de seis meses.

Y sacando su elegante cartera, anotó esta fecha fatídica:

«Veinte de octubre próximo.»

—¡Ah! Si bubiera sabido que el obstáculo que se interponía á su paso era aquel doctor gascón, intrigante, que tan antipático le era, con qué ardor hubiera trabajado para destruirlo.

Pero estaba lejos de sospecharlo.

El doctor Fabregues proseguía entre tanto su obra pacientemente, ingeniándose para apo-

derarse cada día más de la confianza de las dos mujeres que nada sospechaban de él.

Todo le servía en esta campaña, hasta el sobrenombre de Mont Dore que sus amigos y camaradas le habían puesto, más por mofa que por honor.

A los ojos de la señora de Breville parecía personificar aquellas célebres aguas de las cuales esperaba la curación de su sobrina.

La habitación de las dos damas en el Grand Hotel daba á la calle Scribe.

El cinco de mayo, á las once, el doctor Fabregues subía la escalera deprisa; en el primer piso siguió por largos corredores y llegado á la puerta de la habitación llamó discretamente.

La respuesta no se hizo esperar.

Se abrió la puerta de un vestíbulo y una voz dulce, de timbre débil como esas disonancias musicales que expresan el dolor, le dijo:

—¿Sois vos, doctor? Pasad.

Matilde Morel estaba sola.

—Mi tía ha salido hace un instante con la camarera y no tardará en volver.

Y añadió suspirando:

—Además, nadie puede murmurar de una enferma que recibe á su médico.

El gascón no ignoraba la ausencia de la tía. La había visto desde el café de la Paz, donde estaba sentado hacia una hora, montar en un coche y alejarse hacia la avenida de la Opera.

—¿Cómo os encontráis esta mañana?—preguntó con interés.—Mejor. ¿Es verdad?

—Sí, doctor; me encuentro más fuerte, con menos opresión, gracias á vos.

El movió la cabeza con modestia.

—No, gracias á Dios—dijo.

—Lo que recetáis me alivia mucho.

—¡Si supierais—continuó diciendo la joven, obligándole á sentarse en un sillón, mientras ella permanecía en pie ante él,—cómo os agradezco el interés que tomáis por mí!

El guardó silencio por el pronto.

La miró fijamente durante medio minuto con aquellos ojos, negros como carbones, en los que brillaba una llama tan viva, y la joven bajó la cabeza.

Los médicos tienen estos privilegios. Se puede creer que con auxilio de esas atrevidas miradas quieren buscar la enfermedad para extirparla en su raíz.

—¡Oh!—dijo al cabo de un instante.—¿Quién no se interesaría por vos, tan joven, tan encantadora, tan digna de solicitud? Daría diez años de mi vida, mi vida entera, por evitaros un sufrimiento.

La joven se puso más pálida de lo que estaba de ordinario, pero no dijo nada.

Fabregues acababa de quemar sus bajeles.

Luego prosiguió con calor:

—Es necesario perdonarme mi atrevimiento. Desde que os vi, juré salvaros, devolveros la salud, emplear todos los medios para conservar ese tesoro de gracia y bondad que en vos existe. Sería preciso ser un salvaje para no admi-

rarlo, y perdonadme esta confesión, carecer de corazón para no amarlo.

Había pronunciado con voz alterada por la emoción esta frase, en la que jugaba su porvenir.

La joven podía con una sola palabra destruir todas sus esperanzas.

No la pronunció.

Se había dejado caer sobre una silla, y con la frente sostenida por su mano derecha, los ojos medio cerrados, parecía meditar.

Fabregues hizo un gesto enérgico.

Perdón—prosiguió.—Estoy irritado contra mí mismo y conozco que debe indignaros mi audacia. Es involuntaria. Llega un momento en que el vapor hirviente hace estallar las calderas más fuertes. Después de todo, nada tengo que temer; mi secreto se me escapa. Pero ¿no sois libre para hacer lo que os parezca bien, y arrojarme de vuestro lado si tengo la desgracia de desagradaros?... ¿Es, acaso, faltar á una joven decirle que se la ama? No temo más que una cosa. Sois rica y podríais pensar que solo una odiosa avaricia me ha impulsado á esta confesión; que no sois vos, sino vuestra fortuna quien me atrae. ¡Qué error!... Yo no desprecio la fortuna... quien diga eso miente. Es buena, aunque solo fuese para rodear de bienestar á los seres queridos, para hacer bien á los que sufren; pero tengo el orgullo de decir que me siento muy por cima de tales acusaciones. La ciencia me proporciona una posición que me

basta, y la bendigo doblemente por esto, y sobre todo porque á ella debo el haberos encontrado; porque ella me permite conocer el mal y poner el remedio. Desde el día en que os ví y la casualidad os puso en mis manos, he perdido una tranquilidad antes no turbada por nada. He pensado que sois la mujer soñada por mí y que no puedo probaros mejor mi amor que devolviéndoos la salud y consagrándome por entero á esta obra de salvación. ¡Qué insensatos somos los hombres! Nos creemos fuertes, capaces de permanecer impasibles ante una mujer, de no dejar escapar las frases imprudentes que pugnan por salir, y desde el primer instante se revela nuestra debilidad, la confesión se escapa de los labios y nos vemos obligados á reconocer la vanidad de nuestros juramentos. Señorita, tenéis el derecho de disponer de mí. Os amo, soy libre y no tengo más que un deseo: consagraros mi vida. Destruid mis esperanzas, si queréis. Por eso no dejaré de ser vuestro servidor, vuestro amigo fiel, dispuesto á todo por complaceros y del cual podéis exigir todos los sacrificios, segura de que no os faltaré jamás al respeto y que solo perseguiré un fin: vuestra salud, y no tendré más que un deseo: vuestra felicidad. Se expresaba con ardor contenido, con calor comunicativo, que poco á poco ganaba para su causa á aquella desheredada del amor, á la que sus amigos de la infancia solo habían manifestado compasión, viéndola condenada sin esperanza de salvarse.

Por la primera vez oía vibrar en sus oídos estas palabras tanto tiempo deseadas: « Os amo. »

Y al encanto que esta frase tiene para todas las jóvenes, se unía para ella otra dulzura que le acariciaba el corazón: la esperanza.

Demasiado discreta, conocía su estado y los temores que inspiraba á los que la amaban, á pesar de las precauciones que adoptaban.

Sin vacilar, el doctor Fabregues había expresado su confianza en la curación, y desde aquel instante, la enferma se adhirió á él con la energía de la desesperación.

Había encontrado fuerzas en su profunda mirada, sintiéndose fascinada y arrastrada hacia él por irresistible fuerza.

Hubo unos instantes de silencio.

Por fin ella se levantó lentamente, y mirando al doctor, le dijo:

—¿Así me amáis?

—¿Me lo preguntáis?

—¿Me amáis?—repitió ella.—¿Y consentiréis en casaros conmigo, enferma como estoy?

Entonces él sacó del bolsillo una carta, dirigida á la señorita Matilde Morel, y se la entregó.

—Tomad; hace ocho días que está escrita y no me atrevía á enviárosla.

—¿Por qué?

—Por miedo de turbar vuestro reposo.

—¿Pero hoy?...—insinuó ella.

—¿Queréis que sea franco y me ofrecéis tener valor para escucharme?

—Hablad.

—Hace ocho días no esperaba nada en esa salud por la que lo sacrificaría todo en el mundo... Había varios síntomas que me inquietaban... No eran más que síntomas—añadió sonriendo.

—¿Y hoy?

—Hoy respondo del porvenir.

En el rostro de la joven se pintó la alegría más intensa.

—Leeréis esta carta—continuó él,—y por ella conoceréis mis sentimientos; después decidiréis de mi suerte. Por la vuestra, señorita, si seguís mis consejos, nada tenéis que temer. Cualquiera que sea vuestra decisión, me perdonaréis. ¿Es culpa mía que seáis hermosa y que la casualidad ó Dios os haya puesto en mi camino? Os dejo: mi carta hablará por mí. Si queréis verme, me llamaréis.

Había cogido una mano de la enferma, que ésta le abandonó amistosamente.

Estaba impresionada por la hermosura que se revelaba en las frases y en el acento del doctor.

—Tenéis un poco de fiebre—dijo éste.—Es efecto de la emoción. Si por mi causa sufriésteis un solo minuto, no me lo perdonaría jamás.

Ella le miró sonriendo.

—No temáis—dijo;—esto ha pasado. Separémonos, porque mi tía volverá de un momento á otro. Dejadme cobrar alguna calma. Hasta la vista.

Se levantó al decir esto y acompañó al doctor hasta la puerta.

—Hasta la vista—le dijo de nuevo con acento lleno de dulzura.—Reflexionaré.

—¿Leeréis mi carta?

—Os lo prometo.

El se alejó suspirando. Ella cerró la puerta detrás de él y fué á sentarse cerca de la ventana, teniendo en la mano la carta.

Se sentía feliz en aquel momento.

Fabregues acababa de representar su escena de amor, preparada desde hacía días, como un gran cómico.

La joven permaneció unos instantes como extasiada, mirando hacia la calle, sin pensar más que en aquel hombre que había roto la monotonía de su existencia.

Iba á abrir la carta, cuando sonó de nuevo la campanilla del vestíbulo.

Se levantó trabajosamente, atravesó el salón y abrió la puerta por donde Fabregues había salido momentos antes.

De repente lanzó un grito de alegría.

—¡Tú!—dijo.

X

El recién llegado era un joven rubio, con el pelo cortado á lo militar, de ojos azules y franca mirada.

Todo indicaba en él al oficial de caballería,

ese tipo tan francés que es conocido al primer golpe de vista.

Se detuvo algunos segundos delante de Matilde; la examinó con una ternura que no podía ser simulada; sonrió, y cogiéndola por el talle, la levantó á la altura de sus labios como si fuera una paja y la besó ruidosamente en las mejillas; después la sentó en un diván, y él volvióse á cerrar la puerta.

—¿Estás sola?

—Mi tía ha salido á hacer algunos encargos.

—¿Y tu doncella?

—Se la ha llevado.

El militar se sentó frente á la joven.

Era el teniente de artillería Pedro de Bures.

Al oír la campanilla, Matilde había ocultado en su pecho la carta que se disponía á leer.

—¿Desde cuando estás en París?—preguntó la joven á su primo.

—Acabo de llegar. Mi primera visita es para vosotras.

Y añadió en voz baja y temblorosa:

—¡Para tí!

La joven experimentó un ligero estremecimiento, y fijó su mirada en el militar.

—¿Por qué vienes á París?—le preguntó como si tratase de escudriñar en lo íntimo de su pensamiento.

—¿Por qué?—replió él.—¡Vaya una pregunta! Por verte.

—¿Estás impaciente tal vez?

Yo... al contrario. ¿Por qué lo había de es-

tar?—dijo procurando dar á su voz un acento tranquilo.

—Por mi salud.

Las noticias que he recibido no son para eso. Tu tía, ó por mejor decir, tu madre, porque te quiere como á una hija, me las ha dado.

—¿Buenas?

—Excelentes.

—¿Y has venida enseguida?

—Ciertamente.

¿Tienes permiso?

—Muy corto.

—¿Cuánto tiempo?

—Veinticuatro horas.

La mirada de la enferma se oscureció.

—Muy corto es, en efecto. ¿No hubieras podido conseguirlo más largo?

—No. Se nos hace trabajar de firme.

—¿Cuándo serás capitán?

—Hablemos de tí —dijo él cogiéndole las manos.— Tienes buen aspecto, vas recobrando los colores.

—No mucho.

—Sí, sí... Cuando no se vé á las personas en algún tiempo, es cuando se advierten bien los cambios. Tú estás mejor, positivamente mucho mejor. ¿Y el apetito?

—Siempre poco.

—¿Y la calentura?

—Se presenta rara vez.

—Buena señal...

El procuraba animarla. Se notaba en sus

frases una gran ternura, un afecto profundo, uno de esos cariños sublimes y sencillos á la vez, que lo hacen sacrificar todo por el bien del objeto amado.

Sus ojos parecían acariciar á la pobre niña; sus manos robustas estrechaban las de ella con dulzura paternal, con cariño de hermano.

—¿Qué pensáis hacer este verano?—preguntó al cabo de un instante.

—No hemos decidido nada. Nos aconsejan ir á Mont-Dore...

—¡Calla! Buena idea. Seremos vecinos.

—¿Cómo?

—Se trata de enviar el regimiento de Auxerre á Clermont-Ferrand, que está muy cerca de Mont-Dore.

—Entonces te veremos, Pedro—dijo la joven.

—Sin duda, sin duda. ¿Te disgusta París?

—Como los demás sitios.

—Siempre estás melancólica.

—Siempre padeciendo, amigo mío.

—Exageras. Hay que desechar las ideas tristes, esas mariposas nocturnas que revolotean alrededor de esta hermosa cabeza.

—¡Oh! ¡Hermosa!

—Seductora... Te lo juro. ¿Y tu tía, cómo está?

—Siempre la misma... ¡Pobre mujer! Se desvive por distraerme... renuncia á sus costumbres, abandona su querido Breville para encerrarse en el cuarto de una fonda, porque el aire

de París es mejor para mí, y en realidad porque se tienen más á mano á los médicos que necesito... ¿Es que yo no adivino todo lo que se me procura ocultar con tanto cuidado?...

—¡Pobre niña!—exclamó el oficial—no sabes lo que daría por arrancarte esas preocupaciones. Tu tía ha tenido siempre afición á París. Te quiere como te queremos todos. A tu edad se necesita ver el mundo, distraerse de ciertas ideas propias de espíritus soñadores.

—¿Qué ideas?—preguntó ella, procurando sonreirse.

—Ideas muy naturales... La de casarse, por ejemplo.

—Eso será para tí... pronto cumplirás treinta años.

—¡Oh! veintiocho todo lo más.

—Te casarás algún día.

—¡Yo!—dijo él con asombro.—Te aseguro que no he pensado en ello... En la existencia militar no nos ocurren esas ideas. Hay bastante que hacer para ocuparse del matrimonio... Y después, llevar á una mujer de guarnición en guarnición, de Auxerre á Clermond, por ejemplo, no es un problema fácil. Y si por acaso estallase la guerra, como sucederá el día menos pensado, ¿crees que podría afrontar las balas de los enemigos, pensando que dejaba en un rincón una mujer amada que me lloraría y tal vez tiernas criaturas que llamarían en vano á su padre con plañidera voz? ¡Imposible! Soy de los que creen que el soldado debe tener el

espíritu libre para arriesgar el pellejo. Así es que yo, seguramente no me casaré nunca, ¿lo entiendes, Matilde? Nunca.

Dijo estas palabras sin poder dominar su emoción, á la vez que oprimía la mano de la joven, que aún conservaba entre las suyas.

—Pedro—dijo ella con voz alterada y mirándole fijamente,—¿dices la verdad? ¿No te casarás nunca?

—Es probable.

—¿Nunca?... ¿Y no tienes para ello otra razón que la que me has dicho?

—¿Cuál otra podía ser?

—¡Qué sé yo! Respondecme.

—Ninguna—dijo él, mordiéndose los labios.

—Para mí, los militares son como los artistas: no deben casarse, y entre los militares cuento á los marinos. ¿Comprendes tú un marino cuya mujer se quede en Cherbourg ó en Tolón, mientras que él está en Saigon ó en las Antillas?

—¿De modo que estás decidido?

—Completamente. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, por hablar.

De pronto la joven cambió de conversación.

—¿Pasarás con nosotras el día?

—Si tú no me despidas. No he venido á otra cosa.

—Mi tía se alegrará de veras. Siente por tí gran afecto, debilidad...

—No más del que yo le profesó á ella. Es tan buena...

—Es verdad: un corazón de oro. Entonces almorzaremos juntos. Voy á arreglarme un poco.

—Yo te hallo hermosa de todos modos. Quédate; aun tienes tiempo. Es tan agradable tu conversación, es tan bueno hablar ingenuamente...

La joven se encogió de hombros como diciendo: «¿Para qué, si no escucho las palabras que me harían feliz?»

Comprendía él el sentimiento que arrastraba á la joven á su lado.

Quizá, porque se llevó la mano á la frente y se irguió como quien adopta una resolución difícil.

Pero le detuvo un golpe de tos débil que llegó á sus oídos: entonces miró á Matilde, viéndola llevar á sus labios un pañuelo de batista, que retiró teñido con una mancha rosada.

—¡Ah!—pensó—todo ha acabado. La amo demasiado para verla sufrir.

Volvió la cabeza para enjugar dos lágrimas que resbalaron por sus mejillas.

En aquel instante se oyó el ruido de una llave en la puerta del vestíbulo y apareció la señora de Breuille.

El oficial corrió hacia ella y la abrazó cordialmente, mientras la joven decía:

—¿Sabes tía, que Pedro ha venido solamente por vernos? Almuerza y come con nosotras. Voy á vestirme para salir.

Y se dirigió á su tocador, situado á un lado de la sala, pensando:

—¡No me ama! ¡No me ha amado nunca! El oficial y la tía quedaron solos.

—¿Y bien?...—preguntó el joven.

—No hay esperanza. Los médicos nos engañan por compasión, pero tiene la enfermedad de su madre. ¡Ah, Pedro! ¡qué vida! ¡Emplear todos los recursos para engañarla sin conseguirlo; mentir á cada paso; inventar pretextos, representar una comedia con el corazón desgarrado! ¡Hago cuanto puedo por endulzar los últimos meses, quizás las últimas semanas de vida que le quedan!

El oficial estrechó la mano de la pobre mujer cuyo sincero y profundo dolor apenaba.

—¡Y pensar que es tan buena, tan dulce, tan angelical esta criatura. Valía más que no hubiese nacido.

—Es verdad.

—¿Has venido á verla?

—A ella y á vos. He pedido permiso á mi jefe y me lo ha concedido con mucha dificultad. Si no fuese tan severo, vendría más veces.

—Tu también, tu representas tu papel, Pedro—dijo la baronesa mirando frente á frente al oficial.

—¡Yo!

—Si no vienes más á menudo, no es porque tu jefe sea muy severo.

—¿Por qué es?

—Porque te es muy violento estar al lado de

ella y no decirle lo que siente tu corazón.

El oficial se puso encarnado.

—Tu la amas...

—¡Oh! no se os puede ocultar nada. Sí, la amo con toda mi alma. ¿Qué queréis? Esto será mi desgracia. Es la fatalidad. Mis camaradas conocen mi tristeza, y cuando me preguntan, les contestó que hay un dolor en mi existencia. Podría decir una desesperación... La de no poder salvar á esta criatura que nos va á ser arrebatada por una enfermedad terrible.

—¡Ah! — exclamó después. — Pensemos en otra cosa. He hecho mal en venir. Soy hombre y no puedo resistir esta pena,

En esto apareció Matilde.

Estaba soberbia con traje de primavera color de lila claro.

—¿No creéis—preguntó—que yo también produciría mi efecto?

Y se adelantó con continente regio, seguida de su doncella, que llevaba al brazo la pelliza y en la mano un sombrero apropiado al traje.

—Por vos—dijo ceremoniosamente á su primo—he hecho este exceso.—¿Cómo me encontráis?

—Encantadora.

—¿De modo que no os avergozaréis á mi lado?

—¡Loca!—murmuró el oficial.

—¡Hablemos formalmente! — dijo ella. — ¿Adónde vamos?... Yo soy la que os hace los honores. ¿Lo permitís, tía?

Pasaron revista á los restaurants de moda. Uno era muy triste y solitario; el otro demasiado concurrido.

Ella afectaba sonreirse, no encontrando nada apropiado para aquella pequeña fiesta, como si comprendiese que sería la última, ó conservase una ligera esperanza de arrancar á su primo la declaración que ella habría pagado con su vida.

Al fin se decidió por Durand.

—¡Durand!... Sea—dijo la tía.

El almuerzo fué casi alegre.

El oficial ocultaba sus inquietudes y sus tristezas. Habló de su regimiento, de las historias del gran mundo, de Breville y de Bures, su posesión, casi abandonada ahora, y de los buenos ratos pasados allí.

Procuró levantar el ánimo de su prima, abatido á pesar de los esfuerzos por reanimarla.

Debía tomar el tren de la noche.

Un paseo en coche al bosque, algunas visitas á las tiendas, abreviaron el tiempo.

Después de cenar en el Gran Hotel, la tía y la sobrina acompañaron al joven hasta la estación del ferrocarril.

La despedida fué silenciosa.

¿Qué les quedaba por decir á los dos jóvenes?

Pedro Bures se decía que el matrimonio estaba vedado á aquella joven rubia, próxima al sepulcro y sobre la cual extendía la muerte sus huesosos y descarnados dedos.

Pensaba además que sería un crimen hablarle de amor; que había que dejarla extinguirse una paz, rodeada de la maternal solicitud de su tía.

Llevaba en su corazón la imagen lastimosa que iba descendiendo por grados á ese abismo de la eternidad, que nadie ha sondeado todavía, jurándose á sí propio serle fiel, no tener nunca otro ídolo que ésta, á quien adoraba en secreto y el cual le prohibía el honor revelarla el culto de que era objeto.

Ella, al contrario, engañada por las apariencias, creía en la amistad sincera de aquel compañero de su juventud, en su cariño fraternal, exento de aquella llama que ella hubiera querido ver brillar en sus ojos.

Al abandonarle, resbaló por sus mejillas una lágrima de despecho. Si hubiese podido seguir al oficial cuando éste se encerró en su departamento, hubiera comprendido la causa de su reserva y apreciado por lo intenso de su dolor la inmensidad de su cariño.

Hay en la vida aberraciones así.

Esta debía decidir de la suerte de la pobre joven.

Al subir de nuevo al coche con su tía, cayó presa de verdadera consternación.

Aquel hombre que se alejaba, aquel amigo de sus juveniles años, era el objeto de sus esperanzas y de sus sueños de virgen.

Ausente él, no le quedaba nada.

Conocía sus propósitos. No quería casarse,

no se casaría nunca. Lo había dicho así, con toda crueldad, á ella misma.

¡Ay! Ella comprendía demasiado la causa. ¡Cómo iba él á unir su vigor, su salud, su fortaleza y su elegancia, á la que en la flor de su edad estaba convertida en una ruina?

Su tía notó su abatimiento.

Muchas veces en el trayecto de la estación de Lyon al boulevard de Capuchinos, consernada por las lágrimas que se deslizaban silenciosamente por el rostro de Matilde, le había preguntado con maternal solicitud:

—¿Qué tienes?

Sin obtener más que esta respuesta:

—Nada, tía mia, nada.

Pero tenía destrozado el corazón.

Al penetrar en su habitación, se arrojó al cuello de la excelente señora y la abrazó como una desesperada.

Necesitaba estar sola.

Se encerró en su gabinete, encendió el gas cerca de su lecho, tomó la carta del doctor Fabregues y se dispuso á leerla.

Pero su pensamiento estaba en otra parte, y viendo retratado en su imaginación el rostro de su primo, murmuró:

—¡Cuánto le habría amado, si él hubiera querido!

XI

Desde esta última entrevista de la enferma con su primo, el doctor Fabregues debía ganar terreno.

Su carta, la única que él escribió á la desventurada joven, estaba concebida en términos propios para engañarla.

Juramentos, protestas, ternura, piedad, amor puro, todo se encontraba allí habilmente mezclado, en dosis normales, como se dice en la moderna tecnología farmacéutica.

El gascón había enviado la carta á su cliente, desconfiando del éxito de su audaz maniobra.

Temía una explosión de cólera ó de desden. No hubo nada de esto.

Aterrada la joven por el silencio del oficial, postrada además por su enfermedad, sin valor y sin energía, dispuesta siempre á aceptar cuanto le parecía un medio de salvación, volvió de allí en adelante sus ojos al doctor Fabregues, como si todas sus esperanzas se concentrasen en aquel hombre, el primero que murmuró en sus oídos aquellas frases esperadas.

Poco á poco, la misma señora de Breville se acostumbró á la presencia de Fabregues, como se había acostumbrado á la del doctor Bordat, y reconocida por la mejoría de su sobrina, era

la primera á rogarle que hiciera con más frecuencia sus visitas.

Al comienzo de sus relaciones, el doctor iba al hotel tres ó cuatro veces por semana; pero pronto las visitó diariamente.

Supo hacerse el indispensable. Acompañaba á las dos á paseo y al teatro.

El doctor Bordat hubiera podido malograr sus maniobras, pero una de esas casualidades tan comunes en la vida, fué llamado cerca de la única pariente que le quedaba en Nievre, cuya vida amenazaba una enfermedad grave, á causa de su avanzada edad, mientras el barón d'Aubagny, despechado por las inexplicables resistencias de Elena Brunoy, sentía la necesidad de cambiar de aires y se fué á pasar algunos días en Normandía, con uno de sus amigos.

Matilde y su tía quedaron, por consiguiente, entregadas sin defensa á las intrigas de aquel aventurero, y forzoso es decir que no hubo jamás diplomático que procediese con mayor discreción y tacto para llegar á su objeto que el doctor Fabregues.

El tiempo huye con rapidez increíble en la vida febril, ruidosa y vertiginosa de París.

Había pasado un mes desde el encuentro del doctor Fabregues con las señoras de Breville, en el Grand-Hotel.

Era el 20 de mayo.

Los bañistas preparaban ya sus equipajes.

En todas partes se observaba el movimiento

propio de la estación, en que tanta gente se dispone á emigrar en busca de distracciones, de comodidad ó de alivio á sus dolencias.

Llegó el momento en que el mismo doctor Fabregues tenía que abandonar á París para instalarse en su pequeña quinta, en medio de los montes de Auvernia, á la que había puesto el nombre de su ídolo: Elena.

Ya había indicado esta necesidad á su enferma, y no dejó de experimentar gran júbilo, cuando la vió temblar al abordar delicadamente este asunto.

Pero todavía no había dado el golpe definitivo.

Lo preparaba.

Generalmente no se marchaba á Mont-Dore hasta el 10 de de junio.

No tenía, por tanto, prisa.

Entretanto, le iba bien con aquella existencia por partida doble, á que le condenaba su situación.

Sus amistosas relaciones con Elena Brunoy proseguían sin incidentes notables.

La empleada de la señora Delivet le acogía con su tranquilidad habitual y con esa fría calma común á la mayor parte de las mujeres obligadas á vivir de su trabajo, y cuyo espíritu está lleno con los cuidados del porvenir y á veces del presente.

Mantenia lealmente su palabra, pero sin entusiasmo.

Picada su curiosidad al principio por las

proposiciones de su vecino, acabó por no pensar en ellas, considerándolas como una excentricidad más del activo gascón.

Los medios que el doctor se proponía emplear para hacer rápidamente una fortuna en la que la joven no creía, le preocupaban poco.

Esperaba tranquilamente el suceso, como se espera el fin de una carrera en la cual no se ha aventurado más que una pequeña suma.

Lo que su amante exigía de ella, en suma, no era más que seis meses de su vida, y á los veintitres años una joven que tiene ante sí la perspectiva de un largo porvenir, no cree hacer un gran sacrificio con un aplazamiento así.

Apenas si le preguntó dos ó tres veces con indiferencia.

—Y esa fortuna ¿la tenéis?

El respondía siempre con una sonrisa enigmática:

—Paciencia... Espera... Ya verás.

Por lo demás, todas las probabilidades estaban de su parte.

Todo le salía á pedir de boca.

El, que jamás había conocido lo que los jugadores llaman «estar de vena», ganaba de una manera escandalosa cada vez que probaba fortuna en el Círculo.

Vivía con relativo desahogo, lo cual no dejaba de constituir una novedad en su existencia.

Pero se acercaba el instante en que debía tomar una decisión.

Una noche, después de comer en el café de la Paz, donde la señora de Breville le había detenido, se encontró á solas con Matilde, y le dijo con voz emocionada:

—Quisiera hablaros.

—¿A mí?

—A vos sola.

—¿Para qué?

—Para deciros adiós.

—¿Nos abandonaréis?

—Es preciso. Tengo que haceros algunas recomendaciones... antes de mi partida.

—¿De modo que os vais?

—Dentro de unos días. Mi deber me reclama, ó mejor la necesidad... mi profesión... Mont-Dore...

Ella reflexionó un instante.

—Pues bien—dijo,—id mañana á las once al hotel.

La joven pasó una noche horrible.

Se había habituado á ver en Fabregues su salvador.

Le parecía que no tenía nada que temer mientras estaba á su lado. Cuanto él más redoblaba sus cuidados y sus precauciones, más se daba ella exacta cuenta de su estado.

Sin duda antes de conocerle guardaba en el fondo del corazón esa secreta esperanza que no nos abandona nunca, mientras queda un resto de vida; pero no por eso se hacía ilusiones acerca de la funesta enfermedad heredada de su madre.

Fabregues supo levantar el ánimo decaído de la joven, dar cuerpo á esa esperanza quimérica é inspirarla una confianza ilimitada, al mismo tiempo que una apasionada simpatía.

La idea de la separación evocaba en ella fantasmas aterradoros.

Sin Fabregues se sentía perdida, como el viajero que ve eclipsarse la estrella que le guía en medio de un bosque inmenso poblado de peligros.

Esperó el día con impaciencia.

Preciso es decir que el doctor Fabregues no estaba más tranquilo que ella.

La joven buscaba un pretexto para quedarse sola en el hotel ó alejar á su tía; pero no tuvo necesidad de él.

La señora de Breville dijo á su sobrina que á las diez necesitaba salir á compras, por estar tan próximo su regreso, pues se proponía hacer una excursión al campo para ver su parque y sus jardines.

La excelente mujer adoraba sus flores, sus perros y todos los animales que poblaban sus establos.

Dió cuenta de sus proyectos á la joven y Matilde quedó encantada.

—Sí, tía mía—dijo,—iremos cuando quieras y te acompañaré gustosa.

La tía se marchó.

Desde la ventana la vió Matilde alejarse en su coche por el boulevard.

Quedaba su ayuda de cámara; pero Juliana,

antigua criada, que había visto nacer á Matilde, le era completamente fiel.

El gascón fué exacto.

A las once era recibido por Juliana.

—Déjanos—le dijo la joven.

La criada se apresuró á obedecer.

—¿Ha salido vuestra tía? —preguntó el doctor.

—Sí, por un instante.

—¡Qué pálida estáis esta mañana!

—He dormido mal. He tenido ideas sombrías, presentimientos...

—¿Qué tenéis que temer?

—Vuestra partida.

—Es indispensable; ¿pero en qué puedo perjudicaros? Sabéis lo que habéis de hacer: vuestra salud está restablecida; váis de mejor en mejor.

—¿Por qué engañarme? La prueba de que la mejoría no es tan sensible, es el estado en que estoy desde ayer.

El se sentó á su lado, la magnetizó con sus apasionadas miradas y empleó todo su arte para tranquilizarla, demostrándole que necesitaba una calma absoluta y que era preciso evitar emociones inútiles.

Y terminó con esta vaciedad, sonriendo con la conmiseración que se concede á los niños caprichosos:

—No sois razonable.

Y con inflexión de voz muy persuasiva y tierna, añadió:

—¿Consentiría en alejarme de vos si hubiese que temer el menor peligro?

Por un momento recobró la joven su valor.

Comprendió que á ella le correspondía hablar. ¿No era la más rica? ¿No debía el honor y el decoro cerrar los labios del doctor, después de las primeras declaraciones? ¿No era ella quien debía aceptarlas ó rechazarlas?

—Doctor—dijo,—me habéis repetido varias veces que sois mi amigo...

—Con amistad profunda y respetuosa, es verdad.

—Podéis probarlo.

—¿De qué modo?

—Permaneciendo á mi lado. Sin vos creo que no tendré fuerzas ni valor.

—Pero el mundo...

—¿No tenemos un medio de armonizar sus exigencias con nuestros deseos?

—¿Cuál?

—¿Será necesario decíroslo?

—No—dijo él levantándose con alegría y emoción, que no eran simuladas;—pero tengo miedo de engañarme. La decepción sería cruel.

—¿La aceptais—dijo tendiéndole la mano, mientras se humedecían sus ojos.

El pareció dudar un instante. Después, apretando aquella mano entre las suyas, la llevó á sus labios.

—Y ¿qué dirá la señora de Breuille?—preguntó sonriendo.

—Mi tía es buena y me quiere. Jamás se ha

opuesto á mis deseos. Ahora sucederá como siempre.

Y añadió con voz suplicante:

¿Pero no me abandonaréis más?

Por toda respuesta, él cubrió de besos la mano que aún estrechaba entre las suyas.

La señora de Breville no tuvo, en efecto, suficiente carácter para oponerse á tan funesto matrimonio.

Los preparativos fueron breves.

Pasado el término de las publicaciones legales, se celebró en la Magdalena, la parroquia del novio, según el deseo de los esposos.

Fabregues adoptó todas las precauciones necesarias para que nadie oyese hablar en su casa de esto y para impedir que llegase ninguna noticia á oídos de Elena.

Aquello fué casi una unión secreta.

Pedro de Bures no pareció.

La noticia que le comunicó la señora de Breville, le consternó y le indignó.

La recibió en Clermont, adonde su regimiento acababa de llegar.

Puede decirse, sin hipérbole, que un rayo no le hubiera herido más cruelmente.

La ceremonia se realizó el 23 de junio. Paul d'Aubagny no había regresado á París, pues desde Normandía se marchó directamente á Bruselas, donde pensaba permanecer un mes.

El doctor Bordat se encontraba en Nievre, donde su tía acababa de morir.

Inmediatamente después de celebrado el ma-

trimonio, el doctor Fabregues y su mujer tomaron el camino de hierro de Burdeos, por donde debían ir á Mont-Dore.

La señora de Breville, triste y perseguida por sombríos presentimientos, regresó sola á su palacio del Eure.

El mismo día del casamiento del doctor Fabregues con Matilde, Elena Brunoy encontró en su casa un billete concebido así:

«Adorada mía:

»Me veo obligado á salir apresuradamente para Burdeos y Mont-Dore, con el disgusto de no poder decirte «adiós» y la desesperación de dejarte. Estoy en camino de la fortuna. Estoy seguro de conseguir mi objeto.

»Manten tu palabra y digan lo que quieran, cree que yo no tengo más que un deseo, un amor y una pasión: tú, solo tú y siempre tú.

»Hasta muy pronto: os quiero libre, dichosa y rica.

»Lo serás.

»Te ama, y no ama á nadie más que á tí,

»CLAUDIO F.»

XII

Quien ha visto los montes de Auvernia en los rudos meses de invierno, no los reconocería bajo el monto de verdura y de flores que les cubre en la primavera.

Quien viese el Mont-Dore en diciembre, lo tomaría por un pueblo desierto, si no fuese por las columnas de humo que se escapan de las chimeneas, á cuyo alrededor se reúnen los moradores.

Quien le volviese á ver en junio, y sobre todo en julio, se asombraría de la metamorfosis.

Es una población animada, ruidosa. Una colonia nueva va en este tiempo á establecerse al lado de la colonia de invierno, que arrastra consigo todos los parásitos comunes en las reuniones elegantes.

El 5 de julio, diez días después del matrimonio de Matilde, acababan de reunirse en una pequeña sala del hotel Pavillón tres jóvenes doctores, cuyo almuerzo se estaba preparando.

Muchos médicos de baños, bohemios por naturaleza, son partidarios entusiastas del celibato hasta el día que encuentran entre sus clientes una ocasión afortunada que se apresuran á aprovechar.

Ya que no pueden alcanzar la riqueza, se contentan con la medianía.

A esta clase pertenecían los tres discípulos de Hipócrates reunidos en el comedor pequeño del hotel Pavillón.

Eran jóvenes.

Una buena moza, vestida con coquetería, entró llevando un plato con media docena de truchas.

Al verla se animaron los semblantes de los huéspedes.

—Esta mañana nos sirven las Gracias—dijo el más joven, un rubio que tendría treinta años de edad.

—Cuando hay mucha gente como hoy, ayudo.

—Con ventaja, hermosa Miette. ¿Qué hay de almorzar?

—Lo que veis, señor Bandruc.

—¿Y después?...

—Voy á preguntarlo... Creo que chuletas.

—Vamos; el hambre no reinará hoy en estos lugares.

—Ni mañana, ni luego, señor Bandruc.

—Viene mucha gente?—preguntó uno de los tres compañeros;—que á primera vista se conocía ser hijo del Mediodía.

—Mucha, señor Sabat—dijo Miette.—La temporada empieza bien.

El que había preguntado se acarició la barba con muestras de satisfacción.

Era un hombre que conocía á maravilla el arte del reclamo. Sabía que lo importante es hacer sonar la trompeta de la fama cuando se quiere llegar al fin.

Con este objeto había inventado un singular instrumento para inspeccionar el pecho de sus víctimas hasta las más escondidas fibras.

La luz eléctrica, hacía su papel en aquel invento, llamado «pneumoscopio Sabat.»

Con ayuda de él Sabat, se gloriaba de describir el interior del pecho humano, con la exactitud que un geógrafo traza el mapa de un departamento.

El aparato en realidad no había servido hasta allí más que para torturar á los enfermos; pero se hablaba de él como de una invención de gran porvenir.

Sabat estaba contento.

El tercer convidado un auvernes muy rubio, seco como un arenque, detuvo á la criada al pasar por su lado.

—Una palabra, Miette.

—¿Qué queréis? señor Chocagne.

—¿Es que la casa de Fabregues está siempre cerrada?

Al oír aquel nombre brilló en los ojos de la joven un relámpago, y contestó:

—Hace dos días estaba cerrada, pero ahora no puedo deciros.

Y salió.

Los tres doctores habrían administrado de buena gana la estricnina al doctor Fabregues, un competidor para ellos; pero desde que se eclipsaba voluntariamente y les desembarazaba de su persona, todo se volvieron elogios, semejantes á las flores que la moda obliga á llevar á la tumba del pariente á quien se hereda.

Es un guapo chico, á pesar de sus rarezas, exclamó el doctor Chocagne que no vacilaba en presentarse como amigo del ausente y aun como su sucesor cerca de los clientes del gascón, admirados por su ausencia al principiar la temporada.

—No decías lo mismo el año pasado—le contestó Bandruc;—que no podía soportar á su

compañero. Entonces le tenías por el peor de los intrigantes.

—Hay momentos de mal humor. Y además, era un intruso, que venía á movernos guerra en nuestra propia casa. Auvernia es de nosotros,

—Dí, pues, Chocagne-- dijo Bandruc, después de una exclamación en lemosin que era su idioma natal,--¿es que solo los auverneses se bañan, beben y toman inhalaciones en este Mont-Dore que quieres monopolizar?

—Te digo que las aguas son nuestras--repitió el otro riéndose de su propia afirmación.

Y volviendo á su tema, continuó:

—Es extraña la ausencia de Fabregues... Yo no la encuentro natural. Otros años era siempre el primero en llegar.

—Quizá haya muerto...--objetó Bandruc.

—¡Ah! ¡Muerto!—dijo Sabat.-- El doctor Bousse lo ha visto en París no hace aun tres semanas, al pasar por el Grand Hotel.

—Entonces ha hecho fortuna.

—El, que es un cesto agujereado--dijo Chocagne.

—Ha podido hacer un buen casamiento.

—Nos lo hubiera dicho.

—¡Bah! No se acordará ya de nosotros. Esos parisienses...

Cada vez que lostres amigos pronunciaban el nombre de Fabregues, se podía observar el temblor que se apoderaba de la criada.

—Están tan contentos--pensaba--por ha-

berse desembarazado de él, que hasta le encuentran encantador.

Al marcharse preguntó Bandruc á sus compañeros:

—¿Habéis observado los ojos de Miette?

—¿Cuándo se habla de Fabregues?

—Sí.

—Algo ha debido ocurrir entre ellos.

—¿Qué puede haber sido?

—¿Quién sabe! Lo único cierto es que ella no le ama.

—O tal vez que le ame demasiado.

—¿Y él?

—Se burla de ella: él tenía una pasión en París.

Bandruc vació un vaso de vino de Auvernia y dijo:

—Esos son asuntos suyos. Bebamos á su salud. Puesto que nos cede el terreno, es una gran persona.

—Yo no sé dónde encontraba su clientela--murmuró Sabat--pero lo cierto es que la tenía.

—Ya la encontrarás--dijo Baudruc con su excelente humor.

—Preferiría la del viejo Rouvenat--insinuó Chocagne--Hé aquí uno que debería jubilarse porque nos pone en ridículo.

—¡Bah!--dijo el limosin siempre indulgente--Rouvenat es sordo como una tapia.

—Más vale eso que ser ignorante como un carpo.

Chocagne y Sabat miraron al lemosin con

aire provocativo; pero éste reía tan de buena gana que no había medio de incomodarse.

Miette llegó con otro plato.

—Una noticia, señores---dijo maliciosamente, y segura del efecto que iba á producir,

—¿Cual?

—Minard ha visto abierta la casa del doctor Fabregues la villa Elena.

Miette pronunció este nombre con cierta ironía.

Evidentemente abrigaba un gran odio en su corazón, odio de amante desdénada, que es el peor de todos los odios.

Chocagne, dijo incorporándose en su asiento:

—¡Bah! ¿Habrá vuelto?

—No lo sé, pero hay gente en la casa hace dos días.

—¡Y yo,--pensaba Sabat--que me consideraba como su sucesor!

—Yo--se decía Chocagne,--que contaba heredarle.

—El intrigante siempre ha hecho lo mismo.

—No podía advertirnos.

—¿Qué idea, volver á las tres semanas de la apertura!

Aquello fué ya un concierto de maldiciones.

—Después de todo,--dijo el lemosín--esto puede no ser más que una falsa alarma.

Chocagne no era de la misma opinión.

Por cada vez que se cree lo que se desea, se cree cien veces lo que se teme.

El auvernés trabajaba hacía días astutamente

te por conquistar la clientela del ausente, que era bastante numerosa.

La noticia, dada intencionalmente por la criada, venía á destruir todos sus proyectos.

Chocagne y Sabat estaban muy contrariados.

En el instante mismo en que se entregaban á estos pensamientos, entró una pareja en el hotel.

El hombre llevaba del brazo á una joven de unos veinticinco años, de mirada radiante y hermosos cabellos.

—¡El!— exclamó Chocagne aterrado.

—A fé mía, es verdad,—dijo Bandruc.

Los tres compañeros examinaron atentamente á la compañera del doctor, y los tres se hicieron á la vez esta pregunta:

—¿Será su mujer, su querida, ó una de sus clientes?

Las tres hipótesis eran lógicas.

Lo que no admitía duda, era que la compañera del doctor Fabregues necesitaba de sus servicios.

Todo atestiguaba en ella la gravedad de su estado; el subido color de sus mejillas, su palidez casi lívida, su talle encorvado como el tallo de una flor de mucho peso.

—Señores,—dijo Fabregues — permitidme presentaros á mi esposa.

Y dirigiéndose á esta:

—Mis buenos amigos y compañeros los señores Chocagne, Sabat y Bandruc.

Estos saludaron inclinándose, y Bandruc dijo en voz baja á Fabregues:

—Mi enhorabuena, querido.

—Gracias.

—Es una mujer encantadora.

—Ciertamente.

—¿Has hecho un brillante matrimonio si no me engaño?

El primer cuidado de un médico que se casa con una cliente rica es disimular su fortuna.

—¡Oh!—contestó Fabregues, que tenía sus proyectos—mediano nada más.

Y señalando á Matilde, que observaba atentamente los edificios vecinos, añadió:

—Pero la adoro... Es un matrimonio de amor.

La pareja se dirigió al gabinete, en donde se les había servido el almuerzo.

Cuando se quedaron solos, los tres médicos se miraron unos á otros.

—¡Fabregues casado!—dijo Bandruc.—¿Qué os parece?

—Para poco tiempo—dijo Chocagne, moviendo la cabeza.

—A fé mía es una cosa deplorable, porque la mujer es verdaderamente encantadora—dijo Bandruc, más compasivo que sus compañeros.

—Y que debe ser rica—insinuó Chocagne.

—Fabregues dice que no.

Chocagne se echó á reír.

—¡Vaya!—dijo.—No hay más que verla.

—¡Pobre mujer! No verá la caída de la hoja.

—¡Bah! ¡Quién sabe!—dijo Sabat.—Nuestras aguas son maravillosas en algunos casos.

Bandruc movió la cabeza y dijo:

—Pero nunca para casos como el de que se trata.

XIII

En el gabinete donde Matilde Borel estaba con su esposo, porque Claudio Fabregues lo era realmente, la pobre mujer temblaba, no por la temperatura.

La estación se había anticipado y hacían días de verdadero estío. Además, por exceso de precaución, Fabregues había hecho encender la chimenea, á pesar de que la joven llevaba el cuello y el pecho abrigados con un largo boa.

Sin embargo de todas estas precauciones, se sentía mal y como si estuviese rodeada de nieve.

Pero el sufrimiento era más moral que físico.

No llevaba más que unos días de casada y ya deploraba su error.

En un momento de exaltación, de despecho, en una de esas crisis nerviosas de enferma, había aceptado el matrimonio como un refugio, esperando conciliar el cariño á los suyos con el amor hacia aquel hombre, al que miraba como un apoyo, como un socorro siempre presente; pero aquellos lazos se convirtieron en

pesada cadena apenas contraídos, sintiendo hacerse el vacío á su alrededor, semejante á un pájaro arrebatado del nido, que sólo tiene, á cambio de la familia que le adoraba, un compañero desconocido aun el día antes.

Su tía se había limitado á hacerla algunas reflexiones sobre su proyecto, temerosa de disgustarla; pero desapareció apenas celebrado el matrimonio, desvaneciéndose, por decirlo así, ante el hombre que le arrebataba aquella niña, á quien había criado y consideraba como hija.

Su primo Pedro de Bures, consternado por la imprevista noticia, no asistió siquiera á la ceremonia, limitándose á enviar á la compañera de su infancia, por conducto de su tía, una carta concebida así:

«Mi muy querida Matilde, sed dichosa. Lo deseo con todo mi corazón.»

Si la infeliz hubiese leído la carta dirigida á su tía, habría podido leer las maldiciones que el oficial lanzaba al miserable que por apropiarse una fortuna representaba una odiosa comedia con aquella infortunada, y las frases de indignación del amante desinteresado que habría creído cometer un sacrilegio, profanando lo que quería entregar puro á la tumba.

Pero la señora de Breville quemó esta carta. Se había separado con dolor de su sobrina, comprendiendo que había sido engañada por un intrigante.

El doctor Fabregues se esforzó inútilmente

para conseguir que les acompañase en aquel triste viaje de novios.

Matilde se había encontrado sola por la primera vez en su vida, sola con el hombre al que pertenecía para siempre. Por lo demás, no tenía motivos más que para alabarle.

En el viaje había mostrado verdadera ternura y solicitud.

Fabregues había querido volver en triunfo á Burdeos, testigo de su ruina, para ir en seguida á sus montañas de Auvernia, donde habían llegado la víspera.

La casa del doctor estaba preparada para recibirlos por Juliana y Sulpicio, que les precedían en el viaje.

Los esposos habían descansado una noche, y fueron á almorzar solos al hotel, como dos enamorados.

—¿Qué tienes? — le preguntó el doctor observando su preocupación, cuando quedaron solos.

--No sé; la fatiga sin duda... Me parece que se me cierran los ojos.

—Estás tan débil... Pero ya volverán las fuerzas. Ya verás...

—¡Dios lo quiera!

—¿Qué te parece el país?

—Admirable. — Estas montañas son soberbias.

—Las recorreremos juntos... tendremos tiempo. Por ahora tú serás mi única cliente. Solo me ocuparé de tí.

Si el doctor Chocagne hubiese oído esto se habría estremecido de júbilo.

De un golpe el gascón habría subido una porción de grados en su estimación.

Matilde dió las gracias á su marido con una dulce mirada de sus ojos azules.

Los esposos estaban sentados uno al lado del otro.

El se inclinó hacia ella y rodeándole el talle con el brazo, la estrechó con fuerza.

—Cuidado — dijo ella, — me haces daño.

—¡Fragilidad! Tienes nombre de mujer — exclamó él parodiando la célebre frase de Hamlet.

Entonces para distraerla, empezó á hablar de sus proyectos.

Residirían en Mont-Dore durante el verano.

La mañana la consagrarían á la medicina, en la que ella tendría ocasión de ver cosas notables.

Al romper el día vendrían á buscarla con una silla de manos y la llevarían al establecimiento.

Primera estación.

En seguida visitarían las salas de pulverizaciones, de aspiraciones é inhalaciones.

El le serviría de mentor á través de aquel laberinto de habitaciones en las que se vá á recobrar la fuerza, la salud y la vida.

La llevaría al alojamiento donde dormiría como una bienaventurada en un buen lecho. Allí vería escenas muy originales.

Después irían á almorzar y luego á pasear por los admirables sitios de aquel país.

Ella le interrumpió.

—Ya sé,—dijo.—Conozco estos alrededores casi tanto como tú.

Y lo demostró hablándole de los sitios más curiosos, de las cascadas, de los lagos, de los bosques de pinos, de los antiguos palacios y de las alturas más notables.

Poco á poco se fué fundiendo el hielo entre ellos y hablaron familiarmente como dos buenos amigos.

La novedad de aquel país extraño, sus pintorescas perspectivas, la especial fisonomía de sus habitantes, la seguridad, en una palabra, que la joven tenía de recobrar la salud, reanimaron su decaído espíritu.

Por uno de esos fenómenos particulares de alucinación, le pareció, mientras almorzaba en el hotel próximo á las fuentes, que respiraba con más facilidad, que su pobre pecho se dilataba al influjo de una atmósfera ligera y vivificante, impregnada con el aroma de las montañas, y que recobraba el apetito.

Cuando salieron del hotel, del brazo, Miette estaba en el umbral, y miró con ojos compasivos á aquella joven débil y vencida por el mal.

Durante los seis años que estaba allí sirviendo, había visto tantas parecidas.

Bandruc se acercó á ella dándole con la mano en la espalda al tiempo que Fabregues y su

mujer se confundieron con la abigarrada multitud que llenaba la plaza.

—Miette,—dijo el médico,—¿qué piensas de eso?

—Pienso que se necesita que esa joven sea muy rica para que el doctor se haya casado con ella.

—¿Crees tu que es su mujer?

—Marcial, que les ha servido, me lo ha dicho.

—Bueno, ¿y por qué es necesario que sea muy rica para que él se haya casado con ella?

—Porque es ambicioso en primer lugar y además porque no puede quererla.

—¡Bah!

—Está locamente enamorado de una joven que yo conozco.

—¿Qué sabes tú?

—Es amiga mía.

—¿La has visto?

—Más de veinte veces.

—¿Es verdad eso?

—La verdad pura. Es prima de los Sauvat y de los Murois.

—Entonces ¿tú crees...?

—Yo creo—dijo Miette con aire grave y sombrío;—que esa pobre mujer está bien enferma, que no vivirá mucho, y que la otra se llama Elena como la quinta del doctor no esperará mucho... si quiere.

Bandruc se rascó la barba y replicó:

—Malo, malo, Miette. Podrías tener razón. Salud, mala lengua.

Y á su vez se fué á confundirse con la gente que llenaba la feria de bestias en la plaza principal.

XIV

Aquella feria ofrecía á los ojos del viajero uno de los más singulares espectáculos que pueden imaginarse.

Matilde gozaba viendo aquella multitud de campesinos, montañeses, mercaderes y bañistas, confundidos con los ganados que eran el objeto de todas las negociaciones en aquel curioso mercado.

—¿Adónde vamos?— preguntó á su marido.

—A respirar al Salón del Capuchino. Y al decir esto le mostraba con la mano una roca que la imaginación popular atribuía la silueta de un monje.

—Allí está, añadió.

—Y como vamos á llegar hasta allí.

—Yo á pié, tu sobre uno de esos complacientes cuadrúpedos. ¿Quieres?

—Como quieras tú.

El tiempo era magnífico.

En esos días, el alquiler de las bestias es muy caro.

—¿Qué tal es vuestro borrico, Minard,—preguntó el doctor á un hombre que tenía de la brida un asno de apariencias pacíficas.

—Es un animal seguro, doctor.

—Ya lo conozco.

—Con el que no os sucederá ningún accidente.

—Así lo creo.

—¿Cuánto?

—Adónde vais?

—Al salón del Capuchino.

—¿Es para la señora?

—Sí.

—Trá sobre el animal como si estuviera en la cama.

—¿Cuánto?—repitió impaciente el doctor.

—Para vos, solamente diez francos.

—¿Os burlais?

—La señora no regateará—dijo el alquilador dirigiéndose á Matilde.

Esta se sonrió y le dió diez francos.

El hombre ayudó á la joven á montar y le hizo algunas advertencias.

—No tireis de la brida, dejadle: conoce los caminos mejor que una persona... No tengais miedo.

Al acabar de hacer estas recomendaciones, Minard arreó á su borrico, llamado «Pie de Hierro», diciéndole:

—Has sacado hoy buen número, dije mío... ¡Al salón del Capuchino!... ¿Ló entiendes?... Un verdadero paseo.

Como si el animal comprendiera aquellas palabras, volvió la cabeza hacia la señora, como esperando sus órdenes.

Minard volvió al hotel. Miette continuaba en la puerta, siguiendo con la vista al doctor Fa-

bregues y á la joven, que tomaron por la calle Favart para ganar el camino de Sancy.

Cuando pasaron cerca del hotel, las miradas del doctor y de la criada se encontraron. La del primero revelaba la mayor indiferencia; en la de la segunda se retrataba la envidia.

Los recién casados se perdieron de vista.

Entonces la criada se dispuso á dejar el puesto, cuando se encontró con Minard.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó al alquilador.

—Una buena señora: me ha dado diez francos por una carrera que no vale cien sueldos.

—Os pregunto si el doctor se ha casado.

—Seguramente. Según el muchacho que está al servicio del hotel, se ha casado hará diez días. La joven es millonaria.

—Ya se lo decía yo á Mr. Bandruc: se ha casado con la riqueza.

—Y con la señora también; es hermosa la pobre... bien hermosa.

—Pero no se hará vieja.

—¿Qué sabes tú?

—¿No tenéis ojos, mi pobre Minard?

—Sí; pero las aguas de aquí hacen milagros.

—¿Pero qué os ha hecho el doctor para tenerle esa inquina?

—Os aseguro que nada.

—Con las mujeres no se sabe nunca la verdad—dijo Minard rascándose la cabeza.

Entretanto los viajeros seguían el hermoso camino que conduce al fondo del valle para sa-

lir á la explanada que domina el Sancy, las Agujas del Diablo y Ferrand.

Por todos lados se dibujaban fielmente en lontananza, bajo los rayos de un sol brillante, las siluetas de las montañas, las aristas de las agujas y los mil pormenores de aquel suelo, en el que se veían las huellas de los grandes trastornos geológicos.

Al salir del valle, los viajeros siguieron una senda escalonada en abruptas pendientes, cubiertas de fragmentos de roca que parecían amontonadas allí por un terremoto.

El serpol y sus rosadas flores, las anémonas y las escabiosas, se mezclaban con los morados pétalos de las campánulas.

Allí más que en otras partes, una flora ideal y soberbia ha cubierto, por decirlo así, las grandes heridas de la tierra con un manto espléndido.

—No hay jardín que pueda ofrecer á los ojos una variedad de plantas más delicadas y perfumadas.

Más arriba, más allá de los sombríos bosques de pinos formados sobre llanuras de lava enfriada hacia siglos, otras vegetaciones de distintas especies de plantas, ofrecían sus perspectivas.

Cuando se atraviesan por primera vez estos paisajes encantadores en el estío, siniestros en el invierno, no se habla, se admira.

Fabregues callaba.

Apenas si de vez en cuando dirigía algunas

preguntas á la que había hecho su esposa con la esperanza de recobrar pronto su libertad.

—¿No te sientes fatigada?

—No, nada de eso.

—Es hermoso esto, ¿verdad?

—Esto es admirable.

Lo era efectivamente.

A cada vuelta se descubrían ante los ojos de la joven perspectivas soberbia.

Todos los picos de Mont-Dore, la Angle, el Puy Gros se elevaban ante sus ojos. A sus pies el Dordona deslizaba clara y rápida corriente á través de prados llenos de verduras.

A aquel maravilloso espectáculo no le faltaba más que una cosa: el silencio. Estas soledades no debían ser turbadas más que por los graznidos de las águilas ó el canto de los pastores.

Cuando Matilde y su marido llegaron al salón del Capuchino, una voz de tenor cantaba lentamente el aire de Sigurd:

«¡Oh! Hilda! Virgen de pálida sonrisa!»

El asno continuaba su camino sin que nada le llamase la atención.

En sus largos años de servicio se había familiarizado con todas las excentricidades de los turistas.

Por fortuna, en el momento en que la pequeña comitiva llegaba al salón, el cantante y sus compañeros se disponían á abandonarlo.

Fabregues y su mujer se quedaron solos.

El doctor cogió á la enferma en brazos y la colocó sobre uno de los troncos de los árboles que formaban asientos naturales esparcidos sobre la verdura.

El asno se dirigió al fondo del salón, y allí esperó á sus amos en actitud contemplativa.

Fabregues se había sentado al lado de su mujer, que le miró fijamente con sus apagados ojos, en los que se revelaba el sufrimiento.

—¿Me quieres?—le preguntó de pronto.

Fabregues tembló al oír esta inesperada pregunta en el momento en que él pensaba en otra cosa muy distinta.

Aquel estremecimiento no pasó inadvertido para la joven.

—¿A qué viene esa pregunta?—balbuceó él.

—Porque no tengo á nadie más que á tí.

—¿No es bastante?—dijo él, ya repuesto de su emoción.

—Sí, si me profesas verdadero cariño.

—¿Lo dudas?

La joven no contestó más que con una sonrisa llena de tristeza.

Es difícil engañar á las mujeres.

En los diez días que llevaban de matrimonio, Fabregues había cometido involuntariamente muchas torpezas, y Matilde tenía sobrado talento para advertirlo, pero ignoraba la causa.

Su marido vió correr una lágrima entre sus párpados y sintió remordimiento.

—¿Por qué lloras?—le preguntó.

—No lo sé.

—¿Qué puedes temer? ¿No estoy yo aquí?

Estas palabras le devolvieron su valor.

El le señaló los grandes pinos, los árboles, el cielo puro, y le dijo:

—Aquí está la salud. Cuando la recobres volveremos á París, cerca de los que amáis y os aman.

Ella respiró con ansia los aromas de aquel aire embalsamado.

—Si yo procurase curarla—pensó Fabregues—quién sabe!...

Pero la imagen de Elena Brunoy se interpuso entre ellos. La frente del doctor se arrugó y una voz diabólica murmuró á su oído:

—¿A qué intentar una lucha en la que serás vencido? ¿No es preciso que muera? Pues morirá.

XV

Algunos días después, á las cinco de la tarde, el barón D'Aubagny estaba sentado en el atrio del Gran Hotel con aire melancólico.

Era á mediados de julio.

El celibato tiene sus ventajas. Ni cargas ni cuidados de familia. El soltero no tiene que ocuparse más que de sí mismo; de sus placeres, de sus caprichos; esto es una cosa admirable.

Sumergirse en las dulzuras de un egoismo bien entendido, levantarse pensando única-

mente en nuevos placeres, es un estado envidiable.

Pero tiene sus inconvenientes.

La soledad es á veces abrumadora, y el sitio más concurrido puede parecer un desierto cuando sólo se ven rostros extraños, desconocidos, procedentes de todos los rincones del mundo, y demasiado ocupados de sus asuntos, para ocuparse de los demás.

Desde su regreso á París el barón no encontró un amigo.

Bordat, su inseparable, estaba en Nievre arreglando sus asuntos.

La señora de Breville vivía en su triste retiro de Evreux.

Por una rara casualidad D'Aubagny ignoraba el matrimonio de Matilde.

La mayor parte de sus conocidos del círculo habían salido á baños.

París estaba vacío.

El barón se aburría soberanamente; pero estaba tan apegado á las calles de París que no se decidía á dejarlo.

Su aburrimiento tenía entonces otra causa: La resistencia de la empleada de la casa Delibet.

Su belleza le cautivaba, y por más que había no podía desechar su imagen del pensamiento.

A la vuelta de su breve excursión á Normandía, la había vuelto á ver y á solicitarla.

Pero ella le contestó:

—¿Por qué lloras?—le preguntó.

—No lo sé.

—¿Qué puedes temer? ¿No estoy yo aquí?

Estas palabras le devolvieron su valor.

El le señaló los grandes pinos, los árboles, el cielo puro, y le dijo:

—Aquí está la salud. Cuando la recobres volveremos á París, cerca de los que amáis y os aman.

Ella respiró con ansia los aromas de aquel aire embalsamado.

—Si yo procurase curarla—pensó Fabregues—quién sabe!...

Pero la imagen de Elena Brunoy se interpuso entre ellos. La frente del doctor se arrugó y una voz diabólica murmuró á su oído:

—¿A qué intentar una lucha en la que serás vencido? ¿No es preciso que muera? Pues morirá.

XV

Algunos días después, á las cinco de la tarde, el barón D'Aubagny estaba sentado en el atrio del Gran Hotel con aire melancólico.

Era á mediados de julio.

El celibato tiene sus ventajas. Ni cargas ni cuidados de familia. El soltero no tiene que ocuparse más que de sí mismo; de sus placeres, de sus caprichos; esto es una cosa admirable.

Sumergirse en las dulzuras de un egoismo bien entendido, levantarse pensando única-

mente en nuevos placeres, es un estado envidiable.

Pero tiene sus inconvenientes.

La soledad es á veces abrumadora, y el sitio más concurrido puede parecer un desierto cuando sólo se ven rostros extraños, desconocidos, procedentes de todos los rincones del mundo, y demasiado ocupados de sus asuntos, para ocuparse de los demás.

Desde su regreso á París el barón no encontró un amigo.

Bordat, su inseparable, estaba en Nievre arreglando sus asuntos.

La señora de Breville vivía en su triste retiro de Evreux.

Por una rara casualidad D'Aubagny ignoraba el matrimonio de Matilde.

La mayor parte de sus conocidos del círculo habían salido á baños.

París estaba vacío.

El barón se aburría soberanamente; pero estaba tan apegado á las calles de París que no se decidía á dejarlo.

Su aburrimiento tenía entonces otra causa: La resistencia de la empleada de la casa Delibet.

Su belleza le cautivaba, y por más que había no podía desechar su imagen del pensamiento.

A la vuelta de su breve excursión á Normandía, la había vuelto á ver y á solicitarla.

Pero ella le contestó:

—Ahora no soy libre: veremos más tarde.

—¿Más tarde? Bien; pero ¿cuándo?

—Ya os lo he dicho: el 20 de octubre.

Para D'Aubagny aquel aplazamiento era un capricho inexplicable.

Cuando quería descubrir el misterio, Elena se convertía en esfinge.

Esto acrecentaba el mal humor del barón.

Cuando estaba sumergido en aquella especie de éxtasis melancólica, de pronto se le vió destellar sus ojos con resplandores de alegría.

La baronesa de Breville acababa de bajar de su coche.

D'Aubagny se levantó presurosamente y corrió hacia ella.

Los dioses propicios le deparaban, por fin, una distracción.

—¡Vos!—exclamó tendiéndole las manos.

—Sí, yo.

—¿Sola?

—Hasta el fin de mis días seguramente.

—¿Qué queréis decir?

—Nada que no sepáis, á lo que creo.

—¿Os ha sucedido alguna desgracia?

—Una muy grande.

—¿Y no nos lo habéis dicho? ¿Acaso Matilde?...

Los dos se miraron estupefactos.

—¿No habéis recibido carta?

D'Aubagny movió la cabeza.

—¿Qué carta?—dijo.

—Anunciando su matrimonio.

—¡Su matrimonio!

—Matilde se ha casado, amigo mío.

—¿Con su primo Pedro de Bures?

—¡Ay! ¡Ojalá!—exclamó la señora de Breville con desesperación.—¿Es posible que ignoréis lo que ha sucedido?

—En absoluto.

—¿No os ha dicho nada vuestro amigo el doctor Bordat?

—Bordat está en Nievre, donde ha fallecido una tía suya. Yo estaba en Bruselas y después fui á Normandía.

—Ahora lo comprendo. ¡Qué cosa tan triste, amigo mío!

—Me aterráis.

—Permitidme que vaya un momento á mi habitación y vuelvo en seguida: os lo contaré todo.

Y se alejó rápidamente.

D'Aubagny se recostó en el sillón, preguntándose qué cataclismo inesperado había sucedido á aquella mujer para trastornarla de tal modo.

Matilde, casada con otro que su primo, á quien amaba apasionadamente, era una cosa tan inverosímil, que no acertaba á creerla.

Sin embargo, no cabía duda; la baronesa acababa de asegurarlo.

La señora de Breville volvió al poco tiempo.

—¿Tenéis la tarde libre?—dijo á D'Aubagny.

—Libre completamente.

—Pasaremos juntos la velada.

—Seré muy honrado con ello.

—Vos me consolareis.

—Tenéis necesidad de ello?

—Más de lo que podéis imaginaros.

Al decir esto se sentó al lado del barón.

Había debido sufrir efectivamente muchas y grandes tristezas, porque su fisonomía, tan franca y tan agradable, estaba descompuesta.

—Ya sabéis que quería á aquella niña como á una hija, aumentando mi cariño por ella á medida que se debilitaba. Nunca hubiera pensado que debía abandonarme.

La señora de Breville se pasó la mano por la frente.

—Es justo—continuó;—pero no sé dónde tengo la cabeza. Recordaréis que una noche, aquí mismo, nos encontramos con un médico...

—Mont Dore!—exclamó D'Aubagny.

—No sé si se llama Mont Dore; pero sí que es conocido por el doctor Fabregues.

El barón experimentó un acceso de cólera.

—Un hombre—dijo—con quien nunca he simpatizado, porque tiene todas las trazas de un caballero de industria, de un aventurero, capaz de todo por enriquecerse; un...

Iba á decir una palabra brutal en contradicción con sus hábitos; pero se detuvo á tiempo.

—¡Fabregues!—repitió.—¿Cómo ha podido Matilde?...

—¡Ah! no podría explicároslo. Yo no sé los recursos que ha empleado y lo que ha podido

hacer para dominarla hasta ese punto. Ha debido ofrecerla lo imposible, la salud, la vida, hacerla concebir esperanzas para el porvenir; abusar de la debilidad de su cerebro... Tenía miedo á la muerte, y al contrario de lo que es común á los enfermos, ella no se engañaba acerca de su estado, ni se dejaba engañar por nosotros, pues el interés con que se procuraba distraerla, le era sospechoso... El doctor Fabregues estaba sin duda al acecho de una ocasión, y habrá comprendido el partido que podría sacar de le casualidad que la puso en relaciones con nosotras.

—¡El, él!—exclamó D' Aulagny—y con tanta precipitación. ¿Es posible?

—Es verdad.

—Pero y Bures, ¿vos conocíais sus sentimientos?...

—Pedro adoraba á su prima; la quería con locura, puedo aseguraroslo.

—¿Y Matilde?

—Creo que también le amaba.

—Entonces...

—Ha debido pasar algo inexplicable entre ellos... Pero vino á Paris, le encontré un día aquí en el salón, á solas con ella, conversando los dos fraternalmente. ¿Qué hablaron? No lo sé. Pasó el día con nosotras... Matilde parecía preocupada. Algunos días después me anunció su propósito de casarse.

—El conocía muy bien el estado de ella para pensar en el matrimonio.

—¡Ay! Eso era su desesperación. Ha debido entrar por mucho el despecho en la resolución de Matilde; no habrá quien me quite esta idea.

—¿Por qué no os opusisteis?

—Hubiera querido ver lo que hacíais en mi caso.

—Temía siempre una crisis, y cualquier contrariedad podía empeorar su estado.

—¡En fin! que es un hecho.

—Justo.

La señora de Breville lanzó un suspiro.

—¿Quién hubiera podido prever tal desastre hace algunas semanas, amigo mío!

El barón se mordía los labios, admirado de revelación tan inesperada.

Compredía sin esfuerzo la odiosa especulación del doctor Fabregues.

—¿De manera—dijo—que Matilde os ha abandonado?

—Casado casi en secreto... apresuradamente.

—¿Y habéis podido separaros?

—Era preciso. Después de celebrado el matrimonio partieron.

—¿Solos?

—Con Juliana.

—¿Tenéis confianza en esa mujer?

—Como en mí misma.

—¿Quiere á su ama?

—Estoy segura de ello.

—Tanto mejor—dijo el barón de un modo que sorprendió á la señora de Breville.

—¿Por qué decís eso?

—Por nada.

—Sí; tenéis alguna idea....

—Es que un médico es tal vez menos sensible que otro cualquiera, á causa de los medios de que dispone—replicó el barón sonriéndose.

—¿Creeis que le amenace algún peligro?

—No me atrevería á asegurarlo.

—¡Dios mío!

—.... Pero no puedo menos de pensar que ese hombre no ha podido enamorarse de Matilde en tan pocos días... que sólo ve en ella su fortuna, y que si ha sido capaz de seducirla, también lo puede ser de hacer lo posible por entrar cuanto antes en posesión de su riqueza. ¿Cómo se ha hecho el contrato?

—Con ventajas enormes en favor del marido.

—¿No tenía Matilde un notario que la aconsejase?

—Es mayor de edad.

—¡Pobre insensata!

—Decid mejor ¡pobre niña!...

—¿Dónde está?

—En Mont Dore, hace algunos días.

—¿Vais allí?

—A los alrededores... Esa es mi intención.

—¿Qué pensais hacer?

—No sé, tengo perdida la cabeza... Estar más cerca de ella, al menos.

—¿Os escribe?...

—A veces... Cartas llenas de ternura y... áun creo que de pesar.

—¿Cuándo os marcháis?

—No estoy aún decidida.

—Esperad... Yo os acompañaré.

—¿Haréis eso?...

—¿Por qué no? Mont Dore es un país encantador, tan conveniente para los turistas aficionados á los espectáculos naturales, como á los enfermos.

—Sois un ángel—exclamó la baronesa, recordando la serenidad.

El barón se echó á reír.

—Un ángel barbudo—replicó.

—¡Hablemos seriamente!... Yo os esperaré...

¿Será mucho tiempo?

—Dos ó tres días.

El reloj dió las siete.

—¿Comemos?—insinuó el barón.

—Cómo queráis.

En el momento de levantarse ambos, un nuevo personaje franqueó el vestíbulo del hotel, con ese aire decidido del que conoce el terreno, dió la vuelta á la fuente, y viendo á D'Aubagny, levantó los brazos con el gesto de un naufrago abandonado en una isla desierta, que se acercase un barco á la costa.

Era Bordat, vestido de luto.

Subió apresuradamente las escaleras, y reconociendo á la señora de Breville, le dijo:

—¿Vos aquí? ¡Qué dichosa casualidad!

—Muy dichosa,—replicó D'Aubagny.—Ven á comer y te contaré el asunto... tú tal vez tienes noticias de él...

El barón observó atentamente á su amigo, y quedó convencido de que su ignorancia era completa.

—¿A dónde vamos?—preguntó Bordat.

—Quedémonos aquí,—dijo la señora de Breville.

Los tres penetraron en la sala de conversación, y pronto se hallaron sentados á la mesa.

Bordat, preguntó en seguida, imaginándose que se trataba de la salud de su cliente.

—No veo á vuestra sobrina. ¿Está peor acaso? Desgraciadamente era cosa prevista. Es preciso tener el valor de ver la situación como es. No hay nada que esperar, debo deciroslo, á menos que no se opere un milagro.

—¿Qué os ha dicho vuestro amigo el doctor Fabregues?—preguntó la baronesa.

—¿Después de nuestra consulta?

—Sí.

Bordat movió la cabeza.

—Nada bueno—contestó.

—¿No abrigaba ninguna esperanza?

—Ninguna.

—Sin embargo, creía que Mont-Dore...—observó D'Aubagny.

El médico se encogió de hombros.

—Mostradme uno de esos apóstoles de las aguas, uno de esos acuáticos, como decimos nosotros, sea del país que quiera, que no atribuya á los baños todas las virtudes y no la pregone como una panacea sin rival, y diré, si me lo enseñais, que es un fénix de probidad

ó un imbécil. Fabregues en este sentido es como todos.

—¿Pero él no esperaba nada? — insistió D'Aubagny.

Bordat, advertido por una mirada de su amigo, contestó:

—Nada.

La señora de Breville tembló.

—Entonces es un miserable—dijo tranquilamente D'Aubagny.

—¿Por qué? Después de todo, los enfermos son niños grandes á los que hay que entretenir. Mont-Dore les distrae algún tiempo, y eso se gana. Y además, ¿no es una obra de misericordia hacer brillar ante sus ojos la luz de la esperanza? En fin, ¿quién sabe? Las aguas de Mont-Dore poseen seguramente virtudes... y á veces se han visto prodigios asombrosos.

—¿Pero vos no creéis en ello?

Bordat movió la cabeza.

—No, en los casos desesperados.

—Y vuestro amigo Fabregues, menos.

—Menos aún—afirmó categóricamente Bordat.

—Repito que es un miserable.

Para que el barón se expresara con aquella energía, usando términos impropios de él, era preciso que existiera una razón poderosa.

—Ya veo que ignorais lo que ha pasado,—dijo.—En Nievre estábais sin noticias del mundo y es preciso informaros.—Vuestro amigo Fabregues se ha casado.

—¿Con quién?

—¿No lo adivináis?

—¿Con la señorita Borel?

—Exactamente.

—En efecto, no existe término más propio para calificar su conducta.

—¿Es esa vuestra opinión?—preguntó el barón.

Bordat no respondió: estaba aterrado.

—¿No os ha escrito—preguntó la señora de Breville?

—¡Se habría guardado bien! su conducta es de las que no pueden elogiarse.

La comida fué triste.

La señora de Breville estaba atormentada por siniestros presentimientos; D'Aubagny maldecía su ausencia, que le había impedido interponerse entre el doctor y Matilde para estorbar la boda; Bordat estaba furioso contra el compañero desleal, introducido por él en una familia á la que había llevado el duelo y la desolación.

A las ocho y media, la pobre mujer pretextó la fatiga del viaje para retirarse.

Cuando los dos amigos quedaron solos, Bordat puso su mano sobre el muslo del barón y le dijo:

—Ahora que estamos desembarazados de la tía, os diré cual será la suerte de la sobrina.

D'Aubagny, que estaba absorbido en sus reflexiones, levantó la cabeza.

El doctor continuó:

—No solamente deseaba Fabregues la fortuna de la señorita Borel, sino que la quiere para ofrecersela á otra.

—¿A quién?

—Fabregues tiene una pasión hace ya años.

—¿Qué pasión?

—Una joven á la que ama locamente.

—¿Bah!

—Y celoso hasta el extremo.

—¿Rica?

—No... De ser así, ¿habría tenido necesidad del dinero de otra?

—Es cierto. ¿Quién es esa mujer?

—No estoy seguro...

—¿La conocéis?

—No me ha dicho nunca su nombre; únicamente me hablado de ella.

—¿Qué es?

—Dependiente de un almacén.

—¿Hermosa?

—Al menos á sus ojos: hacía de ella descripciones entusiastas.

—¡Ah!—exclamó el barón sobresaltado.

—¿Os ha hecho su retrato?

—Cien veces.

—Decidme cómo es.

—Alta, gentil, bien formada, pelo castaño, ojos...

El barón reflexionaba.

—Vuestro amigo...

Bordat se rebeló ante esta palabra y dijo:

—Fabregues ha sido mi compañero; hemos

vivido juntos, pero yo le niego mi amistad.

—Sea. ¿El doctor no ha dicho nunca su nombre? Acordaos.

—Tal vez; pero no he prestado atención.

—¿Decís que la ama?

—Como un loco.

—Antes tal vez, mas ahora...

—Cuando salí para Nievre, me hablaba de ella con la misma pasión delirante de siempre.

—¿De modo que, en vuestra opinión, él no se ha casado con Matilde más que para enriquecer á la otra?

—Al menos para ser rico y luchar ventajosamente con los que se la disputen.

—¡Ah! ¿Se la quieren arrebatarse?

—Así parece. Las jóvenes hermosas son objetos de arte... y no faltan aficionados. Fabregues la cree honrada, hasta el punto de querer casarse con ella.

—¿Bah!

—Ella es la que rehusa.

—¿Por qué?

—Porque le asusta su carácter.

—Tiene razón—murmuró D'Aubagny.

La conversación tomó otro rumbo desde este punto.

Después se estrecharon la mano y se separaron.

Bordat estaba furioso.

Y el barón D'Aubagny pensaba, de regreso á su hotel:

—Una señorita de almacén... hermosa y hon-

rada... ¿Si será ella? ¡Qué casualidad!... Mañana lo sabré.

XVI

El barón Pablo D'Aubagny, á pesar del perfecto conocimiento que tenía del mundo, estaba desorientado en su empeño amoroso con Elena.

Los caprichos de ésta, su extraña reserva, el plazo de seis meses le extraviaban en su camino, y no sabía cual tomar para conseguir su objeto.

Lo único que veía cierto era la existencia de un rival más dichoso.

Las revelaciones del doctor Bordat fueron para él un rayo de luz que le indicaba el camino.

Desde las primeras frases de Bordat se creyó en posesión de la clave de aquel misterio.

Aunque en París se encuentran miles de jóvenes en las condiciones de Elena Brunoy, no dudó un instante de que solo ésta era capaz de inspirar á Fabregues semejante pasión.

¿Por qué lo creía así?

Esto es una cosa inexplicable, pero cierta.

Al separarse del doctor Bordat, en vez de ir á los sitios donde la gente se divierte, al Circo, al jardín de París ó á algún teatro, según su costumbre, se encaminó directamente á su casa.

Cuanto más lo pensaba, más se aferraba en aquella idea, que le absorbía enteramente.

¿Preferirá Elena á ese detestable Fabregues?

En su acceso de ira, el barón se proponía torturarla al siguiente día con alusiones picantes, abusando del secreto sorprendido por casualidad, como si ella fuera culpable de infidelidad hacia él.

¡Pobre joven!

A las ocho, según las órdenes terminantes del barón, que hacía una vida muy metódica, el ayuda de cámara entró á abrir las persianas.

Durante la noche, su aversión hacia Fabregues se había agravado con una envidia feroz.

Sentía hacia él todos los odios: el odio del rival, el odio del hombre de bien contra el aventurero; odio de familia, toda vez que el barón era pariente lejano de Matilde Borel, contra el intruso que la habia seducido.

Mas todos estos odios, sus celos, su indignación, no traspasaban los límites del frío cálculo del barón, que no sacrificaba nunca su reposo por nada, sino en cierta medida.

A las diez, sereno y tranquilo bajó por el boulevard Malesherbes, y á las diez y media entraba en el almacén de su amiga la señora Delivet.

Esta le recibió en su elegante habitación con una sonrisa.

—¿Todavía vos?—le dijo.

- ¿Me censuráis?
 —Sois demasiado benévolo para que se sienta el veros. Por lo demás, sois de la casa.
 —Gracias.
 —¿Qué os trae tan temprano?
 —Mucho y nada... ¿Qué tal los negocios?
 —Como de fin de estación.
 Después de hablar de cosas indiferentes, el barón preguntó:
 —¿Seguís contenta con...?
 —¿Con Elena?
 —Sí.
 —Contentísima; es un dije esa joven, lo reúne todo: inteligente, formal, puntual, trabajadora...
 —Y virtuosa—añadió el barón, mordiéndose los labios.
 —Sí, á fe mía. La virtud, como el vicio, tiene sus grados. Elena vale lo que otras que gozan de una reputación intachable. Podría citaros un pintor, un gran...
 El barón pronunció un nombre.
 La señora Delivet esquivó la respuesta.
 —No importa el nombre. Conozco á uno que le daría el oro que pesa, si ella quisiera.
 —¿Y ha rehusado?
 —Anoche mismo...
 —¿Le gusta?
 —La encuentra soberbia. Y no se engaña, os lo aseguro. Callad... miradla.
 Se abrió la puerta que comunicaba con el salón de venta.

- A lo lejos se veía á Elena, que, ignorante de la inspección de que era objeto, estaba apoyada en el marco de una ventana leyendo una carta.
 —Una joven así es una delicia para los ojos—dijo la señora Delivet.—¿No lo creéis así?
 —Seguramente. ¿Pero qué hace ahora?
 —Lo que quiere. No está ocupada... espera á los parroquianos.
 —¿Leyendo una carta?
 —De su novio, sin duda; un señor que la persigue con encarnizamiento.
 —¿Dichoso?—preguntó el barón con ansiedad.
 —Dicen que no.
 —¿No le conocéis?
 —No.
 —¿Ni habéis oído hablar de él?
 —Más de una vez, en sus conversaciones con las compañeras; pero yo tengo la costumbre de no mezclarme en esas cosas.
 —¿Cuál es su profesión?
 —Preguntáis demasiado... Creo que es médico, pero no lo puedo asegurar. Elena es muy reservada... Por lo demás, ella sabe que yo no apruebo esas relaciones, pues me parece que es una falta irreparable dar oídos á ese personaje. Ella aprovecha su juventud... No se tiene más que una.
 Y en tributo á la suya, ya pasada, la señora Delivet exhaló un suspiro.
 —¿A quién se lo decís?—preguntó el barón.

—Esa carta parece que le interesa mucho.

—En efecto...

—Os dejo, se acerca la hora de almorzar.

D'Aubagny estrechó la mano de su amiga y se dirigió hacia Elena.

Esta dobló el papel que tenía en la mano cuando se aproximaba el barón, y lo guardó tranquilamente en el bolsillo.

—Siempre feroz —le dijo D'Aubagny.

—Feroz no; razonable.

—Hace un instante estábais muy ocupada leyendo una carta.

—¿Qué carta?— dijo ella, aparentando sorpresa.

—La que acabáis de guardar en el bolsillo. Y acercándose más, murmuró á su oído:

—¿Procede de Mont-Dore?

Elena se irguió como sacudida por una corriente eléctrica.

—¿No está en París?— continuó preguntando el barón.

—¿De quién habláis?

—¿De quién quereis que hable sino del doctor Fabregues?

—¡Ah!... ¿Le conocéis?

—Perfectamente. ¿Qué, os anuncia acaso su matrimonio?

El barón vió que la joven cambió de color y se llevó la mano al pecho.

—¡Su matrimonio!— dijo ella con agitación.

—¡Eso es falso!... ¡Es imposible!

—¿Lo ignoráis?

—Y no lo creo.

—¿Es decir que él os lo ha ocultado?

—Dejadme, os lo ruego... Nos están mirando.

—¿Qué os importa? ¿No sois libre?

—¡Libre!... ¡Hermosa libertad!... Idos, es un favor que os pido.

—Sea; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que vayais esta noche á las nueve á la calle Royal.

—¿Para qué preguntó ella encogiéndose de hombros.

—Siempre es para mí una dicha veros y hablaros....

—¡Locuras....

—¿Aceptais?...

—Sí, para desembarazarme de vos. Idos.

—Obedezco.

El barón se alejó, no sin detenerse más de una vez ante las vendedoras, llamándolas por su nombre, informándose de su salud con la familiaridad del hombre que puede ser un protector generoso para cualquier joven infortunada.

Elena quedó como clavada en el mismo sitio.

—¡Se burla de mí— pensaba— ó quiere probarme! ¡El doctor casado?... ¡Mentira!

A pesar de lo rotundo de sus negaciones, su convicción no era completa. Recordaba una porción de detalles, algunas frases de Fabregas, la singular promesa que le había hecho de

esperar seis meses para obtener la ambiciosa fortuna, su recomendación de que tuviese confianza en él, dijeran lo que dijeran, y, por último, su precipitada partida, de que ella no tuvo noticia hasta que el doctor estaba lejos de París.

Entonces se felicitó por haber aceptado la cita del barón, y cuando de allí á poco, la dueña la llamó con voz imperiosa, dirigióse á la habitación de ésta, diciendo:

—Esta noche lo sobré todo.

XVII

La revelación de D'Aubagny sorprendió á la joven en la plenitud de sus esperanzas.

La carta que leía, recibida aquella misma mañana, venía llena de protestas de amor y fidelidad.

Elena no sentía cariño hacia el doctor; pero era mujer y se había acostumbrado á aquellas relaciones amistosas al cabo de dos años, reconocida al afecto apasionado que él demostraba y á la parte que le reservaba en sus proyectos para el porvenir.

Agradecióle sobre todo sus instancias para unir su destino al de él, ofreciéndole su nombre, que era la mayor prueba de cariño que podía darse á una mujer de su condición.

Él, en una palabra, era la única distracción de su vida, y se le aparecía como un refugio

en caso de peligro, como un apoyo en caso de necesidad.

Aunque rehusando su mano á causa de sus defectos, ella estaba indecisa, movida por los ruegos y los juramentos del doctor.

Por otra parte, estaba ligada á éste, por haberle ayudado á soportar las tristezas enervantes que asaltan y desmoralizan á estas desgraciadas sin familia y sin apoyo, obligadas á comer el amargo pan del abandono.

Aun conceptuándole caprichoso, violento y ambicioso, le profesaba en el fondo de su corazón verdadera gratitud y amistad sincera.

Y de pronto, aquella noticia imprevista caía á sus pies como un rayo: «Se ha casado,» ¿Era aquel el medio adoptado para hacerse rico?

En esta tenebrosa intriga veía mil motivos para despreciar al hombre á quien hubiera querido estimar, y consideraba aquel paso como una criminal traición, no contra ella, sino contra la mujer que tomaba en el mismo momento en que hacía fervientes protestas de su amor por otra.

Le asaltó un deseo desenfrenado de conocer el fondo de la aventura; así es que el día le pareció interminable.

A las ocho salió y se dirigió á su casa.

Allí la esperaba otra carta.

Como de costumbre, en ella le enviaba el doctor el recuerdo cotidiano.

La carta no contenía más que estas palabras:

«Pienso en tí noche y día, y espero.»

CLAUDIO FABREGUES.»

Dejó esta carta sobre la mesa y se puso á vestir tranquilamente, embelleciéndose cuanto pudo.

En el momento de salir examinó con una mirada su pequeña habitación, donde en realidad se estaba muy bien. Solo Fabregues había tenido el privilegio de interesarla y ocupar sus ocios en aquella morada, aún virginal.

Quería dudar de su culpabilidad hasta el último momento.

Una voz secreta le impulsaba á defenderle.

En el acento del barón, por mesurado que fuese, en el modo de pronunciar el nombre de su rival, advertía una desdeñosa aversión. Iba á escucharle, pero con prevención, esperando pruebas irrecusables para condenar.

A las nueve menos minutos se dirigió por el boulevard á la calle Royale.

Allí distinguió el coche del barón, que la esperaba en el lugar convenido.

Subió á él sin hacerse rogar, y el cochero, que tenía sus instrucciones, guió los caballos con dirección á los Campos Elíseos.

Ofrecían éstos una mezcla discordante de conciertos al aire libre; de orquestas inarmónicas que de vez en cuando eran dominadas por el grito sobre agudo de una tiple de verano.

El gas brillaba formando cordones sobre los

árboles y revistiendo el follaje de un tinte fantástico.

Multitud de coches llenaban la avenida, dirigiéndose al Bosque en busca del fresco.

El barón callaba, contentándose con admirar en la semioscuridad del encantador rostro de su compañera.

Cuanto más la examinaba, mayores atractivos descubría en ella.

—Vamos—dijo ella rompiendo el silencio,—¿no me decís nada?

—Os admiro.

—No he venido para eso...

—Es verdad.

—Sino para saber. Decídmelo todo.

—Convenid en que la curiosidad os aguijonea.

—Sin duda alguna.

—¿Entonces le amáis?

—¿Tenemos acaso nosotras tiempo para amar? Se ama cuando se tiene un marido, una familia, hijos. Nosotras podemos tener amistad, afecto tal vez, gratitud para el amigo que nos distrae, impidiéndonos morir de tedio. Eso es todo... Hablo por mí... No sé lo que las demás piensan. Es preciso—añadió con despecho—no tener nada que hacer, como vos; no conocerlos, para creer que al cabo de un día de trabajo abrumador, una joven tiene fuerzas para resistir la poesía del amor. Lo que deseamos es un hogar que nos compense esta servidumbre y un afecto leal. No os lo oculto. He acariciado

en algún tiempo una ilusión. Fabregues juraba que me amaba, que no amaría á ninguna otra, y que se casaría conmigo. ¿Qué queréis? Se siente la necesidad de acogerse á algo, y yo me había acogido á esa quimera.

—¿Que se ha desvanecido, verdad?

—Sí.

—Tanto mejor.

—¿De modo que se ha casado?

—Hace un mes.

—¿Con quién?

—Con una parienta mia.

—¿Cómo se llama?

—Matilde Borel.

—¿Es rica?

—Mucho.

—¿Cuanta renta tiene?

—Unos cien mil francos.

—¿Es jóven?

—Veinte años?

—¿Es hermosa?

—Menos que vos; pero es hermosa.

Elena no hizo ninguna observación:

En su rostro no se observó señal alguna de cólera.

Guardó silencio mientras el coche bajaba la avenida del Bosque. Cuando traspasaron la barrera se decidió á hablar.

—¿A dónde me llevais?—preguntó.

El barón le señaló con el dedo un recinto hacia la derecha.

—Allí—dijo,—á menos que no temais la luz.

—¿Quién puede ocuparse de mí?

—El caballo dió la vuelta al kiosko donde los tzinganos tocaban con sus violines un vals endiablado y se detuvo ante el café donde varios grupos refrescaban en pequeñas mesas, entre los cuales produjo cierta sensación la llegada del coche y de la joven.

D'Aubagny se sentó en un rincón con Elena.

—¿Qué quereis tomar?

—Lo que gustais. Un helado.

—Bueno.

La orquesta terminó su vals. Un tzingano vestido con una túnica verde pasó por delante de ellos haciendo la colecta.

Elena se aproximó al barón y le dijo:

—Explicadme cómo una joven rica, hermosa, jóven y pariente vuestra ha podido casarse con un médico pobre, casi sin clientela y que no la ama.

—Decís que...

—Digo que no la ama—repitió con tono tranquilo Elena.

D'Aubagny la observó antes de contestar.

Pasado el primer momento de sorpresa, Elena había recobrado su calma.

—¿Por qué decís que no la ama?

—Porque ama á otra.

—¿A vos?

—A mí.

—¿Os lo ha dicho?

—Mil veces.

—¿Y también recientemente?

—Hoy mismo.

—Os puede engañar.

Ella estaba bien segura de lo contrario, y se sonrió.

Movió la cabeza, y sacando de su bolsillo la carta del doctor, la alargó al barón, diciendo:

—¿Sabéis leer?

D'Aubagny leyó:

»Pienso en tí noche y día y espero.

»CLAUDIO FABREGUES.»

—Este hombre es verdaderamente un miserable—dijo el barón colérico.

—¿Por qué?

—Me habéis preguntado por qué una joven bien educada, rica y hermosa, había podido casarse con un hombre como él; pues bien, es muy sencillo: porque él ha sabido inspirarle confianza, persuadirla de que la adora; porque habiendo entrado en relaciones con ella como médico, no ha vacilado en abusar de la influencia que esto le daba sobre un ser débil, haciéndole creer que su salvación estaba en sus manos; porque la pobre joven, condenada á muerte por una enfermedad hereditaria, pero rodeada del cariño y de los cuidados de la familia, no había encontrado un hombre bastante estrevido para dirigirla frases de amor, cuando se sabía que el amor era para ella un veneno destinado á abreviar los pocos días que le quedaban de vida; en una palabra, porque Fabre-

gues, decidido á conquistar esa fortuna, ha sido más audaz y menos delicado que los otros, y ha pensado que podía ser rico á cambio del sufrimiento de un mes de esa pobre enferma.

El barón no había hablado nunca tanto tiempo seguido sobre una cosa. Aquella larga tirada salía del límite ordinario de su elocuencia y de sus indignaciones.

Pero aquel era un caso excepcional.

—¿Comprendéis?—preguntó á su compañera.

—Muy bien.

Efectivamente; para ella estaba muy clara la conducta del doctor.

Al primer golpe de vista comprendió los detalles de aquella intriga, en la que ella tenía un papel tan principal.

Entrevió el término de la vida de aquella joven, que el barón consideraba condenada.

Aquel término era de seis meses. Era el plazo pedido por el doctor, plazo que expiraba el 20 de octubre.

Por una extraña asociación de ideas, Elena pensaba que la enferma debía expirar á la vez que aquel plazo.

Al verla D'Aubagny absorbida en sus reflexiones, le preguntó:

—¿En qué pensáis?

Ella respondió sin contestar á la pregunta.

—Veamos. ¿Creeis de buena fe que esa joven?... ¿Cómo se llama?

—Matilde Borel?

—¿La conocéis bien?

—Muy bien.

—¿Hace mucho?

—Desde su niñez.

—¿Creeis realmente esté tan próximo su fin?

—Yo no soy médico.

—Pero tendréis vuestra opinión: decidla.

—Creo que con cuidados su vida se podía prolongar. El mismo doctor Fabregues aseguraba que Mont Doré la aliviaría mucho.

—¡Ah! ¿el doctor Fabregues pretendía?...

—Sí, salvar á esa pobre Matilde.

D'Aubagny observó un pliegue de ironía en los labios de Elena, que parecía decir:

—«No creo que fuese esa su intención.»

A todas las preguntas del barón contestaba con el silencio.

Era tan grave lo que sospechaba, que no se atrevía á confiarlo á nadie.

La carta que estaba leyendo aquella misma mañana en casa de la señora Delivet, era comprometedoramente en alto grado.

En ella explicaba el doctor Fabregues sus criminales esperanzas.

«Llego ya al fin—decía.—Dentro de unos meses, quizá dentro de algunas semanas, estaré en posesión de la riqueza que deseo. El éxito supera á mis ambiciones. Nada me habría detenido para complacerte y para unirte á mí con cadenas de oro.

»Algunos días de paciencia, mi querida Elena, y llegaremos á puerto.

»Solo que estos días me parecerán muy largos y más dura la ausencia en ellos.

»¿Por qué no podré abreviarlos?»

¿No era esto de una claridad deslumbradora? Avanzaba la noche. En el café seguía la misma animación.

Elena y el barón escucharon un instante la música de los tzínganos, y después la joven manifestó deseo de retirarse.

D'Aubagny pidió el coche.

Al llegar al Arco de la Estrella, D'Aubagny rompió el silencio.

—Sentiría—dijo—que os hubiera apenado lo que os he dicho.

—¿No lo habría sabido más tarde ó más pronto?

—¿Mr. Fabregues os lo ocultaba?

—¡Oh! En eso hacía bien.

—Quiere ser rico.

—La fortuna es muy cara á ese precio.

—¿Es esa vuestra opinión?

—Y la vuestra también, á lo que pienso.

—Sin duda... pero yo no he sido nunca puesto á prueba.

Elena respondía con cierta indiferencia, inquieta, descontenta, como si estuviese desligada de todo compromiso con Fabregues; pero á pesar de todo temblando por él, no sabiendo hasta que grado de infamia sería capaz de descender para conseguir su objeto.

Hubiera querido verle, interrogarle, aparecer ante él de pronto diciéndole:

—Lo se todo. Os engañáis creyendo que consenta en participar de una riqueza adquirida tan vergonzosamente. Es inútil que os deshonreís.

Bullian en su cabeza multitud de ideas encontradas, dominadas por la de esperar el término del plazo que había otorgado, y apartarse de aquellas intrigas y aquellos cálculos bajos y viles que reprobaba.

Cuando el coche llegó á la Concordia, D'Aubagny dijo á Elena:

—¿Tendréis vacaciones este año?

La joven tembló.

—¿Por qué lo preguntáis?

—¿Cuántos días?

—Quince, tres semanas tal vez.

—Si me atreviese... insinuó el barón.

—No es la timidez lo que de ordinario os embaraza, dijo ella riendo nerviosamente:

Atreveos.

—Os propondría acompañaros.

—¿Vos?

—¿Por qué no?

—¿Y adónde?

—Adonde queráis.

—No. Imposible. Sería peligroso. Gracias.

—Entonces, decidme únicamente adonde iréis.

—Seré franca...

—¿A Mont-Dore?

—Desde luego... á las cercanías, como todos los años.

—¿A la Bourboule... á Royat?

—No, no soy bastante rica para eso. Voy á Murols... Tengo allí una prima, posadera...

—¿Pero sola?...

—Siempre se encuentran compañeras. De Mont-Dore y Saint-Nectario á la Bourboule es un vaivén continuo, esta distracción me basta.

—Tenéis razón.

—¿De modo que este año haréis lo mismo que los otros?

—Sí.

—¿Iréis á Murols?

—Sí, sólo que...

—¿Qué?

—Otros años iba allí por amistad, y este...

—¿Este qué?

—Iré por curiosidad.

—¿Cómo?

—Puedo muy bien ir á Mont-Dore en secreto. Tengo allí amigos, los Rougat, los Minard y otros. Y allí veré á esa Matilde Borel.

—¿La odiáis, Elena?

—Os juro que no—contestó con gravedad.— ¡Dios me libre de odiar á esa desgraciada! La compadezco; por el contrario.

—Sea enhorabuena. ¿Estáis decidida?

—Decidida.

—¿No me queréis por compañero?

—No. Aparte de todo, vuestros hábitos de sibarita no se avendrían con la modestia de mi hospedaje...

—¿Que será lo que no embellezcáis con vuestra presencia?

—Las circunstancias son muy graves.

—¿Para quién?

—Para mí y para los demás.

—Pero al menos no me impediréis ir á visitar las ruinas de Murois.

—Estáis en vuestro derecho.

—Iré á saludaros.

Ella suspiró.

—Yo no pido más que ser una amiga para vos, bien lo sabéis, pero una amiga y nada más.

—¿Cuándo partiréis?

—No sé á punto fijo, pero vos sabéis donde estaré.

—¿Me avisaréis?

—Mi vida es bien conocida, y no tengo razones para ocultároslo más que á los demás.

El coche se detuvo en la esquina de la calle de Vignon.

Elena, después de dejarse estrechar la mano por D'Aubagny, entró en su casa sin volver la cabeza.

XVIII

Las buenas resoluciones de un hombre poseído por la pasión como lo estaba Fabregues, no bastan á refrenar los deseos locos que le hacen tomar aversión á todo lo que se interpone entre él y el objeto de sus deseos.

Desde su conocimiento con Elena, en esa intimidad á la cual ella se había prestado fácilmente, el doctor Fabregues había sido poco á poco dominado por una de esas pasiones que ciegan é impulsan á toda clase de sacrificios por quien las inspira, pero su pasión se había sobreexcitado en los últimos meses á consecuencia de los celos.

A las tres semanas de estar en Mont-Dore, experimentaba todo el frenesí de la impaciencia, inquietudes mortales, pensando que Elena estaba libre en París, lejos de él, entregada á las persecuciones de su rival, cuyo nombre ignoraba, pero cuya posición conocía desde la sorpresa de la calle Royale.

Estaba como sobre áscuas y tascaba el freno en silencio, no sin que advirtiesen su estado de ánimo sus criados y conocidos. El groom Sulpicio se complacía en hacer notar á sus camaradas el carácter irascible del dueño.

Entonces el personal doméstico se había aumentado con una cocinera llamada Catalina.

Los antiguos clientes del doctor solían presentarse á veces, y el doctor les enviaba á sus compañeros, con preferencia á los jóvenes, á Bandruc. Sabat y Chocagne, que no se lo agradecían.

A pesar de sus esfuerzos por hacer creer que había contraído un matrimonio puramente de amor, á los quince días de su llegada todo el mundo decía que se había casado con los cien mil francos de renta de Matilde.

El maligno groom se había encargado de propalar el rumor en secreto.

Sabat decía á sus compañeros:

—Fabregues nos humilla arrojándonos las migajas de su mesa.

Chocagne decía:

—Nos insulta con sus limosnas.

Solo Bandruc detendía al doctor.

—No os quejeis—decía—hace lo que puede. No va á partir con nosotros la dote de su mujer.

—Yo no la querria—replicaba Chocagne.—Aquí para entre nosotros, ese dinero es robado á la familia.

—¡Bah!

—¿No veis el estado de la pobre mujer?

En todas partes se hablaba del matrimonio de Fabregues: los médicos no le perdían de vista, comentando el extraño régimen que el doctor imponía á su mujer.

Consistía en una complicación de duchas, de vasos de agua, de aspiraciones de vapor y de inhalaciones capaces de destruir la salud más pujante.

Por la tarde paseos inacabables á caballo ó en coche, haciendo ascensiones hasta el pico de Sancy, el gigante de los montes Dore.

—Sí—decía Chocagne á Bandruc—se ha visto allí á esa criatura tan débil y tan delicada. Y Sabat añadía:

—Querrá acabar con ella, palabra de honor. Bandruc se encogía de hombros.

La historia del gascón preocupaba á todo el mundo.

Los literatos que se reunían en la librería Avenet, verdadera sucursal de la célebre librería del boulevard de los Italianos en la época de Achille, no dejaban pasar un día sin pedir noticias de la joven.

Entre los enemigos del doctor Fabregues, sólo había uno que fuese más prudente y á la vez más observador, el doctor Brousse, que siempre había mirado con antipatía á aquel intruso en sus dominios, y no por envidia, sino por cuestión de simpatías.

Había entre ellos verdadera incompatibilidad de caracteres.

Decía al doctor Jordal, su compañero y rival en Mont-Dore:

—Ese deshonrará al cuerpo médico.

Y Jordal, que era un buen muchacho, tomaba la defensa del invasor.

El doctor Brousse conocía una parte de la historia de Fabregues, sus excursiones secretas á Murols y sus entrevistas con la joven que todos los años pasaba algunos días con los Sauvats, y á la que se decía que amaba con locura. ¡Y de improviso se presentaba casado con una mujer que no viviría seis meses.

El viejo Brousse estaba alerta.

Había llegado á sus oídos que el elegante doctor no disimulaba sus ambiciosos deseos, y guardaba en la memoria cuantos pormenores se referían á Fabregues, dedicándose

á espiarle, sabiendo cada día cosas nuevas. No había fiesta, ni baile, ni función religiosa adonde éste no llevase á su mujer.

El doctor Brousse reflexionaba sobre este régimen con una enferma de tanta gravedad.

Un día se encontró á Fabregues y á su mujer en la calle.

La joven caminaba con ligereza, apoyada en el brazo de su marido.

El doctor Brousse clavó sucesivamente su escrutadora mirada con cierta piedad en los azules ojos de la enferma y con verdadera ferocidad en los de su colega.

Fabregues sostuvo aquella mirada sin turbarse.

Lejos de eso, contestó con un deferente saludo á aquella furibunda mirada y preguntó al viejo pontífice de Mont-Dore con tono amable:

—¿Estáis bien, querido doctor?

Este siguió su camino murmurando algunas palabras que podían muy bien ser tomadas por un cumplimento.

Cuando se alejó dijo Matilde á su marido:

—¿Por qué me miraría así?

—¿El doctor Brousse?

—¿Es ese, verdad?

—Sí. Es un original.

—Dicen que es el mejor médico de Mont-Dore.

—Bien. ¿Y Jordal? ¿Y yo?—dijo Fabregues sonriendo.—¿Y los otros?

—Es igual; pero me ha asustado.

Fabregues le tranquilizó y le dijo:

—Iré á ver á Jordal.

La hostilidad del doctor Brousse le inquietaba.

Aquel día Fabregues estuvo menos locuaz con su esposa.

Su pensamiento estaba en otra parte.

Pensaba que hacía ocho días Elena no había contestado á sus cartas, y se preguntaba angustiada la causa de aquel silencio.

Hubiera querido poder escapar á París, aunque fuese solo por veinticuatro horas.

Pero la siniestra tarea que se había propuesto le retenía en Mont-Dore.

Un accidente imprevisto debía precipitar el desenlace.

XIX

La mirada desconfiada del viejo Brousse había puesto en guardia á Fabregues.

Comprendió que necesitaba un amparo contra él.

La eficacia de las aguas de Mont-Dore es indiscutible; pero siendo peligrosas por su misma energía, exigen una mano experta que sepa administrarlas en la medida de las fuerzas del enfermo.

Además, un médico, por célebre que sea, no acepta nunca para sí solo la responsabilidad del tratamiento de los seres que le son queridos.

á espiarle, sabiendo cada día cosas nuevas. No había fiesta, ni baile, ni función religiosa adonde éste no llevase á su mujer.

El doctor Brousse reflexionaba sobre este régimen con una enferma de tanta gravedad.

Un día se encontró á Fabregues y á su mujer en la calle.

La joven caminaba con ligereza, apoyada en el brazo de su marido.

El doctor Brousse clavó sucesivamente su escrutadora mirada con cierta piedad en los azules ojos de la enferma y con verdadera ferocidad en los de su colega.

Fabregues sostuvo aquella mirada sin turbarse.

Lejos de eso, contestó con un deferente saludo á aquella furibunda mirada y preguntó al viejo pontífice de Mont-Dore con tono amable:

—¿Estáis bien, querido doctor?

Este siguió su camino murmurando algunas palabras que podían muy bien ser tomadas por un cumplimento.

Cuando se alejó dijo Matilde á su marido:

—¿Por qué me miraría así?

—¿El doctor Brousse?

—¿Es ese, verdad?

—Sí. Es un original.

—Dicen que es el mejor médico de Mont-Dore.

—Bien. ¿Y Jordal? ¿Y yo?—dijo Fabregues sonriendo.—¿Y los otros?

—Es igual; pero me ha asustado.

Fabregues le tranquilizó y le dijo:

—Iré á ver á Jordal.

La hostilidad del doctor Brousse le inquietaba.

Aquel día Fabregues estuvo menos locuaz con su esposa.

Su pensamiento estaba en otra parte.

Pensaba que hacía ocho días Elena no había contestado á sus cartas, y se preguntaba angustiada la causa de aquel silencio.

Hubiera querido poder escapar á París, aunque fuese solo por veinticuatro horas.

Pero la siniestra tarea que se había propuesto le retenía en Mont-Dore.

Un accidente imprevisto debía precipitar el desenlace.

XIX

La mirada desconfiada del viejo Brousse había puesto en guardia á Fabregues.

Comprendió que necesitaba un amparo contra él.

La eficacia de las aguas de Mont-Dore es indiscutible; pero siendo peligrosas por su misma energía, exigen una mano experta que sepa administrarlas en la medida de las fuerzas del enfermo.

Además, un médico, por célebre que sea, no acepta nunca para sí solo la responsabilidad del tratamiento de los seres que le son queridos.

Las dos celebridades médicas de Mont-Dore eran en aquella época los doctores Brousse y Jordal.

Seguro de la enemistad del primero, Fabregues se decidió á acogerse al amparo del segundo, que había demostrado siempre á aquel las atenciones que su natural benévolo tenía para todos.

Jordal era un tipo curioso.

Por su casa de la calle de Jardines habían desfogado los artistas más célebres del mundo.

Las paredes de su gabinete de consultas estaban adornadas con magníficos retratos, como ex votos de clientes reconocidos, que habían puesto al pie de ellos las más afectuosas dedicatorias.

Poniendo su bolsillo al servicio de sus convicciones, Jordal llevaba su entusiasmo hasta el punto de proteger espléndidamente á los jóvenes aprovechados y pagar á los artistas con verdadera prodigalidad las obras con que enriquecía sus salones.

El doctor Jordal tenía también otras debilidades: un corazón lleno de ternura y piedad bajo formas rudas, y el culto á la pesca con caña.

En su físico es un robusto aldeano de Lignagne. De cuarenta años, moreno y barbudo, el semblante reposado, el cráneo desnudo, las maneras bruscas y rústicas: tal es su persona.

Hombre de pocas palabras, expresa su opi-

nión con un gesto ó una frase, que siempre se comprenden.

En el fondo es un sabio modesto que huye la exhibición y el reclamo.

Sus descubrimientos por las enfermedades especiales forman época. Ninguno conoce mejor que él las fuentes de Mont-Dore, que ha estudiado con el ardor del sabio, pasando inviernos enteros entre las nieves de sus queridas montañas.

Al siguiente día del encuentro de Fabregues con el doctor Brousse, Jordal estaba tranquilamente en su gabinete, preparando, con uno de sus amigos, artista, la organización de una de esas *soirées* legendarias, que atraían tanta concurrencia á Mont-Dore.

—¿De modo que será un éxito, querido mio? —preguntaba el doctor Jordal.

—Contad con él.

—¡Soberbio!... Solo que nos queda poco tiempo.

—¿Y para qué queréis el telégrafo?

—¿Estais seguros del apoyo de la señora?...

—En cuanto se lo ruegue acudirá.

—¡Y la señorita?...

—Colosa como un tigre.... Ella querrá sobresalir sobre todas.

—¿Qué haremos?

—La veré.

—En fin, tenéis carta blanca.

—Estad tranquilo.

El artista, que era el barítono Melchi, el

alma de las *soirées* que hacen época en un establecimiento de baños, estrechó la mano del doctor; pero antes de irse lanzó dos ó tres notas formidables.

—Esto suena bien, doctor.

—¡Ya lo creo!

El artista se dió un puñetazo en el pecho con satisfacción y desapareció.

Poco después, cuando Jordal se recreaba con la perspectiva de lo que él llamaba su fiesta, el criado anunció al doctor Fabregues.

—Hacedle entrar—dijo Jordal, algo sorprendido por la visita.

El gascón sabía cuál era el lado débil de su compañero.

—¿Qué es lo que me acaban de decir, querido doctor? ¿Conque vamos á disfrutar un concierto soberbió?

—Durante diez dias.

—Gracias á vos...

—¡Eh!... ¡Eh!... Gracias á mí... y á otros—dijo Jordal, mientras hacía como si arreglase los papeles de su mesa. —¿Qué deseais de mí?

—Vengo á pedir os un favor.

—¿De qué se trata?

—Habéis sido siempre para mí el mejor de los compañeros.

—¡Oh!...

—Sí, y estoy sumamente reconocido. En este instante me encuentro en una grave situación.

—¿Es posible?

—Vais á verlo. Me he casado con una mujer á la que amo apasionadamente. Tiene veinte años, su salud no parece estar gravemente comprometida, sin embargo, no puedo sustraerme á ciertos temores. Su madre murió de tisis, que yo creía accidental y que después de mi casamiento he sabido que era hereditaria.

—Según se asegura, ha sido un matrimonio magnífico. Recibid mi enhorabuena.

El gascón movió la cabeza.

—Nada de eso—dijo:—esos son rumores sin fundamento, hablillas de envidiosos.

—Sin embargo...

—Os aseguro que este matrimonio es de lo más vulgar bajo ese punto de vista. He cedido al más puro y al más tiránico de los sentimientos.

—En fin, ¿qué deseais?

—Estoy atormentado por mis temores...

—¿Acerca de quién?

—De Matilde.

—¿Se llama Matilde?

—Matilde Borel.

—Se habla de millones...

—Lo que ha podido originar este rumor es que tiene una tía rica; pero comprendéis...

—¿Qué?

—La tía es aun joven y goza de una salud perfecta, y con mi experiencia de médico puedo asegurar que Matilde no poseerá jamás un céntimo de esta herencia hipotética. Bien comprendereis que no es el interés el que me ha impulsado.

Fabregues decía esto con verdadera emoción.

—Al grano,—dijo.—¿Qué deseais?

—Que consintais en visitarla dos ó tres veces á la semana.

—Como gustéis.

—Y que tengais á bien darme vuestra opinión sobre su estado y el tratamiento que se debe seguir.

—Nada más fácil.

—¿Creeis que yo empleo todos los medios posibles para contener el mal?

—¿Qué resultado habeis obtenido?

—Una mejoría muy sensible desde su llegada á Mont-Dore: recobra fuerzas y apetito, la respiración es más normal.

—¡Eh!—gritó Jordal con entusiasmo!—¿Qué aguas? He oido hablar de vuestra enferma, y según se cuenta, no le dais punto de reposo. ¿No temeis?

Fabregues tembló.

La pregunta de Jordal respondía á los rumores que corrían sobre el tratamiento á que estaba la joven sometida.

—Es preciso proceder enérgicamente. La verdad es que he obtenido una increíble mejoría... Ya veréis.

—¿Tenéis esperanzas?

—No.

—¿Por qué?

—No sé... vacilo, no me atrevo... ya veréis, vos veréis. Si me aconsejáis continuar como

hasta ahora, trataré... he hecho cuanto he podido... es un mal terrible... Y la amo mucho, sí, mucho,—añadió con un gesto de desesperación, para juzgar con serenidad.

Jordal le observaba con atención y no vió más que las señales de un dolor verdadero, que no dejaba de admirarle.

—Bien, bien,—dijo con su ordinaria rudeza:—iré. ¿Cuando queréis que vaya?

—A la hora que queráis.

—A la que digáis.

—¿Queréis mañana á las once?

—Bien.

Jordal saludó amistosamente á su compañero, que salió.

—¿Por qué representa esta comedia este bestia?—se dijo Jordal al quedarse solo.

Pero prevaleciendo su natural bondadoso, dijo:

—Después de todo, quizá es sincero. Ella es hermosa. ¿Por qué no adorarla? No me desagradaría este conocimiento. Le rogaré que asista á nuestro concierto.

Al siguiente día, después de un serio reconocimiento, dijo á Fabregues:

—Está muy mal, pero con grandes cuidados quizás podríamos salvarla, y en último caso, prolongarla la vida por mucho tiempo.

Fabregues se mordió los labios y no contestó.

XX

Algunas horas después, al volver Fabregues á su casa de su excursión por la campiña, Matilde había manifestado el deseo de descansar hasta la hora de la comida.

Por la primera vez desde su llegada, se quejó de gran laxitud, de desfallecimiento general.

El doctor se sonrió para tranquilizarla.

Aquello era la inevitable consecuencia del tratamiento á que la había sometido.

Ayudó á la paciente á acostarse y murmuró muy bajo á su oído ardientes palabras de amor que hicieron sonreír á la joven.

Al salir de su casa para entregarse á sus sueños por el parque, observó que su criado le seguía á alguna distancia.

Entonces volvió y le preguntó bruscamente: —¿Qué quieres?

La calle estaba llena de gente. Sulpicio puso un dedo en los labios y señaló un terreno desocupado situado entre dos quintas de recreo, construidas hacía poco.

El doctor penetró allí.

—¿Y bien, qué?

Sulpicio contestó solamente con estas palabras:

—Ella ha venido.

Fabregues no insistió en sus preguntas.

—El señor comprende — continuó Sulpicio con ironía bien disimulada, — que no podía dar-

le la noticia ante los criados y menos ante Juliana.

En efecto Juliana detestaba á Fabregues, que en su concepto, había ido á turbar la paz de la casa de Breville. Para ella, Fabregues era un malhechor vulgar.

Esta aversión estaba sostenida por ciertas cartas á que respondía en algunas palabras.

Estas cartas eran de la señora de Breville y del oficial Bures.

Este desgraciado había concebido un odio profundo contra el doctor Fabregues, que á sus ojos era culpable de un raptó agravado por el robo.

Juliana le tenía al corriente de cuanto sucedía en Montt-Dore.

Fabregues no dudaba acerca de los sentimientos de la criada, aunque esta los disimulaba cuidadosamente; pero no se atrevía á privar á su mujer del único servidor que le quedaba de su antigua familia.

Por el contrario, una de las habilidades del doctor era la de satisfacer los deseos de su esposa, y llevaba en esto su disimulo hasta el extremo de hacer elogios de Juliana, procurando á la vez captarse sus simpatías, aunque sin conseguirlo.

Ante la revelación de Sulpicio, vaciló un instante, pero se repuso en seguida.

—¿Dices que ella está aquí?

—Al menos estaba no hace mucho.

—¿La has visto?

- Como os veo á vos.
 — ¿En dónde?
 — En el concierto.
 — ¿Sola?
 — Completamente sola.
 — ¿Qué hacía?
 — Nada. Parecía buscar algo que no encontraba.
 — ¿Algo? — repitió maquinalmente Fabregues.
 — O á alguno... á vos tal vez.
 — ¡Qué imprudencia!
 — ¿Por qué? La conocen muy pocos. La imprudencia hubiera consistido en hablaros... y aun así, á un médico se puede dirigir cualquiera.
 — ¿Te ha visto?
 — No me he presentado ante ella.
 — ¿La has seguido?
 — ¡Podéis pensarlo!
 — ¿No ha hablado con nadie?
 — Sí.
 — ¿Con quién?
 — Con el doctor Brousse, vuestro amigo. La frente del gascón se contrajo.
 — ¿Qué habrán hablado? — murmuró.
 — ¡Ah!... Eso no lo sé. Pero sólo han cambiado dos frases... «Buenos días... ¿Sois vos? ¿Estáis bien?»
 El doctor Brousse conocía los montes de Auvernia como su propio jardín. Era uno de la media docena de sabios que pueden reinvin-

dicar como dominio suyo, por derecho de creación, Mont Dore, la Bourboule y Royat.

El doctor Brousse era uno de los asíduos de Murols y de la posada de los Sauvats.

Allí había visto más de una vez á la parisiense, como llamaban á Elena en casa de su prima.

No tenía, pues, nada de extraño que al encontrarla cambiase con ella un saludo. Después de todo, ¿qué importancia podía tener este detalle para Fabregues? ¿Qué le importaban las hostilidades y las antipatías, lo mismo las del doctor Brousse que las de los otros? En la partida que jugaba, tenía á su favor todas las suertes: tenía asegurada la opulencia; todo era cuestión de tiempo, y en todo caso, no mucho. ¡Con qué satisfacción arrojaría la máscara!

Con estas reflexiones dispóse pronto la mala impresión producida por las explicaciones del criado.

— ¿Y después? — preguntó con impaciencia, prosiguiendo su interrogatorio.

— Después, la joven fué á la rue Ramond y entró en la librería Avenet, donde estuvo un instante. La ví meterse un libro en el bolsillo. En la plaza mayor montó en un caballo y desapareció por la calle de Rigny. Como yo no podía disponer más que de mis piernas, permanecí tranquilo en mi puesto.

— De modo que salió de la población.

— Justamente.

— ¿En dónde está?

—No se necesita mucho para adivinarlo.

—¿En Murols?

—En casa de su prima, como en años anteriores.

—¿No me ha anunciado su viaje!—pensó Fabregues.

Sulpicio pareció penetrar el pensamiento de su amo.

—Ella debe tener miedo, porque no se sabe á qué manos pueden ir las cartas.

—Está bien—dijo el doctor—déjame.

—¿No necesita el señor de mis servicios?

—No.

—¿El señor come en el hotel?

—Sí.

El criado esperaba. Fabregues metió la mano en el bolsillo y dió un luis á Sulpicio.

—Come donde quieras—le dijo—tienes permiso.

—Muchas gracias, señor.

El doctor se fué hacia la rotonda y el parque.

El criado hizo saltar la moneda en su mano, y sacó la lengua.

—Francamente—dijo mirando el luis con desden—la noticia valía más.

El doctor, después de dar un paseo entre la multitud, se dirigió cada vez más preocupado hacia el hotel de Pavillón.

Miette estaba en la puerta hablando con Bandruc, riendo á carcajadas, pero al ver á Fabregues recobró la seriedad.

Los dos doctores se estrecharon las manos. La sirviente se disponía á marchar, cuando Fabregues la llamó:

—¿No habeis visto á Minard por aquí?—preguntó.

—Desde el mediodia.

—¿Va á volver?

—Esa es su costumbre.

—¿Queriais darle algún encargo?

—Que me busque un buen coche para mañana.

—¿Para ir adónde?

—Por la parte de Murols... á Murols probablemente.

—Está bien, señor Fabregues.

—Uha victoria de movimiento suave. La señora está delicada y me acompañará tal vez. ¿Puedo confiar en que la tendré mañana á las nueve?

—Sí, señor. ¿Vendréis á comer?

—Sin duda, en otro caso avisaría.

Se alejó y volvió en seguida.

—De cualquier modo, iré mañana á Murols. No lo olvidéis... á las nueve.

—Está bien.

Cuando quedaron solos, Bandruc miró á la criada sonriendo de un modo extraño.

—Creo que la pobre debe sufrir—dijo—con ese régimen, capaz de matar al más robusto. El viejo Brousse me lo decía esta mañana.

La conversación fué interrumpida por la llegada de una joven á caballo que venía del patio del hotel.

Miette se dirigió á ella y le dijo algunas palabras al oído.

La joven repitió por lo bajo:

—A Murols... mañana... bueno... Estaré allí. Gracias.

Era Elena. Sulpicio se había engañado: ella no se había marchado. Pero el error de Sulpicio era solo de una hora.

La joven saludó al doctor Bandruc y partió, poniendo el caballo al trote ligero, mientras que el médico y la criada se miraban de nuevo.

Miette dijo:

—Dejar á la una para casarse con la otra, ¿comprendéis eso?

—¡Canalla!—dijo Bandruc encogiéndose de hombros.

XXI

A la mañana siguiente, á cosa de las nueve, había en la posada de Faucón, en Murols, una actividad desusada.

La prima de Elena Brunoy, Rosa Sauvat, es una mujer pequeña y delgada, vivaracha como un pájaro; no tiene más que cuarenta años; su marido le lleva veinte. Ella lo dirige todo, cuida de todo y lo arregla todo.

Todo cuanto procede de París le inspira una aversión tanto mayor cuanto que tiene que disimularla.

Solo Elena Brunoy ha encontrado gracia á

sus ojos y acapara todos los afectos de su parienta.

Esta predilección se explica considerando que Rosa Sauvat no tiene hijos, y que la naturaleza humana necesita fijar en algo el afecto del alma.

Cuando la empleada de la señora Delivet iba á Murols, se hacía fiesta.

Debe decirse que Elena era tan simpática, tan alegre, tan buena muchacha, en una palabra, que merecía la pena que se tomaba por ella.

Figuras como la suya en una casa, grande ó pequeña, producen el efecto de un buen fuego de invierno, de un rayo de sol de estío, y bastan para embellecer una morada.

Calientan, distraen y confortan el ánimo.

Aquel día, la dueña de la posada Faucón se ocupaba en preparar extraordinarios de todas clases.

Se esperaba á un personaje de importancia, anunciado y recomendado por Elena Brunoy.

A las diez y media se oyó á la puerta ruido de cascabeles, al tiempo que una victoria se detenía ante la posada.

Todos los habitantes de la casa se asomaron á las ventanas, mientras que Rosa Sauvat y su prima corrían á la puerta.

En el coche venía un hombre corpulento, que al ver á la parisiense, se apeó con ligereza que nadie hubiera podido esperar de aquella masa de carne fresca y nutrida.

Miette se dirigió á ella y le dijo algunas palabras al oído.

La joven repitió por lo bajo:

—A Murols... mañana... bueno... Estaré allí. Gracias.

Era Elena. Sulpicio se había engañado: ella no se había marchado. Pero el error de Sulpicio era solo de una hora.

La joven saludó al doctor Bandruc y partió, poniendo el caballo al trote ligero, mientras que el médico y la criada se miraban de nuevo.

Miette dijo:

—Dejar á la una para casarse con la otra, ¿comprendéis eso?

—¡Canalla!—dijo Bandruc encogiéndose de hombros.

XXI

A la mañana siguiente, á cosa de las nueve, había en la posada de Faucón, en Murols, una actividad desusada.

La prima de Elena Brunoy, Rosa Sauvat, es una mujer pequeña y delgada, vivaracha como un pájaro; no tiene más que cuarenta años; su marido le lleva veinte. Ella lo dirige todo, cuida de todo y lo arregla todo.

Todo cuanto procede de París le inspira una aversión tanto mayor cuanto que tiene que disimularla.

Solo Elena Brunoy ha encontrado gracia á

sus ojos y acapara todos los afectos de su parienta.

Esta predilección se explica considerando que Rosa Sauvat no tiene hijos, y que la naturaleza humana necesita fijar en algo el afecto del alma.

Cuando la empleada de la señora Delivet iba á Murols, se hacía fiesta.

Debe decirse que Elena era tan simpática, tan alegre, tan buena muchacha, en una palabra, que merecía la pena que se tomaba por ella.

Figuras como la suya en una casa, grande ó pequeña, producen el efecto de un buen fuego de invierno, de un rayo de sol de estío, y bastan para embellecer una morada.

Calientan, distraen y confortan el ánimo.

Aquel día, la dueña de la posada Faucón se ocupaba en preparar extraordinarios de todas clases.

Se esperaba á un personaje de importancia, anunciado y recomendado por Elena Brunoy.

A las diez y media se oyó á la puerta ruido de cascabeles, al tiempo que una victoria se detenía ante la posada.

Todos los habitantes de la casa se asomaron á las ventanas, mientras que Rosa Sauvat y su prima corrían á la puerta.

En el coche venía un hombre corpulento, que al ver á la parisiense, se apeó con ligereza que nadie hubiera podido esperar de aquella masa de carne fresca y nutrida.

El viajero alargó la mano á la joven, que le abandonó amistosamente la suya.

Los criados le examinaban con curiosidad.

Nunca habían visto un viajero más robusto ni mejor vestido.

Era Pablo d'Aubagny vestido con todos los primores de la última moda.

En aquella magnífica y ardiente jornada de agosto, acababa de dar un paseo encantador, á cuyo término encontraba dos perspectivas á cual más agradables: la de una joven cuyo recuerdo tenía siempre presente y la apetitosa de una cocina de la que se escapaban multitud de perfumes excitantes.

Fijó una prolongada mirada en su amiga de París, y le dijo:

—¡Qué hermosa sois!

La galantería no era excesiva.

Elena estaba encantadora, adorable.

Sin embargo, no se había esmerado en su *toilette*, ni tenía necesidad de ello.

Nada más sencillo que su traje claro de tela de Oxford; pero tan bien cortado, dibujando tan bien las formas hermosas de la joven, fresca como la primavera, que valía por todas las telas de Worth y de Félix.

—¿De dónde venís? le dijo sonriendo.

—Salí ayer de Royat por la mañana, y he pasado la noche en casa de un amigo, en los alrededores de Saint-Nectaire. Es un camino largo.

Y añadió en seguida:

—Pero creed que no lo siento.

Ella le condujo á la cocina.

—¡Caramba!—dijo él;— se está muy bien aquí.

—¡Y qué buenas gentes!—dijo ella mirando á su prima, que se contuvo para no abrazarla.—Ya veréis.

—¿Qué se come?—preguntó humeando las cacerolas.

Las provisiones abundaban, la mesa estaba dispuesta, y pronto el viajero se encontró sentado enfrente de su compañera, donde volvieron á encontrarse tan lejos de París.

Después de dar satisfacción á un hambre devoradora, el barón preguntó:

—¿Desde cuándo estáis aquí?

—Hace ocho días.

—¿Habéis ido á Mont-Dore?

—Dos veces.

—¿Le habéis visto?

—No—contestó sencillamente Elena.

—¿Y á Matilde?

—Tampoco.

—¿No habéis oído hablar de ellos?

—Sí.

—¿Qué se dice?

—No se puede juzgar... El sigue un tratamiento...

Y añadió con viveza:

—Por lo demás, si queréis saber algo, puedo indicaros un medio.

—¿Cual?

—Voy á decíroslo.

Entonces Elena entró en pormenores. Conocía á Miette años hacía.

Miette era una hija del país, educada en Faucon, adonde había ido á los diez años. Después, á los diez y ocho años, se había colocado en Mont-Dore.

Conoció al doctor Fabregues en el hotel Pavillón.

Miette no decía lo que había pasado entre ellos; pero era fácil conocer que ella, por una razón ó por otra, no quería á Fabregues. La joven hablaba tranquilamente y sin pasión.

Como había dicho algunas veces, no estaba por los grandes sentimientos: no veía en la vida más que una serie de jornadas más ó menos penosas, con los cuidados del presente, y sobre todo los del porvenir, demasiado pesados para jóvenes como ella.

Ciertamente, Fabregues había perdido mucho, en su concepto; pero ella hablaba sin amargura, con indiferencia.

Procuraba excusar por esa terrible razón de la necesidad su ambición desenfrenada; pero tenía que juzgarla, poco más ó menos, tan severamente como la juzgaba el barón D'Aubagny. Sin embargo, ella hubiera querido conocer razones, porque en el del corazón de las mujeres más honradas hay siempre una voz que habla misteriosamente en favor de los culpables cuando son culpables impulsados por el amor.

—¿Para qué verle?—objetó el barón, mirándola fijamente.—Después de su indigna conducta debéis hacer cuestión de honor el romper definitivamente con él.

—Quizá; pero yo quisiera oírle.

—Escuchad—replicó D'Aubagny, animándose.—Os profeso estimación, una gran estimación. Tengo experiencia, y sé á qué tristezas y á qué desfallecimientos están expuestas las jóvenes de vuestra condición; pero yo no podía seguir estimándoos así si la conducta del doctor no os inspirase todo el desprecio que merece. Lo que ha hecho es una verdadera infamia, un odioso abuso de confianza...

—Vamos—dijo ella, apaciguándole con un gesto,—calmaos, os lo suplico. ¿Puedo olvidar tan pronto las pruebas de amistad que me ha dado ese desgraciado? Antes de condenar á un acusado, hay que escucharle. Estad seguro de que si hay infamia en su conducta, yo no soy su cómplice, y procuraré demostrarlo...

—¿Cómo?

—Con una prueba de que no podéis dudar.

—¿Cuál?

—Si Miette no quiere al doctor, siente hacia mí sincera amistad. La conozco hace mucho tiempo. Además, ayer he estado en Mont-Dore...

—¿Y qué?

—En el momento en que iba á partir, ella me anunció un proyecto del doctor.

—¿Debe venir aquí quizá?...

—Hoy mismo.

—¿Habrá sabido que estáis aquí?

—Es seguro.

—¿Por vos?—preguntó D'Aubagny con aire receloso.

—No; por alguien que me habrá visto. Por lo demás, ¿qué importa que lo haya sabido? ¿No es necesaria una última explicación entre nosotros?

—Tal vez.

—Antes ó después la hubiéramos tenido. Lo mismo aquí que en cualquier parte. Así pues...

Se detuvo para examinar la fisonomía del barón, que revelaba la inquietud de los celos.

—¿Así pues?...—repitió él.

—He trazado un plan, en el que he pensado durante la noche. Yo tengo en mucho la estimación que me demostráis constantemente, y os agradezco con el alma el haberla conservado á pesar de las apariencias. ¡Si supieseis!... ¿Acaso podemos nosotras proceder de otra manera, nosotras que no tenemos padres, ni apoyo, ni consejos?

En un momento de emoción exhaló un suspiro; pero recobró al instante su aspecto placido y resignado.

—Puesto que estáis aquí, ved lo que hacemos.

—Os escucho.

—Es probable que el doctor venga pronto... á la hora de almorzar, sin duda.

El reloj de la cocina dió doce campanadas.

—Es mediodía. La hora á que le espero.

—¿Y después?—preguntó el barón con ansiedad.

—No es necesario que me encuentre aquí.

—¿En dónde?

—Ya he prevenido á mi prima: le diré que estoy sola en las ruinas del palacio...

—¡Sola!—dijo el barón inquieto.

—Vendréis conmigo... pero apresurémonos, podemos ser sorprendidos.

En seguida llamó.

—Mariana.

En seguida se presentó una criada.

—Pronto, el café del señor.

—Conozco—continuó—todos los rincones de aquellas inmensas ruinas... Os serviré de guía, y me obedeceréis... Tengo un plan... Ya veréis...

Mientras el barón tomaba el café, Elena fué á la cocina y habló un instante en voz baja con su parienta, volviendo en seguida al comedor.

—Venid—dijo—no tenemos tiempo que perder.

Era verdad.

Por el extremo de la calle avanzaba lentamente un coche.

En el momento en que la joven y su compañero salían por una puerta, el doctor Fabregues entraba por otra.

Pero ya los pájaros habían volado.

XXII

El doctor Fabregues había, seguramente, preparado también su plan, esperando un resultado favorable, porque al entrar en la casa, su mirada expresó un gran júbilo.

¿Qué lo producía?

¿La presencia de Elena Brunoy, de la que estaba separado seis semanas hacía, y la certidumbre de que allí estaba libre de las tentaciones de París?

Tal vez.

Tal vez también el estado en que había dejado á Matilde en Mont-Dore.

Había creído á veces en una verdadera resurrección de su enferma, y ¿quién sabe si en otras manos no hubiera sido posible la curación?

Además, aquella misma mañana, examinando á la joven se había convencido de que la mejoría obtenida á su llegada, cedía ante una nueva acometida de la enfermedad.

Esto le causaba una execrable alegría.

Lo que deseaba era la libertad.

La muerte de aquella desgraciada criatura podía devolvérsela.

A sus ojos, aquel nuevo ataque de la enfermedad era decisivo.

En adelante, todo para él era cuestión de tiempo.

¿Cuánto se haría esperar la solución deseada? Su primera palabra al ver á Rosa Sauvat, que salió á su encuentro sonriéndole, fué:

—¿Y Elena?

—No os esperaba.

—¿Está ausente?—preguntó Fabregues temblando.

—No os aflijáis. Ha ido á dar un paseo. Hace tan buen tiempo...

—¿Por qué lado?

—No estoy cierta; pero creo que esté en las ruinas.

—¿Sola?

—Es probable, á menos que no haya encontrado alguna persona conocida.

—¿Tenéis mucha gente?

—Muy poca. Casi todos pasajeros. ¿Queréis almorzar?

—Claro—dijo el doctor distraído;—pero en seguida.

—¿Qué queréis?

—Lo primero que haya á mano; pronto.

—No tenéis más que sentaros á la mesa.

Fabregues entró en la habitación que acababan de abandonar D'Aubagny y la joven.

Algunos minutos después salía el doctor, mientras le decía la patrona:

—¿Cómo? ¿Tan pronto?

—No puedo estar aquí mucho tiempo.

—No estáis solo en Mont-Dore. ¿Qué es eso que me han dicho, de que os habíais casado, pero haciendo un soberbio casamiento?

—No tan brillante... Siempre se exagera... pero es una mujer encantadora... Solo hay una sombra en ese cielo. Su salud es tan delicada, que me causa gran inquietud.

La posadera se sonrió irónicamente.

—¿No hacéis milagros en Mont-Dore?—preguntó.

El doctor ya no le escuchaba. Salió de la posada y desde la mitad de la carretera examinaba el horizonte por todos lados. Después de orientarse entre los caminos de las cercanías para descubrir el que conducía á Murols, tomó su partido y se perdió por una avenida por la que había paseado más de una vez con Elena.

Pronto llegó á la ruinoso puerta del palacio.

La vieja encargada del cuidado de las ruinas estaba advertida, sin duda, porque al ver al doctor le dijo:

—¿Sois vos, doctor?... No se os ha visto en todo el año.

El contestó con algunas frases vacías:

—Falta el tiempo para todo.... Ya comprendéis... No se puede estar en todas partes... ¿Hay alguien ahí dentro?...

—Una ó dos personas... No puedo decíroslo con seguridad.

—¿Se puede entrar?...

—Vos siempre podeis hacerlo.

El doctor entró.

El lugar en que se hallaba era verdaderamente imponente y estaba impregnado de la salvaje poesía del pasado.

No es fácil caminar por entre aquellas ruinas colosales. Un extranjero se pierde con mucha facilidad.

El doctor, después de franquear la caseta de los guardianes, se encontró en un patio lleno de escombros y rodeado por altas paredes, en las que se destacaba una vegetación exuberante de yerbas parásitas, que van asaltando la vieja fortaleza, apoderándose de ella poco á poco, dislocando sus masas basálticas, penetrando páfidamente por los intersticios de las piedras é introduciéndose por todas partes.

No se puede penetrar. sin sentir el corazón oprimido, en esos soberbios edificios que no han podido resistir la acción destructora del tiempo.

La curiosidad, sin embargo, nos impulsa y se avanza por entre escombros como si quisiéramos sorprender los misterios del pasado y el secreto de los muertos que han abrigado allí sus amores ó sus ambiciones.

El doctor Fabregues caminaba á la ventura, perdido en aquel dédalo, por encima del cual se veía de vez en cuando un trozo de cielo de extraordinaria limpidez.

Escuchaba atentamente los ruidos interiores y sólo percibía á intervalos el balido de las cabras que pacían en los fosos.

Por lo demás, permanecía indiferente ante el espectáculo de las grandiosas ruinas. Por fin llegó al pie de una escalera tallada en el espesor del muro de una enorme torre, que debió ser la más alta de aquel formidable recinto.

Al llegar al último piso lanzó un suspiro de satisfacción.

Acababa de distinguir en el extremo opuesto lo que él buscaba.

Elena estaba allí, vuelta de espaldas al sitio por donde apareció el doctor y absorbida en la contemplación del magnífico panorama que se extendía ante sus ojos.

El doctor se acercó á ella cautelosamente, siguiendo un peligroso camino de ronda suspendido en el vacío.

Al ligero ruido que hizo, á pesar de sus precauciones, ella se volvió, aparentando gran sorpresa al ver al doctor.

—¿Vos?—dijo con dureza.

—Sí, yo, que vengo hacia la montaña.

—¿Porque la montaña no va hacia vos?

—Justo.

—¿Qué había de hacer?—preguntó ella en el mismo tono.

—¿No estuviste ayer en Mont-Dore?

—¿Os lo han dicho?

—Sí.

—Algunos amigos complacientes...

—¿Por qué me lo habían de ocultar?

—Porque me parece que en vuestro nuevo estado mi presencia tiene poco interés para vos.

—Ah! ¿Sabes?...

Lo sé todo. No es tan fácil como creéis ocultar actos tan públicos como el matrimonio. Sólo me admira que yo haya necesitado saberlo por otros y no por vos...

—¿No te había ya advertido?

—Con algunas frases ambiguas, es verdad. Pero ¿á qué este misterio? No entiendo estas intrigas que tanto os agradan.

—No me agradan... Me he decidido á ello por necesidad.

En el curso de esta conversación, Fabregues había avanzado lentamente hasta el sitio en que ella estaba.

—Estás enfadada conmigo —murmuró el doctor haciendo ademán de cogerle la mano.

Ella la retiró sin afectación.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Por vuestro casamiento? ¿No conserváis vuestra libertad como yo conservo la mía? Si os hace feliz, yo lo seré también. Es, á lo que parece, un gran negocio el que habéis hecho al casaros.

Esta última frase fué pronunciada con intención cruel.

—A los demás les digo lo contrario; pero á ti, Elena, puedo confesarte la verdad... ¡Negocio soberbio, en efecto!—dijo cínicamente Fabregues.

—Se dice—continuó Elena—que esa joven es muy hermosa.

--Es verdad.

--Muy distinguida, muy buena...

--No te han engañado.

--Os felicito. ¿A cuánto asciende su fortuna?

--No lo sé con exactitud.

—Aproximadamente.

—Unos cien mil francos de renta.

—Hermosa cifra. Espero que os asegure la prosperidad.

—No me he casado con otro objeto.

—¿De apoderaros de su fortuna?

—De disfrutar al menos la que ella posee.

—¿Durante vuestra vida?

—Con una parte del capital.

—La renta bastaría —dijo Elena;— después de vos el diluvio. ¿Para qué ambicionar más?

Es imposible dar idea de la sardónica amargura con que la joven hacía estas preguntas á su antiguo amigo y la glacial tranquilidad de sus respuestas.

Pero era fácil adivinar que estaban representando una comedia los dos.

Por parte del doctor, la serenidad solo estaba en la superficie.

En el temblor de su voz, en el brillo de sus ojos, en las contracciones mal reprimidas de su faz enérgica, se revelaba la pasión que cobijaba su pecho; mientras que la indignación y la cólera de Elena eran todo lo grandes que podían serlo en aquella alma plácida y dulce.

—De modo.—dijo ella al cabo de un instante—que sois dichoso, puesto que habéis realizado el sueño de vuestra vida.

—¡Dichoso! —murmuró él, — distingamos. Eso depende de ciertas circunstancias futuras.

—¿De cuáles?

—De recobrar mi libertad, por ejemplo.

—No os comprendo.

—¿Pensáis que la he enajenado para siempre?

—El matrimonio es de por vida.

—La vida puede ser corta,—dijo Fabregues bajando involuntariamente la voz.

—Solo Dios sabe lo que puede durar,—objetó Elena,—y vuestro deber es prolongarla.

El doctor soltó la carcajada.

—¡Dios! —dijo con aire de duda.

—¿De qué vida habláis?—preguntó Elena.— ¿De la vuestra ó de la... de otra persona.

—Vamos—dijo con impaciencia,—no te haga la desentendida. Sabés más de lo que dices.

Tienes amigos á quienes habrás consultado, y no será la última Miette, esa joven que me detesta...

—¡Miette! Nunca me lo ha dicho, ni me lo ha demostrado.

—Me odia—repitió Fabregues con energía.

—¿Por qué?

—¿Qué sé yo? Las simpatías ó la antipatía de las mujeres tienen motivos muy raros. Miette ha debido enteraros de todo; que me he casado con una joven cuya existencia pende de un hilo, cuya muerte es cuestión de días, según el doctor Brousse, otro enemigo mio... Brousse no es el único que me odia por rivalidades de profesión; hay otros, además de ese Chocagne, que me execra. Pues bien, en este desencadenamiento de malicias y de envidias, no te han podido decir más que una verdad, que me he casado con una mujer que tiene sus días conta-

dos, y que lo he hecho por amor á otra, y que esta otra se llama Elena Brunoy.

—¡Ah! ¡Callaos!

El doctor comprendió el desprecio que inspiraba á la joven y tuvo un acceso de cólera.

—¿Soy acaso algún desconocido para tí? gritó.—¿No conoces el fin, aunque ignores el medio? Acuérdate. Hace dos años que te amo ardientemente, con la cólera de la medianía, digamos la palabra, casi de una miseria que no quiere someter el objeto amado á las privaciones y á las bajezas que la miseria impone. He guardado para mí los esfuerzos, las tentativas las luchas, no queriendo asociarte más que al éxito y á los goces del porvenir. Rechazado por todos, contrariado siempre, sin vivir, vejeando, siempre en acecho de irrisorios y mezquinos beneficios que solo me servían para prolongar la lucha, tropecé al fin con un negocio... he soltado la frase, pues bien, sí... un negocio... Entre nosotros, mi camarada Bordat y su insolente amigo el barón D'Aubagny, deben despellejarme. Ellos son incapaces de comprender ciertas cosas, porque son unos favorecidos de la suerte, y no han tenido nunca que luchar para adquirir esa feroz moneda de cien sueldos que no hubieran dejado de coger con más ansia que los que menosprecian. Yo hubiera querido verlos transidos de hambre, trabajando á las órdenes de un jefe.

—Concluyamos—dijo ella.

—¿Te acuerdas de nuestra conversación, aquella en que sufrí tanto?

Ella hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

—¿No habrás olvidado tu promesa?

—De no escuchar ninguna proposición antes de seis meses.

—De permanecer libre... para mí.

—Quise calmar un acceso de locura. Vuestra imaginación me veía entre pretendientes. ¡Pobre de mí! ¡no estoy rodeada de tantos peligros! Nadie piensa en mí... pero quise tranquilizaros y prometí...

—Si te fijé un plazo—continuó Fabregues—fué porque lo necesitaba para proporcionarte el bienestar que otros te ofrecen seguramente. Uno de mis amigos, el doctor Bordat, acababa de ponerme en relaciones con una joven, una herejera, aflijida por una de esas enfermedades que no perdonan. Bordat me consultó. Yo hablé de Mont-Dore, donde se han visto prodigiosas curaciones, pero el mal de la joven debía ser implacable. Lo comprendí al primer golpe de vista.

Entonces surgió una idea en mi mente. No eran mucho seis meses de sacrificio y de paciencia, á cambio de asegurarme el porvenir. ¿Qué me faltaba para llegar á mi objeto? Agradar, y esto no era para mí tarea difícil. Se trataba de representar una breve comedia de amor y tomé mi partido al sorprender un destello de amor en los ojos de mi enferma. El resto lo

comprendes. El médico es también un confesor. Hablé respondiendo á las confidencias de esta pobre joven que se aferraba á la vida con todas sus fuerzas, le prometí curarla, le juré eterna adhesión, juramento que no necesitaba sostener más que hasta la caída de las hojas.

Ya sé—continuó colérico al observar un gesto desdefioso de Elena—ya se lo que me vas á decir, que es vergonzoso lo que he hecho, bajo y vil. ¿Es culpa mía? ¿Por qué he nacido bajo mala estrella, obligado á lanzarme á la lucha de la vida, sin apoyo, sin recursos ni protección? Después de todo solo tú tienes el derecho de acusarme.

Yo no he obligado á esa joven á aceptar mi nombre, ni hay ley que prohíba casarse con una moribunda. Se hablará del honor, palabra vaga, cuyo sentido varía según las circunstancias y las personas. ¿Soy yo solo quien busca en el matrimonio la riqueza? No faltarán parientes que digan que les he robado. ¿Qué me importa? Tú solamente podrías acusarme de traición si no tuvieras la seguridad de que mi corazón no ha dejado de ser tuyo...

Se detuvo observando á Elena.

Ella le escuchaba atentamente, en apariencia impassible. A veces un fruncimiento de cejas, un repliegue de los labios, revelaban su impaciencia, su sorpresa ó su indignación. Otras una palabra salida del alma, porque Fabregues era sincero al hablar de su pasión por ella; revelaba en su rostro pasajera emoción.

¿Qué mujer, por pura que sea, es insensible al amor que inspira?

Elena no dejó escapar ni una palabra de censura.

—¿De modo—dijo—que esa mujer morirá de esa enfermedad?

—Seguramente.

—¿No hay ninguna probabilidad de curación?

—Ninguna.

—Sin embargo, le habéis prometido salvarla.

—Esa es la vana promesa que se hace á todo enfermo para aliviar sus sufrimientos y mantener en él quiméricas esperanzas.

—Pero en vos era una mentira para realizar vuestros proyectos.

—Tal vez; ¿pero no era también una obra de caridad?

—Sea así. Me habéis pedido seis meses de espera.

—Efectivamente.

—¿Es que habéis fijado la época de su muerte?

—No vivirá mucho... la ciencia...

—La ciencia se engaña: me lo habéis dicho cien veces vos mismo.

—Es verdad; pero no se engañará en este caso.

—¿Estáis seguro de ello?

—Segurísimo.

—¿Y si á pesar de todo?...

—Es inútil insistir. No vivirá mucho.

El tono incisivo del doctor heló el alma de Elena.

La energía con que se expresaba era de mal augurio.

Evidentemente iba por una pendiente en que no le detendría nada.

—Concedamos eso también—dijo ella esforzándose.—¿Y después?

—Después—dijo él acercándose á la joven—¿no comprendes el porvenir que nos espera? Rico, después de haber mantenido en el alma de esta desgraciada la ilusión del amor y la quimera de la esperanza, volvería á tu lado al expirar el plazo convenido.

—¿De modo que está señalada de antemano la hora de su muerte?

—Con certidumbre.

—¿Sois un terrible calculista!

—Lo he combinado todo... Todo lo he pesado, todo lo he medido...

—¿Y no sentís remordimientos?

—¿Por qué?

—Por ver sufrir...

—Endulzaré sus sufrimientos lo que pueda.

—A la que expirará en vuestros brazos, sorprendiendo tal vez la ávida mirada con que acecháis su postrer suspiro.

—Los médicos están familiarizados con la muerte.

—¿Y habéis creído que yo consentiría en ocupar el puesto de esa infortunada?...

La pregunta fué hecha con dulce inflexión de voz.

—Esa es mi más firme esperanza—murmuró Fabregues.—Ya sabes lo que te pedido y lo que tú me has prometido. Te he suplicado que no te admiraras de nada, estando segura de mi inalterable amor. ¿Mantendrás tu promesa?

—Sin trabajo, os lo juro, porque me hacéis odiar el amor con tales cálculos.

—¿Qué dices?

—Y el dinero, si para adquirirlo hay que recurrir á tales infamias.

—¿Elena!

—Os compadezco por amar hasta ese punto la riqueza. Yo, tan pobre como soy, incierta del porvenir, expuesta á tantas incertidumbres y asechanzas, no he pensado nunca en mejorar de posición por medios reprobados. Sigo el camino en donde me ha colocado la suerte, descorazonada por mi desgracia; pero satisfecha por no tener que acusarme y con un secreto deseo en el alma: el de encontrar un compañero en este viaje de la vida, que me sostenga y cuya amistad me la haga llevadera. Creí que le había encontrado, pero ahora he perdido la fe... La habéis muerto vos.

—¿Yo!—gritó él.

—Sí.

—Elena, te suplico...

—Será inútil. ¿Cómo habéis podido pensar que yo aceptaría la herencia de esa pobre mujer... que me aprovecharía de un dinero gana-

do de ese modo? Ocupando su puesto, me parecería verla siempre crédula y engañada. confiándose á los cuidados de un hombre que no esperaba más que su muerte y contaba sus días. Oiría su quejido en mi lecho nupcial, la vería pálida y amenazadora, acusarme por mi lujo usurpado, robado gracias á una indigna superchería. Vuestro cálculo ha sido exacto para vos, falso por lo que á mi toca. Ella ha caído en el lazo que le habéis preparado... Llegad hasta el fin si os atrevéis... Vuestra acción es un crimen, y yo no compartiré el precio de ese crimen...

—¡Un crimen!

—¿Cómo lo llamaréis entonces?

—Este crimen lo cometo por tí.

—Habéis hecho mal. ¿Por qué no me consultasteis? Entonces os hubiera dicho que el primer bien es una conciencia tranquila, que la medianía, adquirida por el trabajo, vale más que una riqueza mal adquirida, que no me seducen los goces de la vanidad hasta el punto de cegarme, como á vos, y que prefiero el hombre ambicioso que erais, pero sencillo, trabajador y honrado que me ame por mí, sin necesidad de un lujo mal adquirido que me haga más agradable á sus ojos.

—De modo—dijo él con despecho, que me he deshonrado inútilmente á mis propios ojos; que he engañado en vano á esta mujer imponiéndome la tortura de asistir á su lenta y dolorosa agonía, y habré ganado para nada esta

fortuna, con la que aspiraba á conquistar tu afecto?

La joven no contestó.

El la atrajo hacia sí con violencia.

—Eseucha—continuó con voz colérica,— desde hace años eres mi ideal, mi locura, mi suplicio y mi alegría; por obtenerte lo he intentado todo. Es imposible que sea verdad lo que dices.

—Si—contestó ella sencillamente.

—¡Creo ser juguete de un sueño! ¿Es decir, que rechazarás esa fortuna por vanos escrúpulos?...

—Quiero estimar al esposo que elija.

—¿Es decir, que me desprecias?...

—No desprecio á nadie... No juzgo á los demás... pero me aconseja una voz interior...

Al decir esto, él la apretó con tal violencia, que la joven lanzó un grito de dolor.

—¡Tened cuidado!—dijo—¡me lastimáis!

—¡Ten cuidado tú!... Una pasión como la mía es peligrosa cuando se la exaspera!

—¡Calmaos!—dijo ella vivamente.—¡Alguien viene!

Se oía, en efecto, ruido de pasos en la escalera y voces que se aproximaban.

—¿Es esa la última palabra?

—¿No es uno dueño de sus sentimientos?—contestó ella evadiéndose.— Reflexionaré.... Veré....

El repitió:

—¡Ten cuidado! ¡Lo que he hecho, lo he he-

cho bajo la fe de tu promesa!... ¡Mantenla, por lo pronto! ¡Después... ya veremos!

—¡Yo no tengo más que una palabra! ¡la cumpliré! ¡Esperaré!

—¡Adiós, pues! ¡Pero cualquiera que sea tu resolución, piensa que si no eres mía, no serás de nadie!

Ella hizo un gesto de duda y de resignación á la vez.

En el momento en que los paseantes, cuyas voces se habían oído, llegaban á la torre, el doctor desapareció por la escalera por donde había subido.

Entonces la joven se inclinó sobre la senda suspendida en el vacío, y llamó con un grito.

Apareció una cabeza ligeramente congestionada, tanto por la emoción como por los ardientes rayos que el sol del Mediodía dejaba caer sobre las ruinas.

Era la cabeza del barón Pablo d'Aubagny.

XXIII

Al tiempo que esto sucedía en Murols, Matilde estaba encerrada en su habitación, en su pequeña casita de Mont-Dore.

El sitio no era á propósito para despertar ideas alegres.

Era una de esas habitaciones de baños desprovistas de esos objetos familiares cuya compañía nos es grata como la de antiguos y buenos amigos.

Los muros estaban decorados con un papel claro, para evitar que la humedad, estropeando las pinturas y los dibujos, hiciera precisa la renovación frecuente.

El único mueble algo comfortable era una meridiana que Fabregues habia comprado en Clermont, diciendo á la joven:

—¿Qué importa el interior de la casa? Allí está la salud.

Y á la vez señalaba con un gesto las montañas, entre las que se ocultan Mont-Dore y sus bienchores manantiales.

Por algún tiempo, Matilde habia prestado fe á estas falaces promesas.

¡La salud! ¡La vida! ¡Con qué afán esperaba la realización de esta profecía, en que no creía el profeta mismo!

Sin embargo, parecia justificada.

El aire puro y ligero de las montañas, la eficacia y la virtud de las aguas de Mont-Dore habian prestado fuerzas á la joven en los primeros días de tratamiento.

Pero á esta efimera resurrección sucedió el desfallecimiento, y la doliente pasaba casi todo el día postrada.

Aquel día, Matilde, después de almorzar sola, tendida como una oriental sobre su diván, miraba con indiferencia la gente que discurría bajo sus ventanas.

¡Cómo echaba de menos París y el Grand Hotel, el palacio de Breville y sus perspectivas; los viejos criados que tanto la querian y en cu-

cho bajo la fe de tu promesa!... ¡Mantenla, por lo pronto! ¡Después... ya veremos!

—¡Yo no tengo más que una palabra! ¡la cumpliré! ¡Esperaré!

—¡Adiós, pues! ¡Pero cualquiera que sea tu resolución, piensa que si no eres mía, no serás de nadie!

Ella hizo un gesto de duda y de resignación á la vez.

En el momento en que los paseantes, cuyas voces se habían oído, llegaban á la torre, el doctor desapareció por la escalera por donde había subido.

Entonces la joven se inclinó sobre la senda suspendida en el vacío, y llamó con un grito.

Apareció una cabeza ligeramente congestionada, tanto por la emoción como por los ardientes rayos que el sol del Mediodía dejaba caer sobre las ruinas.

Era la cabeza del barón Pablo d'Aubagny.

XXIII

Al tiempo que esto sucedía en Murols, Matilde estaba encerrada en su habitación, en su pequeña casita de Mont-Dore.

El sitio no era á propósito para despertar ideas alegres.

Era una de esas habitaciones de baños desprovistas de esos objetos familiares cuya compañía nos es grata como la de antiguos y buenos amigos.

Los muros estaban decorados con un papel claro, para evitar que la humedad, estropeando las pinturas y los dibujos, hiciera precisa la renovación frecuente.

El único mueble algo comfortable era una meridiana que Fabregues habia comprado en Clermont, diciendo á la joven:

—¿Qué importa el interior de la casa? Allí está la salud.

Y á la vez señalaba con un gesto las montañas, entre las que se ocultan Mont-Dore y sus bienchores manantiales.

Por algún tiempo, Matilde habia prestado fe á estas falaces promesas.

¡La salud! ¡La vida! ¡Con qué afán esperaba la realización de esta profecía, en que no creía el profeta mismo!

Sin embargo, parecia justificada.

El aire puro y ligero de las montañas, la eficacia y la virtud de las aguas de Mont-Dore habian prestado fuerzas á la joven en los primeros días de tratamiento.

Pero á esta efimera resurrección sucedió el desfallecimiento, y la doliente pasaba casi todo el día postrada.

Aquel día, Matilde, después de almorzar sola, tendida como una oriental sobre su diván, miraba con indiferencia la gente que discurría bajo sus ventanas.

¡Cómo echaba de menos París y el Grand Hotel, el palacio de Breville y sus perspectivas; los viejos criados que tanto la querian y en cu-

yos ojos leía la compasión que le inspiraba, ella, que lo tenía todo: nombre honrado, juventud, belleza y el prestigio que da una gran fortuna. Todo, excepto la salud, el más precioso de los bienes.

Y había creído recobrar ese bien; se le había ofrecido y no se le daba.

Todo lo había sacrificado á esta esperanza.

Ante esta idea, suspiraba.

De pronto brilló un destello de alegría en sus ojos.

Ante el portico de la iglesia, que daba en frente de su habitación, había visto detenerse dos personas, que designaban su casa diciendo:

—Es aquella.

Al poco tiempo la criada anunció dos visitas.

Matilde se había ya levantado y procuraba ocultar ante su tocador las apariencias de tristeza que reflejaban en su rostro.

—Está bien—dijo;—ya sé... los he visto... Hacedlos entrar.

Dos minutos después pasaba de los brazos de su tía á los del oficial de Bures, que la colmaban de caricias.

¡Ay! ¿De qué podían acusarla?

De un momento de locura, en el ardor de la juventud, que le hacía aspirar con delicia las promesas de vida que halagaban su corazón.

Los dos la querían demasiado para no perdonarla.

Una emoción extraordinaria se revelaba en el rostro del militar.

Adoraba á aquella Matilde, á la que había visto crecer; mejor dicho, sentía por ella un culto tan exclusivo que le impedía unirse á cualquiera otra mujer.

Y ella estaba allí, ante él, pero perteneciendo á otro, que la había arrebatado como esos piratas que hacen su botín desembarcando de improviso sobre las costas. ¡Y si todavía aquel bribón la hubiese arrebatado para salvarla!

El oficial sentía deseos de llorar en presencia de aquella moribunda.

—Ven,—dijo Matilde á su tía, llevándola hacia el salón, si se puede llamar así á la reducida pieza que antes servía de sala de consultas al doctor Fabregues.

—¿Es aquí donde habitas?—preguntó la señora de Breville.

—Ya lo ves... Cómo solo estamos de paso. ¿Comprendes?...

—Comprendo que estás mal, y eso es todo.

—Estamos aquí tan poco...

—Tú si estás, puesto que felizmente te hemos encontrado aquí. En fin, si te agrada...

—Tengo conmigo á Juliana,—dijo la joven dirigiendo á su tía una mirada suplicante.

Todo estaba contenido en aquella frase: «Tengo á Juliana» quería decir, «tengo todo cuanto me queda de mi antigua existencia. Juliana me recuerda el pasado y me habla de vosotros. No tengo nada más.»

Su tía la abrazó estrechándola con ternura sobre su pecho.

—¡Pobre, pobre niña!—murmuraba.

El oficial se volvió para ocultar una lágrima que resbalaba por su mejilla.

—¿Estás sola?—continuó la baronesa.—Se nos ha dicho así en el hotel Pavillón.

—¿Os apeastéis allí?

—Hace un instante: he estado ocho días en Clermont, en casa de Pedro...

—¿Por qué no habéis venido antes?

—Temíamos molestarte.

—¡Vosotros!

—Sí, nosotros, nosotros. Este cambio tan súbito, casi sin saber donde hallarte.

—Os escribí...

—Viajabas, y además, en los primeros meses de un matrimonio... Pero dejemos esto y hablemos de tí. Mírame de frente,—le dijo poniéndole las manos sobre los hombros.—¿Eres dichosa?

Matilde miró á su primo, que le volvía la espalda y parecía distraído mirando á la calle, y respondió en voz baja:

—Sería dichosa si estuvieséis á mi lado, como en otro tiempo.

—Demasiado sabes que es imposible.

—¡Ay!

—Pero en adelante estaremos donde estés, aquí ó en otra parte... «Tú perteneces á este hombre.»

La baronesa dijo «á este hombre» después de un instante de vacilación. No tuvo valor para decir: «tu marido».

En seguida añadió:

—Pero también nos perteneces. No se nos puede prohibir que te veamos, que cuidemos de tí. ¿No eres casi mi hija? Una madre no cede nunca sus derechos.

—¡Ah, mi buena tía!

—Vamos, puesto que tenemos la suerte de encontrarte sola...

—¿Sabéis que el doctor está ausente?

—Sí, nos lo ha dicho una mujer...

—Miette.

—No sé cómo se llama... una alta, morena...

—Sí, es Miette... algunas veces solemos comer en el hotel Pavillón.

—Ella nos ha dicho: Mr. Fabregues ha salido en coche hacia Murols.

—Va á ver á sus amigos—dijo Matilde—para excusarlo. Yo estaba fatigada esta mañana, muy débil...

Al decir esto le acometió un golpe de tos que hizo palidecer á la baronesa.

—¿Cómo vá la salud?

—Ahora estoy en tratamiento. En los primeros días me parecía que recobraba las fuerzas... Creo que he abusado de la mejoría... Este país es tan hermoso que siente una tentaciones de salir, de pasear, de imitar á los demás que trepan por las montañas... Hay sitios maravillosos, puntos de vista soberbios. Ya verás, si estais algún tiempo aquí, que sí estarás, ¿verdad?

—Regreso á Clermont, pero volveré. ¿Y en qué consiste el tratamiento?.....

—¡Oh! es bastante duro. Por la mañana á las seis, un baño casi hirviendo, después una ducha de vapor; luego estoy tres cuartos de hora en la sala de inhalaciones; en seguida bebo el agua y vuelvo á casa, donde duermo hasta la hora de almorzar.

Y todos los días lo mismo.

Estos baños enrojecen la piel y parece que ahogan al pronto, pero luego se experimenta un delicioso bienestar.

El resto del tiempo, paseo cuando puedo.

Salgo todos los días, pero me parece que no puedo más.

Y al decir esto, procuró sonreirse.

El oficial se había vuelto y la observaba atentamente con visible emoción.

Matilde le llamó y le dijo:

—¿Me encuentras muy cambiada, verdad?

Fué tan imprevista esta pregunta, que el joven no pudo evitar que escaparan de sus ojos las lágrimas.

Irritado contra sí mismo, hizo un esfuerzo para serenarse y dijo:

—No tengas aprensión. No es tu salud lo que más me inquieta.

—¿Pues qué es, entonces?

—Otra cosa.

—¿No puedes decírmela?

—Sí. Temo que hayas comprometido tu porvenir.

—Será tan corto...—murmuró ella.

—Siempre esas ideas...

—Escucha, Pedro; sé que me amas como yo os amo, lo mismo á mi tía que á tí, con toda el alma; pero precisamente vuestra ternura os ha hecho traición. En los cuidados extremos de que me hacíais objeto, en la inquietud que leía en vuestros ojos, adiviné la suerte que me esperaba. Además, algunas imprudencias de los criados me han revelado el pasado... Se decía: «Está como su madre», y más de una vez, arrojada sobre su tumba, he leído grabadas en el mármol estas palabras, que me parecían una profecía: «Muerta á los veintitres años.» Por eso tenía ambición de vivir. Yo hubiera querido estar siempre con vosotros que sois tan buenos. Yo temía la tristeza de una separación por vosotros mismos. Un día se apoderó de mí una loca esperanza. Un hombre me prometió la vida que tanto deseaba.

Matilde cerró los ojos, no atreviéndose á mirar al oficial, cuyo rostro casi tocaba al suyo, recogiendo con avidez sus palabras.

Ella añadió con voz temblorosa:

—Sí, Pedro; yo hubiera querido tener fuerza y salud, porque conocía que mi debilidad y mi dolencia eran el obstáculo levantado entre mi felicidad y yo. Un día comprendí que esta felicidad era imposible; después de una conversación decisiva, y no pudiendo ya esperar nada, experimenté el desaliento, el vértigo, la locura: esta es la verdad.

Hablaba la joven con angelical dulzura. Pero en las últimas frases apoyaba la pronuncia-

ción en cada palabra, como temiendo que su primo no comprendiese el sentido que encebrraban.

El pasado se representaba en la memoria del joven: se acordaba de la ansiedad con que ella le preguntaba, con que le pedía consejos, y del silencio suyo refrenando todos los impulsos del corazón.

Comprendió que el despecho de un amor no correspondido la había arrojado en brazos de Fabregues; que un minuto de desesperación la había perdido.

¿Qué decir ni qué hacer?

Ya no tenía remedio.

—Desde entonces —añadió ella, bajando la voz y llevando la mano al corazón,—aquí está mi verdadera dolencia, que nadie puede curar.

—Querida Matilde!—murmuró el oficial estrechándola entre sus brazos con apasionado ardor.

Ella se abandonó á esta caricia y quedó un instante casi desvanecida, cerca su corazón del corazón del único hombre á quien había amado.

El la volvió á recostar cuidadosamente sobre el canapé, y ella, en medio de su desvanecimiento, le oyó murmurar á sus oídos estas palabras, que no debía olvidar.

—Y yo también, pobre niña, yo también te adoro.

Ella le dió las gracias con una mirada en que puso su alma entera y respondió:

—Me has dado la felicidad que deseaba. Soy dichosa.

En este momento Juliana anunció al doctor Jordal.

El semblante de la enferma se iluminó.

—¿Quién es el doctor Jordal?—preguntó la señora de Breville.

—Le conozco por su fama—dijo el oficial.— Tiene muchos amigos en Clermont.

—Es una excelente persona—dijo la joven —un verdadero amigo.

—¿Le has consultado?

Un vivo rubor coloreó el rostro de Matilde.

—Mi marido le ha hecho venir dos ó tres veces; tiene mucha confianza en él.

—¿Y tú?

—Para mí, ya lo he dicho, es un amigo.

El doctor entró, deteniéndose á la puerta al ver al militar y á la baronesa.

Al cabo de cinco minutos, el doctor, la señora de Breville y Pedro de Bures, conversaban familiarmente.

Jordal explicó el objeto de su visita.

Había venido varias veces á visitar á la joven á petición de su compañero Fabregues.

A cada visita se mostraba más admirado de los progresos de la curación.

La experiencia de Jordal es de las que no se discuten.

La señora de Breville le preguntó:

El procuró tranquilizarla y cuando le habló de la debilidad de que se quejaba su sobrina

hacía algunos días, él se encogió de hombros, como persona acostumbrada á estas lamentaciones.

—No hay enfermo que no sienta lo mismo, —dijo.

Los síntomas alarmantes que el doctor Fabregues había notado en la consulta de la calle de Luis el Grande, en casa de su amigo Bordat, habían desaparecido ó se habían atenuado hasta el punto de alejar todo peligro inminente, atestiguando el poder de las aguas de Mont-Dore.

Ciertamente, el estado de Matilde había sido demasiado grave; pero la mejoría era tal que podía creerse conjurado el mal. De todos modos, el peligro inminente había desaparecido.

—¿Sabéis—dijo Jordal abordando directamente el objeto de su visita, que tenemos una fiesta dentro de tres días?

—¡Una fiesta!...—dijo la joven tristemente.

—Un concierto. El programa es soberbio. Contamos con la flor y nata de la Opera: Royat, Clermont, la Bourboule, Saint Nectaire acudirán. Es preciso pensar en los pobres. He creído que la señora no nos negaría su concurso—dijo Jordal mirando á Matilde. Los luises lloverán en su bolsa.

—Pero doctor, ¡si estoy tan débil!...

—Es preciso animarse... Os falta valor. Os encontraréis bien... alcanzaréis un éxito enorme. Ya veréis. Se trata de una obra de caridad. ¿Acceptais?...

El semblante del doctor revelaba tanta alegría, tanto afecto y era tan persuasivo que no había medio de negarse.

—¿Puedo acaso rehusar?—dijo Matilde.

—Sea en horabuena. Voy á comunicar la buena nueva á mis amigos y compañeros.

—Vos diréis lo que debo hacer.

Jordal sacó del bolsillo un billete de cien francos y lo entregó á su cliente, diciendo:

—Quiero estrenar vuestro limosnero.

Y se alejó sin pronunciar ni una sola vez el nombre de Fabregues ni hacer alusión á aquel sér á quien lo mismo la tia que el primo debían execrar.

La señora de Breville acompañó al doctor hasta la calle y le preguntó, sin apartar de él la mirada:

—¿Cuál es vuestro pronóstico, doctor?

—Muy bueno.

—¿Podría salvarse?...

—Al menos puede prolongarse la vida bastante... Cuidados, el cariño, que la conforta y la sostiene: hé aquí lo que necesita.

—¿No hay peligro, entonces?

—Por el momento, ninguno.

—Gracias.

La baronesa estrechó con fuerza la mano del doctor Jordal, que se alejó á grandes pasos.

—¡Bella persona! —pensaba.

—Qué buenas gentes! —decía el doctor Jordal por su parte.—¿Cómo la han dejado caer en semejantes manos! Esa joven es un angel de Dios.

XXIV

El doctor Fabregues salió de Marols en un estado de violenta agitación.

— La firmeza con que se expresó Elena, el desden mal disimulado con que le habló, lo tranquiló de su indignación, que no era más que la propia de una honrada joven contra una acción abominable, le producían gran perplejidad.

Bajo aquella firmeza de la joven adivinaba una confianza del porvenir por parte de ella, que le desesperaba.

Su primer movimiento fué de esa cólera que produce una derrota irreparable.

Después pensó que debía tomar su partido, que seguramente se había unido á Elena por un inexplicable capricho; que ella ejercía sobre su vida una deplorable influencia, pero que le bastaba un momento de valor para romper su cadena, que Bordat tenía razón y que después de todo aquella no era la única mujer; y que con su fortuna no le faltarían compensaciones al sacrificio de dejarla al llegar el coche del doctor á unos quinientos metros de Marols, se puso de pie no obstante sus presunciones y propósitos, sondeando con la mirada las ruinas del viejo palacio, por si descubría la silueta de Elena por alguna parte.

Y hé aquí lo que vió.

En lo alto de la gran torre, sobre la plataforma que dominaba las ruinas, se dibujaban

distintamente dos siluetas sobre el azul del cielo.

Aquello fué para él una revelación.

A la distancia á que se encontraba, no podía distinguir más que dos seres imposibles de reconocer, contemplando el panorama esplendoroso que se ofrecía á su vista.

Hizo detener el coche, y con un atajo vió una mujer con un traje parecido al de Elena, conversando con un hombre que á la legua dejaba conocer su aire parisien.

¿Quién podía ser aquel hombre sino uno de tantos desocupados que rondaban á la hermosa joven del almacén Delivet?

Quizás estaba allí, en el momento de su entrevista con ella, oculto tras de alguna ruina, escuchando.

De deducción en deducción, Fabregues convirtió su sospecha en certidumbre. Recordó las miradas de Elena, ciertos gestos á los cuales no quiso dar importancia, y llegó á esta conclusión: evidentemente había allí alguno.

Estuvo tentado de volver atrás, de sorprender á Elena con su compañero, á quien habría querido conocer, que tal vez era el mismo que la había llevado una noche á la calle L'oyale.

Pero ante la idea del ridículo en que quedaría apareciendo otra vez en la posada de Faucon, dió orden al cochero de continuar.

Entonces continuó la lucha comenzada en su espíritu. Se prometía despreciar á su vez á la joven, olvidarla, abrumarla después en su

humilde condición con el peso de aquella riqueza que le permitiría tomar el desquite, siguiéndola á todas partes y devolviéndole desdén por desdén.

El doctor Fabregues no paraba atención en los variados y magníficos paisajes porque atravesaba el coche; no veía más que la imagen que pretendía olvidar y que le seguía á todas partes.

Al llegar á Mont-Dore entró con aire descontento en su casa, encontrándose con Matilde, que volvía de paseo, elegantemente vestida de negro y con el rostro colorado por la fatiga de su caminata.

—¿Has salido?—preguntó el doctor.

—Ahora vuelvo.

—¿Dónde has ido?

—Al parque y á la Rotonda.

—¿Sola?

—No. He tenido visitas.

—¿Y son ellas la causa de tu alegría?

—¿Es eso una censura?

—Dios me guarde de ello; yo quiero veros siempre fuerte y contenta.

Ella le dió las gracias con una mirada.

—¿Quién ha venido?—preguntó el doctor.

—Dos personas á quienes quiero con el alma.

—¿Tu tía?

—Justamente.

—¿Y además?...

—Mi primo, el teniente de Bures.

Fabregues frunció las cejas.

—No tengo el honor de conocerle--dijo con sequedad.

—Si hubieras estado aquí, lo hubieras conocido, amigo mío. Es el carácter más generoso y el mejor del mundo.

—¿Han marchado ya?

—Mi tía vuelve á Clermont y á Royat, donde tiene amigos.

—¿Quiénes son?

—El barón d'Aubagny... el doctor Bordat... y otros... Una colonia entera.

—¿Y el teniente?

—Está de guarnición en Clermont.

—Es verdad... Lo había olvidado; tú me lo habías dicho.

El doctor no había al pronto reparado en el nombre del barón d'Aubagny.

De pronto detuvo el paseo que daba por la sala, hablando con su mujer, mientras la joven se quitaba el sombrero y se arreglaba el pelo ante el tocador.

Acababa de asaltarle una idea.

D'Aubagny... Aquel hombre al que no pudo reconocer en la calle Royale, porque la rapidez de su caballo le sustrajo á sus miradas; aquel rival suyo y que estaba con Elena, tenía la misma figura que el barón.

Si esto era así, Royat y Clermont debían ser semilleros de enemigos suyos.

El había triunfado por lo pronto apoderándose por sorpresa de la joven heredera.

Si los otros, los que debían odiarle por esta victoria se obligaban para tomar el desquite, no era por una casualidad.

Debían tener un plan.

Los unos querían apoderarse de Matilde; el otro le disputaba á Elena.

Apretó los labios como el que toma una resolución enérgica y lanzó á la joven una mirada severa.

—Habéis nombrado á Bordat,—preguntó.

—Sí, el doctor Bordat—dijo ella admirada por la pregunta. ¿Qué tiene eso de particular?

—No me ha escrito.

—¿Acaso lo necesitaba?

—¿No ha venido aquí hoy?

—No.

—¿Y el barón d'Aubagny?

—Tampoco.

—¿No has visto más que á tu tía y á tu primo?

—A ellos solos.

—¿Qué han dicho?

—¿oca cosa.

—Pero algo...

—¿Te interesa eso?

—¿Todo lo que te toca me toca á mí. ¿Lo dudarías?

La pregunta encerraba tanta ternura, que Matilde suspiró.

—Se han informado de mi salud—dijo,—como puedes comprender.

—¿Y que les has contestado?

—Mi aspecto les ha respondido por mí.

—Haces mal en pensar así. Jordal ha debido tranquilizarte.

—Sí, ya lo sé bien, por bondad—murmuró ella;—pero hace unos días estaba yo mejor. Respiraba con delicia en los bosques de pinos, entre los que mi pecho se dilataba... me parecía revivir, fortalecerme, y me consideraba capaz de subir á las cimas de esas montañas que nos rodean.

—¿Y ahora?

—Ahora no: siento que se desploma algo en mí. Al salir de los baños, que me proporcionan un bienestar semejante al sueño después de larga fatiga, me ahogo y me siento morir.

Este tratamiento me destroza.

—Es el efecto propio de las aguas. Estamos en el período de reacción. El reposo restaurará tus fuerzas.

Ella fijó en su esposo una ávida mirada.

El sonreía.

—Niña—dijo,— todos los que usan estas aguas, sienten los mismos efectos. Algunos días de sufrimientos, y después el bienestar de los primeros días volverá, pero más duradero.

—¿Lo crees así?

—Sin duda. Además, tengo una feliz noticia que comunicarte.

—¿Tu!

—Sí. ¿De quien piensas que hablo? De la ciencia, cuyos indiscutibles progresos alcanzan ya á lo milagroso. ¿Y por quien sino por tí,

por cuya curación daría mi vida, me consagro de llei o á la ciencia?

Le habló por espacio de algún tiempo, murmurando á su oído las frases repetidas cien veces y en las que ella no creía.

Tuvo sin embargo el talento de reanimar por el instante aquella fe extinguida.

Le explicó que un sabio de primer orden, un alemán, acababa de descubrir un remedio prodigioso, de sencillez sorprendente, inofensivo, destinado á producir una revolución en la medicina.

Matilde escuchaba con asiedad, no exenta de sosospecha, flotando entre la duda y la convicción.

En apoyo de sus aserciones, el doctor exhibió multitud de periódicos que hablaban del descubrimiento en términos hiperbólicos.

Ya se sabe el entusiasmo producido por el famoso descubrimiento del doctor Koch.

¡Ay! este remedio no era más que un veneno.

El doctor Kock puede ser clasificado entre los asesinos célebres.

Su descubrimiento había sido ya muy discutido y las corporaciones más repetables lo juzgaban en términos severos, pero justos.

Se hablaba de accidentes repentinos, de muertes, el elogio dominaba y la explotación del remedo fué un manantial de enormes beneficios y una verdadera mina de oro durante algún tiempo para los charlatanes.

—¿Poseéis ese remedio?—preguntó Matilde.

—Todavía no.

Entonces le explicó cuanto había hecho.

Esperaba el precioso elixir, que lo sería de larga vida para ella.

Un enfermo se acoge con ardor febril á cuanto puede proporcionarle un alivio.

Matilde quería convencerse.

—Te lo agradezco—dijo con efusión.

Y añadió suspirando:

—Esperemos.

Entonces volvió él á sus preguntas.

—¿Dices que el barón d' Aubagny está en Royat?

—Con mi tía y el doctor Bordat.

—¿Estás segura?

—Segurísima

—¿Y qué hace allí?

—Lo que en todas partes. Es uno de tantos desocupados. Dichosos los que viven así.

—Yo—dijo Fabregues—los compadezco. Llevan una vida vacía, aburrida, inútil.

—Te engañas, amigo mío; el barón no se aburre.

—¡Ah!—dijo bruscamente Fabregues, con acento de amargura.—Siempre le he visto en la ociosidad, matando el tiempo, como un mal médico asesina á sus enfermos.

—Exageras.

—¡Bah! Y lo mismo hace en Royat.

—Pues bien—dijo la joven con maliciosa sonrisa;—no te lo debía decir; pero te engañas.

D'Aubagny no se aburre en Royat, según parece.

—¿Por qué?

—Por de contado, parece que él no reside allí solamente.

—¿Pues adónde va?

—Eso no me lo ha confiado, quizá porque, menos curiosa que tú, no se lo he preguntado; pero viaja; tiene una pasión...

Fabregues permaneció impasible en la apariencia, porque esperaba aquel golpe. Sus sentimientos se realizaban.

—¿Es extraño!—dijo.

—Yo no lo veo así.

—Creo que ese barón no ama á nadie más que á sí propio.

—Le calumnias.

—En fin, tiene una pasión...

—Y á lo que parece, muy grande.

—¿No conoces al dichoso objeto de ella?

—No.

Después de esta categórica respuesta, Matilde trató de defender al barón.

—Te aseguro que no es justa tu antipatía. D'Aubagny es un hombre galante.

—O galanteador, lo cual es distinto.

—Una persona muy amable, buena para sus amigos. Somos un poco parientes, como sabes.

—Es mucho honor—dijo con amargura el doctor.—¿Piensas que viene á vernos?

—Lo espero.

—¿Te ha anunciado su visita la señora de Breville?

—Casi.

—¿Para cuándo?

—Para dentro de dos ó tres días. Para el día del concierto, sin duda.

—¿Qué concierto?—dijo Fabregues distraído.

—No tienes memoria.

—¡Ah! ¿el que organiza el doctor Jordal?

—Justamente.

—¡Ah! ¿sabes que ha venido hace poco y me ha encargado una misión?

—¿Cuál?

—Pedir para los pobres.

—¿Tú?

—Y ya verás.

—Te fatigarás.

Una triste sonrisa contrajo los labios de la joven.

—¿Qué importa el mal, puesto que tienes el remedio?

Siguió un largo silencio.

El reloj dió las siete.

—¿Vamos á comer?

Matilde hizo un gesto de hastío.

—El hotel es triste—murmuró.

—Estamos tan mal instalados... Se está mejor allá abajo. Es más divertido.

El ruido, la gritería de la plaza. ¿Es que vamos á estar mucho en Mont-Doré?

—No lo pienso—dijo él moviendo la cabeza y mordiéndose los labios.

Matilde tocó el timbre, y casi en el mismo momento se presentó Juliana.

—Os espero en la calle—dijo Fabregues á su mujer.

—Bueno.

—La señora está muy fatigada esta noche—advirtió Juliana; —no debía salir.

—¡Bah!—dijo Matilde con dulzura.—¿Novoy con mi médico? Cuando él lo permite es porque no me perjudica.

—La señora debe abrigarse, sobre todo á la vuelta, si es algo tarde. Las noches están frescas. Yo, que soy fuerte, he cogido un pasmo hace algunos días. Además debo advertir á la señora que estamos aquí mucho tiempo. Todos los enfermos que vinieron á la vez que nosotros han tomado ya el camino.

—Ya nos llegará la vez.

—Tanto mejor; sobre todo si volvemos á Breuille, donde se pasa tan bien.

—Es verdad—murmuró Matilde suspirando.

—Y donde todos os quieren tanto.

Juliana le dió el abrigo y después le puso el sombrero.

Al observar su semblante pálido y las señas de fatiga en el impresas, se le oprimió el corazón.

Quando bajó su señora se asomó á la ventana, y al verla alejarse del brazo del doctor, se desató en una serie de denuestos contra éste.

Al atravesar el parque, porque tomó el camino más largo para llegar al hotel, pensaba

en la coalición que suponía formada contra él, y decía para sí:

—Hagan lo que quieran, no les temo.

Y trazó en el aire con su bastón un signo de desafío, acompañado de estas palabras:

—¡Demasiado tarde!

XXV

Tres días después, á las ocho de la noche, los salones del Casino estaban deslumbradores.

El salón de fiestas y los corredores estaban inundados de curiosos que no habían podido encontrar puesto en el teatro.

El departamento de Puy-de Dome estaba enterado de que los artistas de más renombre de París y del mundo iban á cantar en un concierto de beneficencia.

El doctor Jordal veía recompensados sus afanes.

Véase el admirable programa de aquella noche:

PRIMERA PARTE

1.º Escalais. — *Estancias*, de Flezier; *Ave-Maria*, de Gounod.

2.º Mme. Silvia Rebel. — Bolero de *Las Vísperas Sicilianas*.

3.º Melchisedec. — Romanza de *El Perdón*, de Plœrmel.

- 4.º María Roze.—Aires de *Las bodas de Figaro*.
 5.º Talazac.—Balada de *El rey d'Is*.
 6.º Mme. Dufrane y Dubulle.—Duo de los *Hugonotes*.
 7.º Mme. Theodorini.—Aire de *Hernani*.
 8.º Rosa Carón y Sellie.—*Sigur* (4.º acto).

SEGUNDA PARTE

- 9.º Mme y M. Dereims.—Duo de *Fausto*.
 10.º Mme. Escalais.—Aire de *Roberto il Diabolo*.
 11.º Villaret.—Plegaria de *La Judía*.
 12.º Mme. Albani.—*Lucía*, escena de la locura.
 13.º—Melchisedec y Ad. Patti.—Duo de *Rigoletto*.
 14.º Mme. Fides Devries.—Aire de *El Cid*.
 15.º Gayarre.—Gran aria de *La Africana*.
 16.º Eduardo, Juan de Rezke y Lassalle.—Terceto de *Guillermo Tell*.

Mont-Doré triunfaba.

Todo el país había respondido á su llamamiento.

A las ocho y minutos, en el instante en que el prefecto entraba en su palco, seguido de las autoridades, la orquesta comenzó la overtura de *Mireille*.

El doctor Jordal, de etiqueta, apareció con

aire modesto en la sala, sentándose en un sencillo cogin.

Desde allí pudo contemplar la concurrencia, que era compacta y distinguida.

En la *fosa de los leones*, palco reservado á los médicos de Mont-Dore, estaba todo el cuerpo médico de la población.

La crónica no dice quien fué el inventor de esa frase, quizá porque la mayor parte de los que allí se reunen se miran de reojo y no se saludan.

El doctor Fabregues se presentó con aire muy sombrío y descontento.

Hé aquí la causa.

Momentos ántes había llevado á su mujer al teatro, y cuando penetró llevándola del brazo en el salón de la fiesta, tuvo dos encuentros que le irritaron.

Primero cruzóse con él una joven hermosísima, llena de salud, y á su presencia el doctor no pudo reprimir un estremecimiento.

Era Elena Brunoy.

Matilde advirtió el movimiento de sorpresa de su marido á la vez que observó la profunda mirada que le dirigía la joven con singular persistencia.

—¿Conoces á esa mujer?—preguntó á Fabregues.

—¡Yo!... Creo haberla visto una ó dos veces en Mont-Dore... Ignoro su nombre.

Matilde quedóse pensativa.

Era imposible que su marido no conociese

á aquella mujer. Hay miradas que no engañan, y la que Elena dirigió á Matilde era de las que expresan una rivalidad, un vivo deseo de conocer á la persona á quien se dirigen.

D'Aubagny había enviado á Elena dos asientos de la primera galería, con esta carta: «No rehuséis. Sería dichoso pudiendo veros un instante.

VUESTRO AMIGO.»

Fabregues no había llegado al final de sus sorpresas.

Algunos pasos más adelante, Matilde le abandonó repentinamente para arrojarse al cuello de una señora que iba del brazo de un gentleman de irreprochables maneras y de imponente figura y ademán.

Era D'Aubagny que llegaba al concierto con la señora de Breville.

Los dos hombres se miraron como enemigos, pero el barón era demasiado hombre de mundo para no disimular los sentimientos que le inspiraba el médico, evitando explosiones inútiles.

Las dos parejas cambiaron algunos cumplidos y entraron inmediatamente en el teatro.

La localidad de la señora de Fabregues se hallaba á la entrada de los sillones de orquesta y D'Aubagny fué bastante afortunado para poder cambiar la que él tenía y hallarse al lado de la pobre mujer, á quien su marido había abandonado discretamente á las expansiones de la familia.

La tía colmaba de caricias á la sobrina.

—Ya ves como hemos vuelto—le decía—te traigo á D'Aubagny.

El barón había salido de su conversación con Elena Brunoy en las ruinas de Murols, hondamente emocionado.

En honor de la verdad, las revelaciones de Fabregues no le habían enseñado nada nuevo.

Pero Fabregues se había revelado á él en aquella confianza tal como su instinto se lo había presentado, ambicioso, sin escrúpulos, capaz de todo para conseguir su fin.

Al salir de Murols, D'Aubagny se había propuesto advertir á su amiga y pariente, la baronesa de Breville, y ponerla al corriente de la situación.

Pero después le asaltaron escrúpulos y dudas.

Se preguntó si tenía el derecho de revelar lo que por casualidad había descubierto, y decidióse á seguir la marcha de los acontecimientos, procediendo con energía si llegaba el caso de un serio peligro.

Aprovechó, pues, la ocasión que el concierto le ofrecía para volver á Mont-Dore, llevando consigo á la señora de Breville.

Aquel viaje le proporcionaba dos ventajas: vigilar á Fabregues y adquirir noticias por los muchos amigos que tenía. Jordal, entre ellos, á quien veía en París todos los inviernos y en quien tenía gran confianza.

Y además, el placer de encontrar á Elena, á

la que había enviado billetes, pagándolos á peso de oro.

Decididamente, la joven producía en él un efecto extraordinario y nuevo.

Cada vez se apoderaba más de su espíritu, dominándolo por completo.

El sucumbía sometiéndose en aquella dulce embriaguez, él que se creía invulnerable al amor, al modo que Mitridates, en fuerza de absorber venenos, los había hecho impotentes contra él.

No era, ciertamente, una pasión violenta; pues D'Anbagny, por su especial género de vida, estaba blindado contra semejantes arrebatos, pero estaba verdaderamente seducido por la joven.

Así, mientras escuchaba las armonías del concierto, tenía fija las miradas en la galería donde se encontraba su ídolo.

Pero no era él el único á quien llamaba la atención.

En la *fosa de los leones*, en frente de la cual se hallaba la joven, se dirigían á ella una porción de gemelos.

Chocagne y Sabat discutían.

—Es una soberbia criatura,—decía el segundo.

Chocagne preguntó á Fabregues:

—¿No es esa la muchacha á quien fuisteis á ver á Murols el año pasado?

—Es una vecina de París—respondió negligeramente el gascón.

—¿No estaréis celoso?

—Nada de eso.

Además se podía decir á Fabregues cuanto se quisiera: su atención y su espíritu estaban fijos en Elena, que evitaba sus miradas con tanta obstinación como él ponía en mirarla.

Rosa Carón y Sellier lanzaron al público entusiasmado las últimas notas de la admirable escena en que Brunequilla arroja sus flores de verbena al agua.

La sala retemblaba con los aplausos.

Bajó el telón y comenzó el entreaeto, produciéndose un gran movimiento en la sala. Los que ocupaban los sillones de orquesta se levantaron para mirar con menos molestia á las mujeres de la galería; otros bajaron al salón, que se vió invadido en un instante; en la *Fosa de los leones* se discutía sobre el mérito de los artistas, y después sobre un asunto que apasionaba á los médicos y los dividía en dos bandos: la invención del famoso doctor Koch.

Sabat y Cocagne estaban en contra; Fabregues era un partidario decidido del específico, del cual nadie debía dudar.

¡La maravilla de las maravillas! ¡La seguridad de la curación! Allí estaban las pruebas. El Estado que debía explotar el invento, sobre este punto insistía con tenacidad, era el glorioso imperio de Alemania.

Fabregues sostenía su tesis con calor, con el acento del sabio convencido.

—Pensad—dijo al oído á Jordal, que en el

entreacto había ido á reunirse con sus compañeros.—si estaré encantado de este invento.

Jordal le miró con inquietud.

Con su buen sentido práctico desconfiaba de los entusiasmos populares.

—¿Es que Fabregues tendría el propósito de experimentar el invento con su mujer?

—¿Y por qué ese entusiasmo?—preguntó.

—¿No le comprendéis?

—¿Por vuestra enferma?

—Claro, sí, por ella.

—Es encantadora—añadió señalando á Matilde, que se deslizaba entre las butacas, presentando su limosnero sonriendo á los concurrentes.

Fabregues tenía razón.

La joven estaba encantadora.

Jordal dijo á Fabregues:

—Supongo que no ensayareis la invención de ese alemán en ella.

—Pero...

—Sería una gran torpeza y una grave falta.

—¿No teneis fé?

—No.

—Yo absoluta.

—Es preciso esperar... nada apremia, porque por el momento no hay peligro.

—¿Esperais salvarla?

—Lo espero.

—¡Ah! querido doctor, cuanto daría por pensar como vos.

—Proceded con prudencia, despacio.... el

efecto de las aguas es favorable... Esperad.

Fabregues aparentó una alegría admirablemente simulada y marchóse á los corredores pa a respirar. ¿Tendría razón Jordal?

Apenas había salido, el viejo Brousse se acercó á su amigo Jordal:

—¿Qué os decía ese animal de Fabregues?—preguntó á su colega.

—Hablabamos de su mujer.

—Está bien mal la pobre. ¿A que ese necio pretende hacer creer que no es rica, cuando lleva encima cien mil francos en diamantes?

—Una constelación—dijo Jordal.

—Ese gascón es un bribón.

—Le juzgais mal.

—¡Hum!—murmuró Brousse;—sois demasiado benévolo. Quien viva verá.

Al llegar cerca de Elena Brunoy, Matilde presentó su limosneta á la joven, que depositó en ella una moneda de plata al tiempo que sonreía compasivamente.

Las miradas de las dos mujeres se encontraron mientras Matilde dijo:

—Gracias, señorita.

En el corredor, Matilde preguntó á Bandruc, que la acompañaba:

—¿Conocéis á esa joven?

—Un poco.

—Es hermosa. ¿Cómo se llama?

Bandruc contestó con malicia:

—Monsieur Fabregues podría decíroslo mejor que yo.

—¿De veras?

—Creo que era vecina suya.

—¿Os ha hablado de ella alguna vez?

—Alguna.

—¡Ah!—dijo para sí Matilde.

La enferma no había podido leer en el rostro de la que debía considerar como rival más que una piedad sincera y casi un deseo de hablarla.

En efecto, al mirarla Elena, estuvo casi á punto de decirle:

—Tened cuidado.

Los ojos de Fabregues, que buscaban inútilmente los suyos, su faz sombría, su actitud, la habían impresionado.

Pero retrocedió ante lo peligroso y difícil de una explicación.

Por lo demás, el calor del teatro, la animación de la fiesta, la fatiga misma de caminar por entre las apretadas filas de la muchedumbre, hacían subir olas de sangre á la cara de la enferma, dándole apariencias de vigor y la ilusión de la salud.

Desde el sitio en que se había colocado para dominar la sala, observando á Elena, que no abandonaba su puesto, á pesar de las señales á que afectaba no responder, á la señora de Breville, contemplando la dulce fisonomía de su sobrina, y á D'Aubagny, cuya invisible correspondencia con Elena sorprendía, Fabregues meditaba sobre el mismo problema que los otros, y el temor le hacía suponer lo que era

una esperanza para la señora de Breville y para Elena, y se preguntaba con el despecho propio de un fracaso:

—¿Vivirá?

El término del concierto le sorprendió mezclado entre sus compañeros y reflexionando sobre el porvenir, que le inquietaba.

Algunos minutos antes del último número, el terceto de *Guillermo Tell*, que debía cerrar la velada, Fabregues, colocado en la alternativa de unirse á su esposa, sentada al lado de la señora de Breville, y el deseo de una explicación con Elena, se deslizó por el corredor de las primeras galerías para esperar allí á la joven y obligarle á escucharle un momento.

Pero al ver que estaba su sitio vacío, experimentó una emoción dolorosa.

Elena se había marchado con su prima.

Sentado cerca de la baronesa y de Matilde, D'Aubagny parecía sumido en el éxtasis de la música y sonreía.

XXVI

La locura tiene sus grados.

La del doctor Fabregues llegó á su colmo en la noche de aquel concierto famoso en los anales de Mont-Dore, cuyo programa se conserva como un título de nobleza.

Si Fabregues había vacilado hasta entonces, sus vacilaciones desaparecieron al llegar á su casa en compañía de aquella mujer de que de-

bía estar orgulloso, y á la que miraba con aversión, como un obstáculo á su libertad y una rémora á su ambición insensata.

Era para él un suplicio no poder seguir á Elena, cuya frialdad le exasperaba, verse obligado á dejarla libre para hablar con rivales agigantados por su imaginación, con aquel d'Aubagny victorioso, cuya triunfal sonrisa le irritaba.

Si el barón estaba allí, no podía ser más que por ella; Fabregues no lo dudaba. El era á quien había visto en la torre de Murols, él quien había facilitado la entrada á Elena en el Casino, procurando á peso de oro los disputados billetes.

¿En dónde estaba?

No lo había podido averiguar.

Se le figuraba en algún hotel, esperando á D'Aubagny para demostrarle su gratitud, cediendo ante las ofertas de aquel alegre vividor, dando oídos á los denuestos con que el barón se complacía en zaherirle.

Al hallarse en su habitación con Matilde, leyó en el semblante de ésta una desconfianza, una frialdad, una inquietud cuya causa no conocía ni se atrevía á preguntarla.

Se equivocó acerca de ella.

Su mentira respecto de Elena había despertado en Matilde algunas sospechas, que ocultaba; era demasiado altiva para descender á cierto linaje de interrogatorio; pero su frente se nublaba. Pasada la excitación de la noche, cayó

en el abatimiento que sigue á un esfuerzo escesivo.

Fabregues atribuía su frialdad á los consejos de la señora de Breville y del barón D'Aubagny.

Sentado en un extremo de la habitación mientras Juliana ayudaba á su señora á desnudarse, reflexionaba sobre las palabras de Jordal y de los otros médicos.

Recordaba la frase de éste: «Yo espero».

El no quería esperar. La inocente criatura que se había entregado á él en un momento de fiebre, no merecía gracia ante él.

Era preciso abreviar.

Sabía demasiado que, según todas las probabilidades, la aplicación del remedio famoso de Koch, unos días después, pasaría por un verdadero asesinato.

Y en realidad era un asesinato lo que se proponía.

Para salir airoso solo disponía de un instante.

Una mirada de desconfianza de Juliana le advirtió que no disimulaba bien sus impresiones, y procuró estar sobre sí.

Se aproximó á Matilde, le tomó una mano y la llevó á sus labios, después de apretarla un instante entre las suyas.

Era cerca de media noche; el día había sido largo para la infeliz mujer.

—Debes estar fatigada—le dijo;—duérmete. Y salió á pasear por las calles.

El concierto había trasladado á Mont-Dore la animación de los boulevares de París en las hermosas noches de verano.

El parque estaba animadísimo. Fabregues lo recorrió esperando encontrar á Elena.

Esta estaba ya lejos.

Caminaba por el camino de Murols, en compañía de su parienta, en un carro tirado por un vigoroso caballo del país.

Fabregues no podía, pues, verla.

En cambio, en el instante en que pasaba al lado de un macizo de verdura, oyó una voz bien conocida. Esta voz era de hombre, y decía:

—Hay que desconfiar y no dejarla en tales manos,

—¿Creéis eso? — preguntó una voz de mujer.

—No me atrevo á deciros lo que sé... La casualidad me ha revelado un secreto, y me es imposible callar... Tened cuidado... Ese hombre no la quiere.

—¿El?

—Ama á otra.

—¡Qué malvado! Quisiera dudar aún... Entonces sería un monstruo.

—Al menos es un ambicioso temible.

—¡Dios mío!

—Llevadla con vos sin pérdida de tiempo, á costa de lo que sea.

Los dos paseantes, que se habían detenido en la sombra, se pusieron en marcha y siguieron discutiendo en un tono de voz que no permitía oír lo que decían.

Pasaron cerca de Fabregues oculto en el ángulo del macizo.

No necesitó verlos para reconocerlos.

Eran d' Aubagny y la señora de Breuille.

Fabregues les siguió hasta el hotel, donde les vió entrar y, nervioso y agitado, se dirigió á la quinta «Elena», nombre acusador, después de haber vagado un momento á la ventura.

Al llegar, encontróse con Sulpicio, que también volvía de presenciar el concierto de fuera, en un cafetín de la calle de la Gare, y le anunció que había llegado de Berlín lo que el doctor esperaba con tanta impaciencia.

Fabregues se dirigió presurosamente á la casa, entró en el salón donde había una bujía encendida, y encontró sobre un velador un frasco pequeño, sellado y con media docena de timbres de Berlín.

El doctor se apoderó de él con avidez y salió á su habitación.

Su reloj señalaba la una de la mañana.

Juliana se había retirado.

Matilde estaba sola en su habitación, tendida en el lecho, con los ojos cerrados.

Dormía alumbada por un rayo de luna que entraba por la ventana.

Esta habitación comunicaba con la de su marido por una puerta que se hallaba abierta.

Fabregues se adelantó de puntillas hasta la cabecera de la cama, y contempló á la enferma con aire sombrío, escuchando su respiración agitada.

Todo quedó en silencio en la calle y en la casa.

Fabregues tomó una silla y se sentó cerca del lecho, entregándose á sus meditaciones.

¡Ah! ¡Había una coalición contra él para arrancarle lo que había conseguido con verdaderos milagros de discreción y astucia!

D'Aubagny le declaraba la guerra y Bordat lo mismo. Todos estaban celosos de su victoria.

Sus mismos colegas de Mont-Dore le juzgaban severamente.

Ahora bien: ¿no era este el resultado fatal y previsto de su proceder?

El lo había arrojado todo por realizar su deshonrosa especulación.

Lo que le importaba era no perder el fruto de la vergüenza, el precio de la infamia.

La partida estaba ganada, pero á condición de no dar tiempo á sus adversarios para tomar la ofensiva.

Permaneció algún tiempo en actitud irresoluta y después se dirigió á su habitación.

El frasco llegado de Berlin estaba sobre una mesa.

Lo destapó y lo contempló con sonrisa diabólica.

—Remedio imposible—pensó.—Veneno, tal vez. ¿Qué le costaba ensayarlo? Salvación ó desastre para la desgraciada mujer, se acabaría de una vez, y cualquier cosa era preferible á la incertidumbre de su situación.

Volvió de nuevo al lado de su víctima y tocó á Matilde suavemente la mano.

La enferma se despertó sobresaltada.

—¡Matilde!—murmuró él á su oído.

—¿Eres tú?—dijo ella.

—Sí, yo.

—Me has asustado un poco. ¿Hace mucho que estás aquí?

—Cerca de dos horas.

—¿Qué hacías?

—Guardar tu sueño. Esta noche has alcanzado un verdadero triunfo.

—¡Oh!

—Grande y merecido. Tu hermosura era la envidia de las mujeres y mi orgullo.

Ella no respondió.

—Hemos hablado de tí—continuó él.

—¿Con quién?

—Toda la facultad de Mont-Dore se ocupaba de tu salud.

—¿Y qué han dicho?

—Nada desagradable. Al contrario.

—¿Y el doctor Jordal?

—Tiene muchas esperanzas. Ya sabes que es partidario fanático de estas aguas. El te admiraba como los demás. Aquello era un concierto de elogios. Yo pensaba en tu curación.

—¡Mi curación!—murmuró ella con acento de duda.

—Nadie la desea más ardientemente, querida Matilde, y tengo que darte una buena noticia.

—¿Cuál?

—Te traigo esa curación.

—Cómo.

—Ya sabes, ese remedio de que te he hablado: pues bien ya está aquí.

En el rostro de la joven se dibujó una expresión de terror. Miró á su marido con ojos de espanto, y le dijo:

—¿De modo que has escrito?

—Hacia tiempo.

—Y has recibido lo que pedías.

—A precio de oro.

—¿Tienes confianza en él?

—La fé más absoluta. Además, si lo que es imposible el resultado no correspondiese á nuestras esperanzas, tampoco sucedería ningun daño.

—¿De modo qué quieres?...

—Yo no quiero más que tu salud, tu dicha, tu vida, y no dudo de que se realicen mis deseos.

Su voz parecía un murmullo en el silencio de la noche. Matilde apenas oía así como palabras vagas, cuyo sentido apenas comprendía.

Sin embargo, aventuró esta pregunta:

—¿Qué será preciso hacer?

—Nada: soportar un ligero dolor de un segundo, un pinchazo de aguja.

Matilde hizo un gesto de resignación que hubiera enternecido á una piedra, y dijo:

—Haz lo que quieras.

Y cayó en un profundo sueño.

Nada impedía al doctor ejecutar su proyecto. La operación era sencilla.

Los morfínicos la practican en sí mismos diariamente.

Fabregues no tenía ante él más que un cuerpo inerte.

El veneno, adquirido, como él decía, á precio de oro, penetró en las carnes de la pobre joven y de allí en sus venas.

Continuaba durmiendo.

Cuando el miserable volvió á su habitación, el crimen estaba consumado.

El rostro angelical de Matilde, que parecía sonreírle en medio de un sueño, no había hecho temblar su mano.

Se encerró en su habitación y se durmió á su vez; pero en su sueño febril, debió ver la imagen de la muerta llevando en sus brazos la sombra de la que él acababa de matar.

La obra del mal estaba consumada sin remedio.

XXVII

Cinco días después se habían extinguido los últimos ecos de la fiesta y Mont-Dore recobrabá su vida ordinaria.

La señora de Breville y D'Aubagny habían regresado á Royat; tranquilizada casi la primera acerca del estado de su sobrina por las declaraciones del doctor Jordal.

D'Aubagny, preocupado con Elena, procu-

raba distraerse en la agitación de la vida del gran mundo y casi olvidado del peligro que podía correr Matilde.

Por lo demás, había dejado á esta sonriente y dichosa en la apariencia, á causa del éxito de aquella noche, cuyas consecuencias debían serle tan funestas.

Hay enfermedades que incuban antes de estallar, venenos cuya absorción proporciona un bienestar pasajero y que son un calmante de los dolores agudos.

Al siguiente día del concierto, Matilde se despertó bastante tarde y en un estado de tranquilidad que no era más que el aturdimiento producido por el terrible virus.

Al despertar vió á su cabecera á Fabregues, que espía los resultados de la operación, ocultando su ansiedad.

Encontró palabras cariñosas é inflexiones casi tiernas en su voz para preguntarle cómo estaba.

Ella le miró con sus hermosos ojos, que debieron hacerle temblar; pero no se contrajo un solo músculo de su rostro ni reveló sus secretas impaciencias.

La joven quiso levantarse y acompañar á su tía y á D'Aubagny en el momento de su partida.

Durante el día, se la vió en el hotel Pavillon, en el concierto, en el parque y en los salones del Casino.

Aquella debía ser su última salida.

Jordal, que la encontró, cambió con ella algunas frases alegres.

Matilde no le dijo lo que había pasado.

Por la noche experimentó una animación particular, debida á un principio de fiebre, que daba á sus ojos un brillo inusitado y á su piel un color que engañaba respecto de su salud.

Pero al siguiente día, á la hora de comer, cuando pasaba por el parque del brazo de su marido, sintió una especie de desvanecimiento y manifestó deseo de volver á su habitación.

Fabregues la condujo á ella, la desnudó como si fuese una niña y se convirtió en su enfermero.

No sé qué tengo—dijo ella;—parece que me ahogo.

El procuró tranquilizarla con esas frases vagas que un médico prodiga siempre á los enfermos.

—Eso no será nada... un poco de fiebre... Tranquilízate; yo no te dejaré.

Efectivamente, pasó la noche á su lado, y en los días sucesivos permaneció á su lado, siguiendo con avidez los progresos del mal.

Pronto debía conocer la extensión de su crimen y la imposibilidad de remediarlo.

El estado de Matilde se agravaba por momentos.

El veneno se iba apoderando poco á poco de aquel cuerpo débil, que no podía oponer resistencia á su acción destructora.

Las sofocaciones eran más frecuentes; las ar-

terias de su frente golpeaban con tal violencia, que se distinguían sus pulsaciones bajo la piel. Una fiebre intensa, mortal, la devoraba como un incendio.

Y, sin embargo, no se quejaba.

¿Comprendía la infamia de que había sido víctima?

Hubiera podido creerse así.

Desde el cuarto día sus sufrimientos se hicieron intolerables y comenzó el delirio. Cerró los ojos y evadió contestar á las preguntas de su marido, y tal vez en un momento lúcido comprendió la falta que había cometido entregándose á tal hombre.

Una mañana, á las ocho, Jordal acababa de regresar de su visita, cuando entró precipitadamente en su gabinete un hombre aterrado, con los cabellos en desorden.

El doctor, sorprendido, reconoció á Fabregues y exclamó:

—¿Qué sucede?

—Una desgracia.

—¿Tan bruscamente?—preguntó el otro.

—Os ruego que vengáis conmigo.

—¿Tan urgente es?

—No hay que perder un momento.

El doctor Jordal dió algunos paseos por la habitación, examinando á su colega. No pudo observar más que una desesperación profunda.

Tan perfectamente supo representar Fabregues esta comedia, que Jordal se preguntaba:

—¿Será verdaderamente sincero?

Sin embargo, una duda le asaltaba. Las frases del viejo Brousse en la *Fosa de los leones*, resonaban en sus oídos:

«Nos dice que no es rica y lleva encima más de cien mil francos en diamantes.»

Por fin, tomó el sombrero y se dispuso á salir.

Su semblante estaba sombrío.

Temía una infamia.

Siguió á Fabregues, que sin pronunciar una palabra, marchaba con paso rápido.

En dos minutos llegaron.

A la puerta estaba Sulpicio sentado en un banco, con la cabeza entre las manos y en actitud de meditación.

Al acercarse su amo se levantó.

—¿No ha venido nadie?—preguntó Fabregues con voz ronca.

—Nadie.

Juliana estaba al lado de la enferma.

Jordal se aproximó al lecho y observó un instante á la enferma.

Sus miradas iban alternativamente de la desgraciada á su marido y murmuraba entre dientes:

—Es extraño... Extraordinario... No comprendo nada.

Al fin dijo algunas palabras con más claridad...

—Fiebre terrible... pneumonía... síntomas peligrosos... Esto no es natural.

—Veamos—dijo bruscamente á Fabregues,

más con el tono de un juez que interroga, que del médico que consulta—habeis debido cometer una imprudencia.

Fabregues murmuró con voz alterada, con cierto énfasis melodramático:

—Es verdad; he querido salvarla... he intentado lo imposible.

La mirada de Jordal se fijó entonces en el frasco enviado desde Alemania que estaba vacío casi hasta la mitad.

Quizás el otro lo había puesto á la vista para evitarse el embarazo de una confesión.

Jordal se apoderó de él, lo examinó y dijo á Fabregues:

—He aquí la causa: ahora me lo explico todo. ¿Cómo os habéis atrevido á ensayar en vuestra mujer la peligrosa invención de ese empirico?

—Tenía confianza—dijo Fabregues con acento desesperado.

—¡Desgraciado!

En los labios de Jordal, este grito de indignación tenía otro sentido. Quería decir:

—¡Miserable!

La injuria encendió la sangre del culpable y le devolvió su perdida energía.

—¿Qué sabemos—dijo—del efecto que va á producir todavía? Después de todo, á pesar de vuestras ilusiones, yo desesperaba de salvar á Matilde. Os he dicho la verdad... La adoro... He visto en esto un medio de conservarla... He tratado á Dios... Si Dios me condena, tengo tomado mi partido.

—¿Qué haréis?

—Me mataré.

—¿Vos?

—Lo veréis.

Jordal se encogió de hombros.

—Palabras vanas—dijo—¿para qué sirven?

—No os ocupéis de mí; pensad en ella.

—Pienso en ella solo—dijo Jordal bruscamente.

Fabregues parecía loco de dolor.

—Escuchad—dijo—podéis decírmelo todo... No estoy en mí... Soy incapaz de pensar ni de hacer nada. Lo que decidáis, eso se hará...

—Temo que sea demasiado tarde.

Fabregues se sentó en una silla y ocultó la cabeza entre las manos.

—Oid—dijo el otro tocándole en la espalda, —la situación es grave, y además esto es muy oscuro. Yo no sé cómo puede combatirse el misterioso agente de que os habéis servido. Intentaré, sin embargo, un esfuerzo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no aceptaré solo la responsabilidad. Buscad á un compañero.

—Si queréis...

—El doctor Bronsse.

Fabregues se levantó de un salto.

—El doctor Bronsse tiene prevención contra mí, me odia.

—Bronsse es un hombre de honor. Si no queréis llamarlo, me retiro.

Fabregues vaciló unos segundos, pero se decidió en seguida.

Se sentó á un velador, escribió con mano nerviosa dos líneas en un papel, lo encerró en un sobre y lo dejó caer por la ventana en manos del *groom*, diciéndole:

—A casa del doctor Brousse, en seguida.

Sulpicio marchó como una flecha.

Diez minutos después el profesor leía con cierta admiración esta carta:

«El doctor Fabregues suplica encarecidamente á su eminente compañero, se sirva venir inmediatamente á consultar con el doctor Jordal acerca de la grave enfermedad de madama Fabregues.

DR. FABREGUES.»

El viejo fué casi detrás del criado, que anunció su llegada.

Al primer golpe de vista, después de oír á Jordal, miró severamente á Fabregues y le dijo:

—¿Tiene familia esta pobre joven?

—Sin duda... una tía...

—¿Está lejos de aquí?

En Royat.

—¿La habéis preyenido?

—Todavía no.

—Mal hecho... avisáda.

—De modo, que suponéis...

Brousse dejó escapar un sordo gruñido.

—¡Pardiez, caballero. Supongo que lo sabéis tan bien como nosotros. Si esta pobre joven conservaba algunas probabilidades de curación hace algunos días, hoy no tiene ninguna, gracias á esa infernal droga...

--Doctor.

--Ya lo he dicho, caballero; ántes de cuarenta y ocho horas, la infeliz habrá muerto.

Juliana cayó de rodillas al pié del lecho.

La enferma deliraba.

Sus manos parecían espantar fantasmas y de sus labios se escapaban estas frases, casi ininteligibles:

--Pedro, á mí... socórreme.

XXVIII

Aquel día se renovaron con carácterés de más apasionamiento, las discusiones de *la fosa de los leones* entre el cuerpo médico de Mont-Dore.

Fabregues tuvo muy pocos defensores que no se distinguían ciertamente por su entusiasmo.

La imprudencia del gascón, por no decir otra cosa, era juzgada muy severamente.

Brousse y Jordal, aun esforzándose por encerrarse en los estrechos límites del secreto profesional, no podían menos de mover la cabeza ante las preguntas conque les abrumaban por todas partes, y contestar con estas pala-

Fabregues vaciló unos segundos, pero se decidió en seguida.

Se sentó á un velador, escribió con mano nerviosa dos líneas en un papel, lo encerró en un sobre y lo dejó caer por la ventana en manos del *groom*, diciéndole:

—A casa del doctor Brousse, en seguida.

Sulpicio marchó como una flecha.

Diez minutos después el profesor leía con cierta admiración esta carta:

«El doctor Fabregues suplica encarecidamente á su eminente compañero, se sirva venir inmediatamente á consultar con el doctor Jordal acerca de la grave enfermedad de madama Fabregues.

DR. FABREGUES.»

El viejo fué casi detrás del criado, que anunció su llegada.

Al primer golpe de vista, después de oír á Jordal, miró severamente á Fabregues y le dijo:

—¿Tiene familia esta pobre joven?

—Sin duda... una tía...

—¿Está lejos de aquí?

En Royat.

—¿La habéis preyenido?

—Todavía no.

—Mal hecho... avisádlas.

—De modo, que suponéis...

Brousse dejó escapar un sordo gruñido.

—¡Pardiez, caballero. Supongo que lo sabéis tan bien como nosotros. Si esta pobre joven conservaba algunas probabilidades de curación hace algunos días, hoy no tiene ninguna, gracias á esa infernal droga...

--Doctor.

--Ya lo he dicho, caballero; ántes de cuarenta y ocho horas, la infeliz habrá muerto.

Juliana cayó de rodillas al pié del lecho.

La enferma deliraba.

Sus manos parecían espantar fantasmas y de sus labios se escapaban estas frases, casi ininteligibles:

--Pedro, á mí... socórreme.

XXVIII

Aquel día se renovaron con carácterés de más apasionamiento, las discusiones de *la fosa de los leones* entre el cuerpo médico de Mont-Dore.

Fabregues tuvo muy pocos defensores que no se distinguían ciertamente por su entusiasmo.

La imprudencia del gascón, por no decir otra cosa, era juzgada muy severamente.

Brousse y Jordal, aun esforzándose por encerrarse en los estrechos límites del secreto profesional, no podían menos de mover la cabeza ante las preguntas conque les abrumaban por todas partes, y contestar con estas pala-

bres, tan amenazadoras en labios de un médico:

—Es cosa grave... muy grave.

Además circulaban una porción de rumores. Miette no se osultaba para decir que Fabregues no había hecho más que un matrimonio de conveniencia, que abrigaba tiempo ha una pasión por una joven y quería ser rico para casarse con ella.

Miette lanzaba todo el veneno acumulado desde hacía años contra el antiguo huésped del hotel Pavillón.

Fabregues tenía además contra él sus afanes durante largo tiempo en la lucha por la existencia con el fin de enriquecerse.

También existían pruebas de la fortuna de los señores de Breville. Aparte de otras los espléndidos diamantes del concierto destellando sobre el vestido y los cabellos de Matilde, brillaban aun ante los ojos de los enemigos y de los envidiosos de Fabregues.

Miette estaba de enhorabuena.

Una circunstancia que no se debía á la casualidad, vino á confirmar las sospechas de las gentes.

Elena, informada del estado de Matilde por los viajeros, fué á escape á Mont-Dore.

Miette estaba precisamente en la puerta del hotel cuando llegaba la hermosa joven, y por una de esas coincidencias raras en la vida, bajaban de un landó, procedentes de Clermont, la señora de Breville, D'Aubagny, el doctor Bordat y Pedro de Bures.

—El despacho de Fabregues, al que seguía una palabra del doctor Jordal, les sorprendió cuando más fiaban en la curación de la enferma.

El despacho era lacónico, pero terrible por su misma brevedad.

«Venid, sério peligro; estoy desesperado.»

El doctor Jordal había añadido:

«No perdais un minuto.»

La señora de Breville y el doctor Jordal se dirigieron inmediatamente á casa de Fabregues. D'Aubagny y Bures esperaron en el hotel.

En el momento que pasaba Elena para conducir su caballo á casa de unos amigos, de Bures pedía noticias á Miette.

Esta saludó amistosamente á la joven, que le devolvió el saludo.

Y señalándola, dijo al oficial:

—Es una hermosa mujer, ¿eh?...

—Es verdad.

—Es tan buena como hermosa. Si quisiera hablar, podía ella decirnos muchas cosas.

—¿Sobre qué?...

—Sobre lo que sucede. Por algo se titula Elena la quinta del doctor.

De Bures quedó impresionado por las palabras de Miette.

Dió algunas vueltas con D'Aubagny por la plaza Mayor, en donde el mercado de las bestias había terminado.

A las cinco de la tarde la plaza estaba casi desierta.

El oficial tenía la mirada viva y el espíritu tan penetrante como delicado.

—¿Conoceis á esa jóven que acaba de pasar? —preguntó á D'Aubagny.

—Un poco.

—¿Quién es?

—Una hija del país á la que la casualidad ha conducido á París.

—¿En qué se ocupa?

—Trabaja para vivir, en el establecimiento de una afamada modista. Ya conocéis el título de esas casas....

—¿Vestidos y abrigos?....

—Justamente.

—¿En dónde?

—En la plaza de la Magdalena. Conozco á la dueña.

El oficial preguntaba á D'Aubagny con voz breve y seca, que revelaba una emoción profunda.

D'Aubagny era parco en sus respuestas, evitando cuanto podía aumentar la irritación de su compañero.

Pero estaban unidos por muchos lazos de parentesco y de afecto para que pudiese negarse á satisfacer su curiosidad.

Además, lo estaban por un odio común, y así lo comprendían sin necesidad de explicaciones.

Pedro de Bures se detuvo de pronto ante su pariente y la preguntó:

—¿Por qué dice la criada que si esa joven

quisiera hablar podría decir mucho acerca de lo que sucede?

—Pero...

—¿Lo sabéis quizá?

—Sí; pero quisiera no decíroslo.

—Os lo ruego.

D'Aubagny respiró ruidosamente.

—Esto se complica—dijo para sí, conociendo el carácter del oficial.

Pedro de Bures es uno de esos hombres tanto más enérgicos cuanto son más bondadosos. Poco predispuestos á apasionarse, necesitan motivos serios para amar ó para odiar; pero sus odios y sus amores se parecen á esos corpulentos árboles de tanta más larga vida cuanto más tiempo necesitan para desarrollarse y más espacio para vegetar.

D'Aubagny no ignoraba la tierna pasión de su pariente por Matilde. No le había hecho muchas confidencias, porque su amor disimulado le daba cierto fondo de tristeza y de reserva que nublaba su natural alegre y sus expansiones juveniles. Pero el barón había sido testigo mudo de las luchas secretas de Pedro de Bures cuando ahogaba el grito de su corazón y se alejaba con la desesperación en el alma de la encantadora joven, á quien no hubiera querido nunca abandonar. ®

¿Pero qué hacer?

¡Mentir! ¡Negar la evidencia! ¡Ocultar al amigo de la infancia la odiosa historia de aquel hombre á quien tanto despreciaba!

¿Era aquello posible?

D'Aubagny se decidió, y lo dijo todo.

Pedro de Bures no dijo una sola palabra durante el relato del barón; pero sus dientes apretados, el brillo de sus ojos, la vibración de su bastón agitado por sus nerviosos dedos decían más que todas las palabras para revelar el estado de su ánimo.

Con tono en apariencia tranquilo le preguntó después de un instante:

—¿Habéis leído sus cartas?

—Sí.

—¿Habéis oído sus declaraciones en Murols?

—Como estoy oyendo vuestras palabras.

—Decididamente es un miserable.

—Nunca lo he dudado.

—Podéis hacerme un servicio.

—Si solo depende de mí...

—Deseo no encontrarme con ese hombre.

—Y bien...

—Pero quisiera ver á mi pobre Matilde.

—Es probable que Fabregues salga de su casa, aunque sea por poco tiempo...

—Sin duda, puesto que la otra está aquí. Entonces quisiera yo poder dar... á Matilde... el último adiós.

La voz del joven estaba visiblemente alterada: no hay nada tan punzante como el dolor que agobia á un hombre fuerte, como una tempestad destroza y dobla los más vigorosos árboles.

Pedro de Bures se limpió dos lágrimas que

resbalaron por sus mejillas, y d'Aubagny apartó no ver.

—¿Puedo contar con vos?—preguntó el oficial.

—Sabéis que sí, amigo mío.

El barón reflexionó un instante.

—¿Conocéis la calle Favart?—preguntó á su pariente.

—¿Al final de la calle del Casino?

—Sí.

—Cuando yo entre en casa de Fabregues, paseaos por los alrededores, y cuando salga el doctor, os lo avisaré.

—Bien.

—¿Por qué no queréis encontraros con él?

—Porque no quiero que me conozca.

—¿Tenéis algún plan?...

—Sí, tal vez; más tan confuso aún...

—El mal es irreparable. ¿A qué pensar en una venganza inútil?

—Lo que ha hecho ese hombre es un crimen...

—Sin duda.

—¿Y ha de quedar impune?

—Es de los que escapan á la acción de las leyes.

—Razón de más—dijo amargamente el oficial Al decir esto sacó el reloj.

—Las seis—murmuró,—y nada aún... ¡Ah! ¡qué espera tan larga!

Y levantando la cabeza, vió al doctor Bordat, que les buscaba.

—¡Y bien!—le preguntó.

—Está muy mal...

—¿Cómo ha sido eso?

—No me atrevo á decíroslo.

—¡Esto es espantoso!—murmuró Bures.

—Sí.

—¿Y la baronesa?

—Pasará la noche á la cabecera de su sobrina. La pobre joven no le ha conocido.

—¿Delira?

Bordat guardó silencio.

A las siete, según lo convenido, Pedro de Bures paseaba por la calle Favart, sin que nadie fijase en él la atención.

Al poco rato vió á Juliana salir de la casa del doctor.

Al verle, la criada se acercó á él y le dijo:

—Venid.

XXIX

La baronesa de Breville quedó estupefacta al entrar en la habitación de su sobrina con el doctor Bordat.

Fabregues, sentado á la cabecera de la enferma, parecía presa del dolor más profundo.

Hundida la frente en la cama, teniendo una de sus manos sobre una menuda mano diáfana, ardiente, ofrecía á los ojos de los criados la imagen más viva de la desesperación.

En apariencia era un hombre abatido por un infortunio imprevisto.

Al ver al doctor Bordat, se levantó con la turbación de un reo ante su juez.

Bordat, sin pronunciar una palabra, se aproximó á la enferma, mientras la baronesa preguntaba con la mirada á Juliana.

Esta no pudo menos de exclamar en voz baja:

—¡Ah, señora!...

El mal había hecho progresos increíbles en algunas horas. Matilde no era ni sombra de sí misma.

La habitación despedía fuerte olor á éter. Las medicinas esparcidas sobre la chimenea indicaban que se había combatido el veneno por todos los medios posibles.

El estado de la joven demostraba que se había combatido sin éxito.

Bordat suspiró y se mordió los labios.

No hizo ni una pregunta á su antiguo amigo. ¿Para qué?

En cambio procuró interrogar á la enferma; pero ésta no le conoció. Tampoco reconoció á su tía, que, inclinada sobre ella, le decía al oído:

—Soy yo, Matilde... ¿Sufres? Ya estamos aquí... No te abandonaremos más.

La joven, ánhelosa, vencida, aplanada, sin fuerzas, sólo respondía con gemidos, llevándose la mano á la cabeza como para arrancar un dolor lacerante, y agitándose con los accesos de una tos cavernosa.

Gruesas lágrimas se desprendían de los ojos de la baronesa.

Pasados algunos minutos, Bordat se volvió hacia Fabregues, que parecía convertido en estatua.

—¿Has visto á otros médicos?— le preguntó.

—Sin duda.

—¿A quién?

—A Jordal, que desde hace mucho tiempo la visita, y á Brousse esta mañana.

—¿Y...?

—¿Qué quieres que hagan?... ¡Esto es para romperse la cabeza contra la pared—añadió, pasando sus crispados dedos por el pelo.

—Yo creía—dijo, señalando el frasco recibido de Berlín, que esto era la salvación... Me he engañado... Pagaré mi error con mi vida... La adoraba... Estoy loco...

Bordat le miró fijamente.

Sea que Fabregues no tuviese valor para desempeñar su comedia por más tiempo, ó que le aterrara la presencia de testigos á quienes debía considerar hostiles, se apresuró á decir:

—Os dejo... tengo necesidad de aire... sufro demasiado... mi cerebro estalla. Pregunta á Jordal... á Brousse... á los demás. Puesto que estás aquí, intenta un esfuerzo... haz lo que puedas... yo no puedo nada. Dios está contra nosotros.

Y salió.

Al franquear la puerta de su casa, Sulpicio le habló al oído.

Fabregues respondió bruscamente:

—¿Qué me importa?... Estoy desesperado.

Sulpicio se quedó en la calle, sorprendido. ¿Es que el doctor procuraba engañarle á él también, ó estaba realmente sumido en una desolación en que el malicioso muchacho no creía?

Se quedó mirando á su amo, que entró en la iglesia por la primera vez quizás, desde que Sulpicio estaba á su lado.

Los que estaban en la iglesia vieron á Fabregues arrojarle sobre un reclinatorio y ocultar la cabeza entre las manos.

Se puede pedir todo al cielo, hasta el perdón de un crimen; pero esa comedia cínica de la oración sin arrepentimiento y sin fé, es para atraer sobre el criminal el fuego del cielo.

La luz del día se iba extinguendo rápidamente.

Fabregues salió, y no viendo á nadie ante su casa, se dirigió con paso rápido hacia el camino de Latour.

Sulpicio le había dado cuenta de la presencia de Elena en Mont-Dore.

Sí el groom no se engañaba, debía encontrarla en casa de un amigo de los Sauvats de Murols.

Pronto estuvo delante de aquella casa de humilde construcción, con graneros debajo del único piso de la casa.

Las cuadras, más bajas aun que la casa, ocupaban el fondo de un patio pequeño, y en ellas había media docena de asnos y caballos que su dueño alquilaba á los turistas.

Cuando el doctor Fabregues apareció en la puerta, no vió en la gran sala baja más que una vieja y una muchacha de unos doce años.

—¿Está aquí la señorita Brunoy?—preguntó el doctor.

—¡Calla! ¿Sois vos, señor Fabregues?—dijo la buena mujer reconociéndole en la voz.

—Sí, y bien triste.

—¿Qué os ha sucedido?

—Y sin darla tiempo á contestar, añadió:

—¡Ah! es por causa de la pobre señora. Mi hija me lo ha dicho. ¿Preguntáis por la señorita Elena?

¿Qué queréis? Si es algún recado que se le ha de dar...

—Saber cuando regresa á París.

—No puedo deciroslo. Ha salido con un señor... un gran señor... de París precisamente... que también ha venido á preguntar por ella.

—¿Hace mucho?

—Una media hora. No tardará en venir, porque es hora de comer... ¿De modo que la señora no está bien?

Fabregues suspiró.

—¡Ah!—dijo con un acento de aflicción que engañó á la pobre vieja.

La conversación fué interrumpida por la llegada de Elena, que al ver á Fabregues se mostró muy contrariada.

Iba á entrar en la casa cuando el gascón la cogió del brazo y la llevó hacia el camino, diciéndola con dureza:

—Ven, tengo que hablarte.

Ella no intentó siquiera resistir, y siguió á Fabregues, diciendo á la vieja:

—Vuelvo al instante.

—¿Estabas sola?—le preguntó el médico.

—No. Vengo de un hotel que está lleno de gente.

—¿Es D'Aubagny quien te ha venido á buscar?

—En efecto, él ha sido.

—¿Que quería?

—Poca cosa... Repetirme las vaciedades de siempre... Preguntarme cuándo estaré en París...

—Y le has contestado...

—Que dentro de ocho días.

—¿Entonces acaban tus vacaciones?

—¿Pensáis que pierdo el tiempo paseándome?

—¿Y qué harás en París?

—Lo que hasta ahora: trabajar.

—¡Bah! D'Aubagny es rico... Te dará rentas...

—¿Y si yo no quiero?—dijo Elena vivamente.—Si los hombres, tales como los veo, no me inspiran más que aversión... No digo esto por el barón, que es delicado, leal y hombre de honor.

—Todas las virtudes juntas—exclamó Fabregues rechinando los dientes.—Parece que agrada... Ahí está el secreto.

El camino estaba desierto. La noche avanza-

ba, noche estrellada, con un círculo de nubes sombrías por el lado del pico de Sancy, nubes negras de fondo rojizo, amenazador.

—Tendremos viento esta noche—dijo Elena.—Si me atreviera á daros un consejo, os diría que volviéseis á vuestra casa.

—Por causa del viento?—dijo irónicamente el doctor.

—Y también porque vuestro sitio está al lado de la que... agoniza, y no al de una mujer que ni os ama ni os amará jamás.

Elena dijo esto con emoción, revelada en su voz temblorosa.

—¡Ah! Sabes tú también...

—Sí; se habla mucho de esa pobre mujer y de vos. Tened cuidado.

El doctor cogió la mano de la joven.

—¿Qué pueden decir—replicó.—¿Que se ha muerto? Era cosa prevista. ¿Por qué? No parece sino que soy un criminal. Yo no temo nada. ¿Entiendes? ¿Se habla!.. ¿Qué me importa? Quería advertírtelo. Tú vuelves á París, yo estaré también allí antes que tú quizá. Nadie puede acusarme. Tú sola conoces el motivo que me ha impulsado, el móvil de mis actos: el amor que siento por tí. Si tú pensabas rechazarlo, debías haberlo advertido y no dejarme correr tres años tras de la riqueza, destruir mis ilusiones... ¡Culpable! ¡Vamos! Si lo soy es de haber emponzoñado y perdido mi vida por una coqueta, gangrenada por consejos interesados. Yo al menos tengo una cualidad, una

fuerza. Lo que quiero, lo quiero de veras. He jurado que serías mía. Si consientes, pondré á tus pies todo el entusiasmo, la actividad, el amor de mi corazón, te rodearé de todos los goces que puede dar una fortuna adquirida á tan caro precio... Si rehusas, por mi vida, no serás nunca de otro. Nunca, ¿los oyes?

—¿Qué haréis?

—¿Necesito decírtelo?

—Responded.

El bajó la voz y continuó:

—Dices que hablan de mí. Los envidiosos, los médicos desesperados porque les quitaba la clientela. Ahora me envidian porque voy á heredar, y dicen que la he asesinado, como si la ciencia no matase á miles todos los años en los hospitales, en todas partes, entre los ricos y entre los pobres. El hombre que curase á golpe seguro las enfermedades sería tan poderoso como Dios. Ese hombre no existe. Ahora bien; ¿se me trata de asesino, verdad?

Y soltó la carcajada en un acceso de despecho.

—¡Buenos compañeros — continuó diciendo — cómo os reconozco! Yo no he matado á nadie si no es por error, como tantos otros que son celebridades y cuyos actos nadie censura. Pero por tí, Elena, por tí, á quien amo con pasión, con rabia, me convertiría en asesino, si fuese necesario. Esta fortuna que viene á mis manos y que destinaba para tí, la emplearé en espiarte, en seguirte, en vigilar tus pasos, tus accio-

nes, tus preferencias, y juro por mi madre, el único ser por quien he tenido veneración, que no serás de D'Aubagny ni de nadie, aunque debiera, para ello, matarte por mi mano. Y ahora, adiós. Tú lo has dicho. Mi puesto está al lado de la moribunda. Voy allí: su último suspiro me hará libre y rico... Adiós.

Y acercándose á ella y retorciéndola el brazo, le dijo en voz baja:

—¡Ah! ¡Hubiera querido ser amado como yo te amo sólo un día! ¡Hubría dado el resto de mi vida sin sentimiento! ¿Es posible que una joven sea insensible á una pasión así? Tú reflexionarás y volverás á mí.

Y sin esperar la respuesta, se alejó rápidamente.

Al volver un recodo del camino miró hacia atrás.

Elena no se había movido.

De pie, en medio del camino, le seguía con la mirada.

Le pareció verle llevar la mano á los labios y enviarla un beso.

La única luz que alumbraba el camino era la de la luna, que se levantaba por encima del Capuchino.

La joven decidióse á retirarse y entró en su hospedaje turbada y pensativa.

XXX

Cuando Pedro de Bures se encontró cerca de la moribunda, en la quinta Elena, su primera impresión fué la de una inmensa piedad: la que allí veía anhelante, descompuesta por el sufrimiento, luchando contra la enfermedad que debía acabar con ella, había estado adornada de una belleza angelical, era rica, poseía todo lo que hace amable la existencia: los genios que rodearon su cuna, no habían olvidado más que un don: la salud, é iba á morir de una muerte atroz, emponzoñada por una de esas drogas que los modernos alquimistas, buscadores de la piedra filosofal, ponen de moda especulando con la credulidad humana.

La segunda impresión fué de pena, casi de remordimiento.

Con menos timidez, con menos delicadeza, en una palabra, hubiera salvado á aquella desgraciada niña del abismo en que caía.

Pero ¿podía él prever tales infamias?

La pena y la piedad cedieron pronto el sitio á la cólera, que desde hacía dos meses incubaba en su pecho, dispuesta á estallar al menor chispazo.

El oficial hizo lo mismo que la señora de Breville.

Se inclinó sobre la frente bañada, sudorosa de la moribunda. La llamó con los más tiernos nombres, repitiéndole muchas veces con

aquella voz que conmovía en otro tiempo todas sus fibras: «¿No me oyes?» hasta que ella levantó la cabeza que tenía hundida en los almohadones y que se esforzó por conocerle.

Hubo entre los dos un cambio de pensamientos; ella hizo un esfuerzo y murmuró:

—¿Eres tú, Pedro?

—Sí, soy yo: velamos por tí. ¿Sufres mucho?

—Ahora poco, menos que otros días... No siento nada... Voy á morir... Bendita sea la muerte que me hará libre.

El no trató de engañarla.

Conocía como ella que la muerte era la libertad, y además, con el egoísmo de los enamorados, prefería verla muerta á verla entre las manos del miserable que la había engañado.

Hablaron un instante con cordialidad.

Pedro la habló de su amor, que con los años había aumentado. La juró que no tardaría en juntarse con ella y, por fin, en una especie de éxtasis, ella le dijo:

—Puedo confesártelo todo, Pedro, estando tan cerca de la tumba. Nunca he amado á nadie más que á ti. La fatalidad nos ha separado, pero nuestras almas se unirán en otra parte.

Ahora ya puedo morir: soy dichosa.

A las ocho y media llegaron Jordal y Brousse.

Sus cuidados eran inútiles. La ciencia no podía nada contra el nefasto poder que había des-

truido en tan poco tiempo aquel delicado organismo.

Matilde apenas respiraba: el pulso que tenía estaba desordenado.

—Doctor—dijo la señora de Breville estrechando la mano de Jordal—salvadla.

—Bien lo quisiera...

—¿Es imposible?

—¡Ay! sí.

Brousse sacó su reloj.

—Antes de una hora—dijo—habrá dejado de existir.

El excelente cura de Mot-Dore había sido avisado.

Siempre es una escena conmovedora la del sacerdote bendiciendo la agonía á una joven víctima de ese supremo y siniestro poder que se llama la muerte.

Pedro de Bures, arrodillado en un extremo de la habitación, sollozaba.

Cuando salió el sacerdote, Fabregues entró. Jordal y Brousse estaban aún allí.

La profecía del viejo doctor debía realizarse punto por punto.

A las nueve y diez minutos, Matilde exhaló el último suspiro.

Antes había reunido todas sus fuerzas para llamar á su lado á la señora de Breville y Pedro de Bures, juntando las manos de los dos en las suyas.

Fabregues, al pié de la cama, parecía no ver ni oír nada, y quizá era verdad.

El viejo Brousse se había colocado con intención malévola y calculada entre él y la moribunda.

Al espirar Matilde, Jordal dijo con tristeza:
—Todo ha concluido.

Después sacó fuera á su compañero. Fabregues se creyó en el deber de acompañarles á pesar de sus protestas, y ya en la puerta balbució algunas frases de agradecimiento, cuando Brousse se volvió y le dijo con voz sorda: «¡Maldito! ¡Asesino! á pesar de Jordal, que siempre conciliador, procuraba aplacarle diciéndole:

Verdaderamente, maestro, hacéis mal.

—Sí, gruñó el viejo profesor. ¡Asesino!

Fabregues, exasperado por este apóstrofe se volvió y le gritó:

—Y vos.

Brousse permaneció inmóvil, buscando una respuesta, mientras Jordal le decía para tranquilizarle.

—Esa insolencia no os alcanza. Vamonos.

Y salieron cogidos del brazo.

Repuesto al fin Brousse, declamaba sus catilinarias de costumbre contra el gascón con más energía que nunca.

Ya os había dicho que ese miserable nos cubriría de vergüenza. Es un asesinato lo que ha hecho, lo repito.

—¿Por qué creer eso?

—Sois muy débil: es preciso señalar lo que merece el menosprecio.

Jordal, más convencido de lo que aparentaba, hacia algunas objeciones en términos vagos, y Brousse contestaba cada vez más exasperado.

—¡Envenenador! Yo le condenaría á muerte.

—Pero ¿y las pruebas?—dijo Jordal.—Es médico y eso le salvará.

—Tanto peor para él, para la medicina y para nosotros—dijo Brousse.

XXXI

Apesar de su respuesta, Fabregues había recibido el ataque de su enemigo el viejo Brousse en mitad del corazón, y permaneció como aturdido, sin atreverse á entrar en su casa.

Dió algunos pasos hacia adelante, maquinalmente, respirando con avidez para recobrar el dominio sobre sí mismo.

La noche era magnífica. Pero alrededor de Sancy, las nubes se levantaban cubriendo las cimas.

Al mismo tiempo brillaban en el espacio los fulgores de relámpagos lejanos.

Fabregues estaba muy preocupado para cuidarse de esto.

El apóstrofe ¡asesino! del doctor Brousse le trastornaba el ánimo.

Caminaba sin saber á donde se dirigía. No hubiera podido decir el tiempo que así estuvo: por otra parte, ¿qué le importaba saberlo?

Acababa de recorrer la última etapa en el

El viejo Brousse se había colocado con intención malévola y calculada entre él y la moribunda.

Al espirar Matilde, Jordal dijo con tristeza:
—Todo ha concluido.

Después sacó fuera á su compañero. Fabregues se creyó en el deber de acompañarles á pesar de sus protestas, y ya en la puerta balbució algunas frases de agradecimiento, cuando Brousse se volvió y le dijo con voz sorda: «¡Maldito! ¡Asesino! á pesar de Jordal, que siempre conciliador, procuraba aplacarle diciéndole:

Verdaderamente, maestro, hacéis mal.

—Sí, gruñó el viejo profesor. ¡Asesino!

Fabregues, exasperado por este apóstrofe se volvió y le gritó:

—Y vos.

Brousse permaneció inmóvil, buscando una respuesta, mientras Jordal le decía para tranquilizarle.

—Esa insolencia no os alcanza. Vamonos.

Y salieron cogidos del brazo.

Repuesto al fin Brousse, declamaba sus catilinarias de costumbre contra el gascón con más energía que nunca.

Ya os había dicho que ese miserable nos cubriría de vergüenza. Es un asesinato lo que ha hecho, lo repito.

—¿Por qué creer eso?

—Sois muy débil: es preciso señalar lo que merece el menosprecio.

Jordal, más convencido de lo que aparentaba, hacia algunas objeciones en términos vagos, y Brousse contestaba cada vez más exasperado.

—¡Envenenador! Yo le condenaría á muerte.

—Pero ¿y las pruebas?—dijo Jordal.—Es médico y eso le salvará.

—Tanto peor para él, para la medicina y para nosotros—dijo Brousse.

XXXI

Apesar de su respuesta, Fabregues había recibido el ataque de su enemigo el viejo Brousse en mitad del corazón, y permaneció como aturdido, sin atreverse á entrar en su casa.

Dió algunos pasos hacia adelante, maquinalmente, respirando con avidez para recobrar el dominio sobre sí mismo.

La noche era magnífica. Pero alrededor de Sancy, las nubes se levantaban cubriendo las cimas.

Al mismo tiempo brillaban en el espacio los fulgores de relámpagos lejanos.

Fabregues estaba muy preocupado para cuidarse de esto.

El apóstrofe ¡asesino! del doctor Brousse le trastornaba el ánimo.

Caminaba sin saber á donde se dirigía. No hubiera podido decir el tiempo que así estuvo: por otra parte, ¿qué le importaba saberlo?

Acababa de recorrer la última etapa en el

camino de su fortuna. En adelante sería rico. ¿Quién podría arrancarle la presa de que se había apoderado? Era rico, es decir, fuerte, en situación de sostener la lucha contra todos sus enemigos.

Mil ideas confusas se agitaban en su espíritu, enardecido por la fiebre; pero dominaba á todas la satisfacción del triunfo.

En el momento que se entregaba á estas reflexiones, atravesó el follaje de los árboles que bordean un arroyo cerca del camino, un resplandor de claridad deslumbradora.

Fabregues se detuvo.

Desde el sitio en que se encontraba, veía las luces de Mont-Dore como puntos en lontananza.

Había andado mucho.

De allí á poco oyó pasos que se acercaban por el camino por donde había venido él antes.

Empezaba á lloviznar, y de pronto una racha de viento dobló las ramas de los árboles y arrancó algunos, que cayeron al camino.

Sin embargo, la luna, en su lleno, iluminaba aún una parte del paisaje, que ofrecía un aspecto fantástico, en calma por un lado y sombrío como el infierno por otro.

Fabregues conocía los efectos de los huracanes en estas alturas y se apoderó de él un miedo indefinible, y comprendiendo que no tenía tiempo para regresar á Mont-Dore, buscó un abrigo mientras pasaba el huracán.

El lugar era verdaderamente salvaje.

Por el otro lado del sendero, murallas cortadas á pico, rocas basálticas abiertas por la acción de las aguas, se elevaban á grandes alturas, siendo infranqueables por algunos sitios mientras que en otros la erosión de las aguas produce el efecto de escaleras naturales.

Fabregues se encontraba precisamente ante una de estas brechas.

La subió esperando hallar una excavación que le preservase de la lluvia, que ya caía en abundancia.

La casualidad le sirvió á maravilla.

A los treinta y cinco ó cuarenta metros de altura, percibió una especie de refugio abandonado ó de cabaña abierta, cuyo techo formado por tablas sin desbastar, parecía hallarse en buen estado.

Desde allí podía presenciar tranquilamente una de esas escenas aterradoras de que han sido testigos los turistas que han estado en Mont-Dore y que no se olvidan nunca.

Fabregues, guarecido allí, se felicitaba del encuentro cuando volvió á oír de nuevo pasos por el camino.

Otro paseante tenía sin duda la misma idea que él, y pronto apareció su cabeza en lo alto de la brecha por la que había pasado el médico.

Fabregues vió aparecer un hombre de alta estatura, mojado hasta los huesos, el cual, al ver la cabaña, lanzó un suspiro de satisfacción y dijo.

—Por fin.

Al mismo tiempo un relámpago, seguido de un trueno estridente, iluminó su rostro.

Fabregues dió un paso atrás.

XXXII

Apenas había podido ver á Pedro de Bures en la habitación de la muerta, así es que Fabregues dudaba aun de que el aparecido fuese él; pero su duda desapareció en seguida.

—Gracias á Dios que os encuentro, caballero—dijo el oficial.—Soy Pedro de Bures, pariente y amigo de la señorita Borel. Os buscaba.

Fabregues se había repuesto.

Tenía vicios, pero era valiente, y esta es una virtud que hace perdonar muchas cosas, como el amor.

—¿Tenéis algo que decirme?—preguntó friamente.—Os escucho.

Un trueno hizo conmovér la roca sobre la que se sustentaba la cabaña, y el viento hizo vacilar los postes que sostenían el techo.

Al mismo tiempo, el torrente que corría en el fondo, á cien pies lo menos, engrosó con las aguas que bajaban de los montes inmediatos.

—¡Noche siniestra!—murmuró el oficial.

Y dirigiéndose á Fabregues:

—La casualidad ha venido en mi ayuda. Entre nosotros era necesaria una explicación. Al dejar el lecho de la que tan inicua-

habéis matado, vagaba por la calle y llegué á un sitio cuyo nombre desconozco. Ví una sombra que caminaba delante de mí y la seguí, porque no sé que instinto me advertía que solamente vos, el hombre lleno de pensamientos sombríos, podía buscar la soledad al aproximarse la tempestad. No me engañaba. Ahora estamos solos y la justicia de Dios decidirá entre nosotros.

Fabregues cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ni la justicia de Dios—dijo él con tranquilidad desdeñosa—ni la de los hombres, tienen nada que ver conmigo.

—¿Lo creéis así?—preguntó Pedro de Bures con calma.

—No lo dudo.

—Pues si vuestro crimen ha de quedar impune, á mí me corresponde obrar.

—¿De qué crimen habláis?

—Del vuestro, del que habéis cometido, en primer lugar casándoos con esa desgraciada Matilde sin amarla...

—¿Qué sabéis vos?

—No lo neguéis; tengo las pruebas. El mismo día de vuestro matrimonio escribíais á otra esto: «No quiero á nadie más que á ti.» De Matilde sólo queríais la fortuna, y como no moría pronto, la habéis asesinado.

Hubo un instante de silencio.

Fabregues continuaba en actitud desdeñosa, pero en el fondo de su alma sentía cierta turbación, producida por las palabras del oficial,

que le recordaban las del doctor Brousse. Con el rostro contraído y voz mordaz, contestó:

—En verdad, debéis considerarme muy paciente para escuchar esas injurias inútiles y vanas. Sólo la tempestad, que nos tiene prisioneros, puede explicar esta paciencia mía.

A la luz de un relámpago, el oficial le vió entrar la mano en uno de sus bolsillos; pero, rápido como el rayo, Pedro de Bures le cogió el brazo con tal fuerza, que el revólver del doctor cayó de sus manos.

Pedro cogió el arma y la arrojó al torrente.

El viento aumentaba cada vez más; pero la lluvia caía con menos violencia, y á través de las nubes desgarradas, brilló de nuevo la luna.

—¿Qué pretendéis?—preguntó Fabregues lívido de cólera.

—Hacer lo que ni Dios ni los hombres harán, según decís.

—¿Más aún?

—Castigaros.

—Sería preciso juzgarme antes.

—Estáis condenado.

—¿Por quién?

—Por mí. No habéis tenido compasión para una pobre joven indefensa. La habéis engañado y la habéis matado con ferocidad sin ejemplo, contando con la impunidad... Vuestros cálculos han sido falsos. Yo la amaba, y con esto os lo digo todo.

—¿Queréis un duelo?

—¿Un duelo con un bandido? No. ¿Qué pretexto daría á mis testigos.

—¿Entonces?...

—Escuchadme. Somos dos hombres iguales en edad, sin armas y al borde de un abismo. Habéis desempeñado durante varios días la in-noble comedia de un amor que no habéis sentido nunca y de pesares que no experimentáis. Habéis hablado de suicidio... Suponed que se encuentra vuestro cadáver en el fondo de ese abismo, y se dirá que no pudiendo sobrevivir á vuestra esposa, habéis cumplido vuestra palabra. Si se encuentra el mío, todo se explica por un accidente cualquiera.

—¿Me proponéis una batalla de salvajes?

—Sea lo que quiera, debíais alegraros vos, cuya cabeza debía rodar en el cadalso, asesino de un ángel, envenenador de una niña que con-hó en vos. Ea, acabemos.

—¿Y si rehuso?—dijo Fabregues.

—Tanto peor para vos. Uno de los dos quedará aquí: lo juro por la memoria de la muerta.

Fabregues comprendió que un minuto más tarde no sería tiempo de detener la cólera creciente del oficial.

—Dejadme pasar—le dijo.

—Estáis loco—dijo Pedro de Bures, colocándose en medio de la brecha.

—Es posible.

El gascón buscó con la mirada una salida, pero no la encontró.

La fuga era imposible.

Entonces Fabregues buscó un arma, y de pronto lanzó un grito de alegría. Una gruesa piedra había rodado á impulso del viento hasta el pie de la cabaña.

La cogió, dirigiéndose hacia el oficial, que esperó inmóvil el ataque.

Al hallarse á dos pasos de él le arrojó con tal fuerza la piedra, que él mismo fué llevado por su propio impulso, viniendo á caer, por decirlo así, en los brazos de Pedro de Bures.

Este había evitado el choque retirando el cuerpo.

En el paroxismo del furor estrechó á su adversario con tal rabia, que se oyó el crugido de los huesos del doctor, que trataba inútilmente de escaparse de brazos de su enemigo.

Pedro de Bures le levantó en alto, le llevó al borde del precipicio, y haciendo un esfuerzo supremo le lanzó al vacío.

Se oyó un grito perdido entre el ruido del torrente, el ruido mate de un cuerpo que se agitaba en el camino, y esto fué todo.

Pedro de Bures marchó por donde había venido.

Al pie de la roca vió un cadáver en el suelo y lo arrojó al torrente. Enjugó el sudor de la frente, hizo la señal de la cruz y regresó á Mont-Dore.

Dos horas después estaba de rodillas con la frente apoyada en una de las manos de la enferma. Así le encontró la primera luz del alba,

y cuando D'Aubagny fué á dar el último adiós á los restos de la pobre joven, Pedro de Bures, le dijo señalando el cadáver de Matilde:

—Está vengada.

El barón puso un dedo sobre los labios, indicándole silencio.

* * *

Rara vez se conoce la verdad de los dramas que se desarrollan casi á la vista de las gentes.

Los periódicos de Clermont anunciaron el suicidio del doctor Fabregues, atribuyéndolo á la desesperación amorosa.

El viejo Brousse aceptó la versión que salvaba la honra del cuerpo médico, y aunque ni él ni Jordal dejasen de abrigar sospechas sobre su autenticidad, no dejaron trascender nada.

D'Aubagny era el único que conocía la verdad sobre las causas del crimen y su castigo.

El tiempo ha pasado.

Hasta aquí, el barón no ha podido triunfar de la resistencia de Elena Brunoy.

Independiente por su trabajo, pasea á sus horas habituales por el boulevard, desde su casa al almacén, llevando impreso el sello de una incurable tristeza desde la catástrofe del doctor Fabregues.

D'Aubagny está cada vez más preocupado.

Madama Delivet, que piensa retirarse de su comercio, le decía en estos últimos días:

—Puesto que tanto la queréis, casaos con ella.

—Pero...

—No haríais tan mal negocio; mujeres como ésta no tienen precio.

El barón D'Aubagny no está lejos de creerlo así.

Si vais por casualidad á Breville, podéis ver en el cementerio una tumba de mármol blanco rodeada de un jardín de que cuidan con amor manos cariñosas.

Allí reposa Matilde Borel.

A veces se ve de rodillas un militar que ora ante aquella tumba.

Es Pedro de Bures.

El pobre mozo lleva en el corazón una profunda herida y bendecirá el día del inevitable desquite de la Francia la bala que le reuna con aquella á quien no ha cesado de amar y cuyo recuerdo está siempre vivo en su alma.

FIN DE LA NOVELA.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U
A

PASADENA

UNIVERSITY

U
A